Eneida

Virgilio

Traducción de Miguel Antonio Caro

Eneida

Traducida en versos castellanos

con una introducción y notas

por

Miguel Antonio Caro

Título original: Aenēis

Traducción: Miguel Antonio Caro (1873-1876)

Diseño y edición: Diego Felipe González Gómez

Primera edición: noviembre de 2021

Bogotá, Colombia.

Imagen de cubierta: The Miriam and Ira D. Wallach Division of Art, Prints and Photographs: Picture Collection, The New York Public Library. (1878). Aeneas and the shade of Creusa; Pinelli, Bartolomeo; obtenido de https://digitalcollections.nypl.org/items/510d47e4-2ff1-a3d9-e040-e00a18064a99

Nota del editor

Fueron muchas dudas las que surgieron al emprender el extraño camino de editar la *Eneida* de Virgilio, traducida por el político, escritor y librero colombiano Miguel Antonio Caro. Aspectos que tienen que ver con el cambio de soporte, por ejemplo, puesto que hasta ahora la única copia de "fácil acceso" de este texto se encontraba en la digitalización de los tres tomos que componen la traducción de Caro a todas las obras de Virgilio que está publicada y alojada en la Biblioteca Nacional de Colombia. Otras cavilaciones tuvieron que ver con la diagramación del texto o la propia elección de si se actualizaba o no el español utilizado por Caro. Pero aquí les contaremos algunas de estas costuras de la presente edición, que se basó en la que fue publicada durante la década de 1870, en la Imprenta de Echavarría Hermanos.

La primera duda que se intentó resolver es sobre el uso de lengua que se da en el texto. Al copiar esas singulares octavas reales que Caro eligió para traducir el poema del clásico romano, no se puede dejar de pensar en que si bien el español ha mutado y sus reglas gramaticales han variado con el tiempo, era importante dejar el registro de cómo se escribía y se entendía la lengua en 1873, año en que se publicó el primer tomo de las *Obras completas de Virgilio*. Tal vez esta era la mejor forma de preservar el espíritu de este proyecto literario, pero ese juicio lo hará cada lector. De ahí que si en este libro se encuentran terminaciones en *cion* que no estén tildadas, no es por un descuido, sino una

decisión sopesada. También se encontrarán *aes* con tilde, *oes* con tilde y otras palabras en las que el lector del siglo XXI hallará extraño la aparición del acento; un *ménos*, una *imágen* o un también sin tilde.

Resuelto el uso del lenguaje pasamos a la alteración del orden de los textos. Cómo se quiso respetar la idea de Obras completas publicadas por tomos, porque así en internet el peso físico desaparezca un libro no deja de verse gordo, no se publicó todos los textos traducidos por Caro en esta edición. Aquí el lector encontrará, sobre todo, los estudios hechos por el autor bogotano sobre la obra de Virgilio. En estos ensayos busca explicar su visión del por qué Virgilio fue un autor que resistió el paso del tiempo, pero también aborda temas como el amor, la idea de patria, la fe y la relación entre literatura y poder; temas que no fueron ajenos al mismo Miguel Antonio. A partir de esta decisión es que se optó por juntar en este libro tanto el *Estudio preliminar*, que se publicó en el primer tomo, en 1873, y la Introducción publicada en el tercer tomo, en 1876. La razón principal para hacer esto la da el propio Caro al entender un texto como corrección y complemento del otro: "La presente Introduccion servirá en parte á corregir y en parte á complementar algunos datos biográficos y conceptos críticos, relativos á Virgilio, consignados en el *Estudio preliminar* que se publicó al frente del tomo primero de esta obra". También se hizo esto porque estos dos textos no dejan de ser un estudio muy valioso sobre el oficio de la traducción. Si bien la discusión sobre en qué métrica se respeta mejor el texto original de Virgilio parece interminable, lo que Caro plantea aquí

no es sólo una simple vanidad literaria, sino que es toda una teoría sobre lo que implica el arte de traducir. Tanto que investigadores cómo Aurelio Espinosa Pólit han catalogado a Miguel Antonio Caro como el mejor intérprete de Virgilio y han recordado que autores como "Menéndez y Pelayo, Rufino Cuervo, Juan María Gutiérrez, Enrique Piñeyro y Federico González Suárez" aseguran que la traducción al español del colombiano es probablemente la mejor hecha hasta bien entrado el siglo XX.

Y la última confidencia que se hará al lector tiene que ver con el hecho del por qué se publicó solo el primer libro de la *Eneida*. Al ser una especie de abrebocas a la obra de Virgilio, se pensó que lo importante era dar el contexto y las coordenadas de lectura que propone Caro. Los clásicos siempre son sujeto de reverencia y esto intimida a muchos lectores, por eso entender a través de la mirada de Caro al poeta romano puede servir para perder el miedo a entrar en sus versos. Así mismo es una muestra de la traducción, que al final, es lo distintivo de este proyecto en el que Caro, que durante un tiempo fue dueño de la famosa Librería Americana de Bogotá, gastó catorce años en concluir.

Bogotá, noviembre 2021.

Obras de Virgilio

Traducidas en versos castellanos

con una introducción y notas

por

Miguel Antonio Caro

Propiedad del autor

A la Academia Española en prenda de agradecimiento y testimonio de adhesión,
Miguel Antonio Caro

Miguel Antonio Caro, grabado publicado en el periódico *Colombia Ilustrada*, 1890.

Estudio preliminar

Todos los siglos están de acuerdo en colocar á Virgilio en el número de los poetas más eminentes; pero cuando se trata de calificar sus dotes peculiares y fijar el puesto que en su elevada esfera le corresponde, entones las escuelas disienten, y varían considerablemente los matices de la opinión. Sus contemporáneos le honraron tánto que el pueblo romano, despues de oir en el teatro una de sus obras, fué hasta tributarle homenajes sólo usados en honra del Emperador. En la Edad Media el recuerdo de su nombre rayó en culto supersticioso. Hasta aquí la admiración merecida por Virgilio aparece como espontáneo brote de instinto popular. A los primeros albores del siglo del Renacimiento se educó al lado de las ciencias la crítica erudita: ella avoca á su tribunal la causa del ilustre poeta, le pone en balanza con los autores que le precedieron en su gloriosa carrera, y dando la razón de las preeminencias que le reconoce, confirma con su fallo el aplauso del entusiasmo. Tras estos insignes jueces, entre los cuales basta citar á Escalígero, vinieron otros literatos que conformándose desde luégo con la sentencia promulgada, se consagraron á restaurar en el texto monumental con sagaz adivinación y paciente diligencia los pasajes que mostraban haber sufrido deterioro ú alteración. Diriamos que con Heyne se cerró este período, si fuese lícito prescindir de los sabios que áun hoy dia, especialmente en Alemania, continúan aunque con men-

guante fervor tan laboriosas investigaciones. Hay que confesar que ellas se oscurecen ante el espíritu dominante de un siglo tan frívolo en sus doctrinas como atrevido en sus juicios y soberbio en sus decisiones. La moderna crítica filosófica pone á Virgilio por debajo de los talentos originales, y pretende establecer entre él y otros que eleva á esa clase (no siempre con justicia, pues acostumbra equivocar al primer golpe de vista lo sublime con lo gigantesco) la misma diferencia que supone mediar entre Miguel Angel y Rafael; la que va de lo grande á lo bello; del genio que crea, como ahora se dice, al ingenio que imita, reforma y pulimenta.

Para medir la exactitud de estas aspiraciones conviene fijar ante todo por punto de partida las condiciones que caracterizan al poeta de primer órden, al genio, distinguiéndolas de aquellas dotes que alcanzan á acreditar las medianías. Presupuesta la facultad de producir, la fertilidad de la mente, condicion previa sin la cual en el órden de la literatura toda otra facultad, por preciosa que sea, es tesoro escondido, descuellan, á mi ver, con el carácter de señales culminantes del genio poético, en primer lugar la inteligencia de las cosas invisibles, la participacion de la conciencia en las ocultas miras providenciales que se mezclan á las cosas de los hombres; en segundo lugar el conocimiento del corazon humano, que unido á una sensibilidad solícita suple por la experiencia y permite reproducir situaciones ajenas con oportunidad y animacion; y por último el fino tacto que nos adiestra á discer-

nir lo bello entre la mesa desigual que á nuestros sentidos ofrece la naturaleza física: en suma, *inspiracion*, *sentimiento* y *gusto*.

Supuesta la anterior clasificación como base de nuestras indagaciones, paréceme que la crítica moderna al degradar á Virgilio á la línea de imitador feliz, ú olvida ó desconoce en él la primera de las facultades enunciadas, que he apellidado inspiración, con la cual se identifican en cierto modo la originalidad y la sublimidad. Un poeta que mediante algo como una vision sobrenatural siente y canta asuntos de que la tradicion y sus contemporáneos sólo le sugieren imperfectos datos, ¿no será un poeta original y sublime? Tal apareceria Virgilio ante la crítica moderna si ella se dignase contemplare en ese punto de vista.

Con todo, esta misma crítica al tiempo que niega á nuestro poeta títulos de sublime y original, no le disputa las dotes consiguientes á las dos últimas facultades. "Las sobresalientes prendas que distinguen á Virgilio son," dicen todos repitiendo á Blair, "la elegancia y la ternura." Y en tan alto grado le atribuyen algunos estas mismas dotes, que pretenden derivar de ellas para el poeta el título de original, áun cuando niegan que lo sea en sentido eminente. Tal es el dictámen de nuestro Bello. "En los seis primeros libros de la Eneida," dice, "la armazon, el esqueleto, lo puramente material es ajeno: hay tambien multitud de rasgos, comparaciones y colores en que se echa de ver á las claras la imitación; pero extendida todo lo que se quiera esta rebaja, el

poeta mantuano presenta siempre un carácter propio: la majestad unida á la más peregrina belleza, una blandura graciosa: *molle atque facetum*; una sensibilidad exquisita, una ejecucion acabada, que son suyas, enteramente suyas; en que ninguno de sus predecesores le es comparable y que darán eternamente un alto precio á todo lo que salió de sus manos, á pesar de las oscilaciones de la moda, que tiene no poco imperio sobre la crítica literaria. ¿Y no reconoceremos un trabajo creador en esta operacion del genio?"

Decoro, elegancia, delicadeza: cualidades, en suma, relativas más bien á los accidentes que á la sustancia á la expresion de los pensamientos que al pensamiento mismo, son las que todos convienen en conceder á Virgilio. Pero ¿no será un arbitrio fantástico pretender sacar de solas esas cualidades la aureola de originalidad que en justicia no puede negarse al poeta? Difícil parece y áun imposible que los aliños poéticos alcancen un tan alto grada de perfeccion si no sirven de ornamento á nobles sentimientos y á grandes ideas; así como no se concibe en lo humano destituida de virtudes interiores la belleza, si no es un belleza vulgar. Ni se diga que sin apelar á la inteligencia inspirada puede explicarse el mérito de Virgilio por su fina sensibilidad. El sentimiento dicta apasionadas efusiones; mas en un largo poema el corazon es sólo un auxiliar en la obra del pensamiento. Por otra parte, los sentimientos grandes sirvan á grandes ideas. Tambien puede argüirse plausiblemente con las imitaciones en los pormenores, porque ellos no siempre delatan servilidad en lo esencial. En el Quijote se ad-

vierten á cada paso reminiscencias de los libros caballerescos que el mismo Quijote desacreditó. En las obras de Virgilio abundan imitaciones de los Griegos; con todo, la Eneida dista mucho de ser una obra de Homero; ni siquiera las mas perfecta, segun la expresion conciliatoria de Voltaire.

Contemplemos, pues, estas tres excelsas facultades poéticas como aparecen en Virgilio: inspiracion, sentimiento y gusto; agrupando al tratar de cada una de ellas, y particularmente de la primera, que yace en la sombra, los rasgos de su vida y pasajes de sus obras que con el asunto se relacionan. Y principiando por la inspiracion, adelantémonos á contestar dos objeciones, la una teológica, y filosófica la otra, de algunos que propondrán dudas al oir que se atribuye á Virgilio vision de cosas sobrenaturales.

¿Pues no es esta vision, se dirá, una dispensacion especial obtenida por solos los profetas y los santos? ¿Cabe fuera del pueblo escogido y de la Iglesia? ¿El pecado original no erradicó del entendimiento las verdades religiosas? Respondo, en primer lugar, que segun el testimonio de la Historia Sagrada, alguna vez se concedió á gentiles así como el de milagros el don de profecía, el cual supone vision sobrenatural: en segundo lugar, la doctrina católica no dice que á consecuencia del pecado de Adan hubiese perdido el hombre el uso de sus facultades naturales, sino que perdió la gracia y justicia con que estaba hermoseado á los ojos de Dios. Más bien que del campo católico, la objecion

viene del campo protestante. Lutero condenaba al fuego los escritores gentiles sin excepcion, y la Confesion de Ausburgo declara que el pecado original extirpó en el hombre todo sentimiento honesto; á que los reformadores relativamente ortodoxos añaden la implantacion en el mismo, del mal, considerado no ya como una falta sino como una positiva simiente. En oposicion á esta enseñanza, yo podria alegar 1a autoridad del mismo Jesucristo cuando nos dice, segun San Juan, que "nadie viene á Él si el Padre no lo trajere," palabra que parece señalar la vocacion de las naciones gentiles, hoy hijas de Abraham: la de San Pablo, cuando argüia á los paganos con el altar erigido por ellos al Dios desconocido, y áun con los anuncios sibilinos, al decir de Clemente de Alejandría, verdades imperfectas con cuyo auxilio venian ellos como preparándose, áun en medio de su corrupcion, para recibir finalmente la verdad cabal: la de Santo Tomas, cuando observa que sólo el hombre conoce á Dios por la fe y por la esperanza; esperanza de que la antigüedad gentílica exhibe pruebas irrecusables: la de San Ireneo, en fin, y demas Padres que satisfaciendo á los paganos sobre por qué habia dejado el Señor correr tanto tiempo ántes de enviar su Yerbo, lo explicaban practicar la virtud: no faltaron dispensaciones especiales de la Providencia: de ahí la verdadera elocuencia y la buena poesía de los antiguos. Tal es el lauro que vindicamos para Virgilio, ya se le observe en su vida privada ó ya se le juzgue en sus obras poéticas.

La otra objecion que he querido anticiparme á contestar, párte de la moderna escuela filosófico–literaria, cuyos alumnos, ahogando al individuo en la sociedad, á imitacion tambien de modernas escuelas políticas, profesan como infalible principio que "la poesía en general, y mayormente la epopeya, es una manifestacion necesaria de la época particular á que cada obra pertenece." Si, pues, Virgilio representa la sociedad romana del siglo de Augusto, y si esa sociedad nada ofrece de verdaderamente religioso y espiritual, mal puede graduarse á Virgilio de esencialmente espiritual y religioso. Pero el fundamento de la objecion, tomado en absoluto, es falso á lo que creo. Cierto es que la época en que se vive ejerce su influencia en las ideas de los escritores; cierto es del mismo modo que el clima y otras circunstancias foráneas la tienen en las facultades mentales del hombre; pero así como bajo un mismo clima y en condiciones semejantes se notan grandes, inmensas diferencias entre individuos, las mismas resultan, dentro de una época dada, entre distintos escritores, sus creencias, inclinaciones y maneras. Abundando en este sentir, avanza Pastor Diaz que por el contrario "lo que caracteriza al genio es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive," y entre otros ejemplos confirmatorios de su aserto, trae á Virgilio, que pertenece casi, en su concepto, al cristianismo y á la Edad Media. En efecto, si le confrontamos con su antecesor Lucrecio, á quien él por más de un motivo debió sentirse tentado á imitar, yo pregunto, ¿qué afinidad presenta la doctrina materialista y rudas formas del uno con la espiritual y las delicadas del otro? Comparándole con

su contemporáneo y amigo Horacio, todavía saltan á la vista discrepancias de mucha significacion: el huésped de Tivoli ama lo positivo; el habitador de Mantua vuela á lo ideal: aquél pierde la fe en el porvenir y anuncia la precipitada decadencia de la especie; éste levanta su corazon á la esperanza de una radical reparacion del hombre por Dios:

Jam nova progenies crelo demittitur alto.

Sucede por otra parte que, como de la privacion nace el apetito, y la ausencia del bien en las cosas despierta su idea en la mente con mayor viveza, por esta razon en tiempos de infelicidad y miseria las inteligencias insignes y los grandes corazones, léjos de acomodarse á la actual situacion, se alimentan de recuerdos y esperanzas correspondientes á lejanas realidades. Así es como los hombres trashumando en el tiempo no ménos que en el espacio, más bien que por épocas y paises y razas, deben clasificarse y ordenarse por escuelas. Así es como algunos poetas y filósofos antiguos ingresan en cierto modo en la escuela de la filosofía católica.

Estas tendencias hemos de buscarlas en Virgilio, lo primero en las dotes naturales de su privilegiado espíritu; y luégo tambien en las circunstancias de su educacion: al paso que adelantemos en este estudio distinguiremos al hallarlas mezcladas por un contagio inevitable, sus propias inspiraciones y las del siglo en que floreció.

Acaso me he detenido demasiado en este preámbulo. Pero el lector disimulará. la tardanza si reflexiona que para llegar á Virgilio, á

cuyo benigno trato me propongo introducirle, preciso era apartar la exageracion de cristianos que como á gentil le secuestran de su comunion, y el fatalismo de filósofos que como á poeta le consideran producto necesario de una generacion ya fosilizada. Sólo libres de estas preocupaciones lograremos mirarle de cerca y comprenderle.

PUBILIO Virgilio Maron nació en Andes, hoy Piétola, aldea contigua á Mantua, en Octubre del año 684 de Roma, ósea 70 ántes de Cristo. Su padre, labrador oscuro, le envió á estudiar á Cremona, donde permaneció nuestro poeta hasta los diez y seis años. Pasó de ahí á Milan y poco despues á Nápoles, donde dedicado á la lectura de los autores griegos y al estudio de la medicina, matemática y filosofía, adquirió los variados y selectos conocimientos que brillan en sus obras. Sea que por entónces visitase ó no á Roma, (en que disputan los críticos), es lo cierto que por los años de 705 volvió á la heredad paterna, sin perder la aficion á la vida del campo, como no perdió nunca tampoco aquella fisonomía que ella imprime, pues al pintárnoslo sus más antiguos biógrafos, alto, enjuto, moreno y de aire silencioso y melancólico, no olvidan la circunstancia de su voz y aspecto campesinos.

De esta doble aficion á las musas y á los campos resultaron las primeras poesías que de él se conservan, escritas en su mayor parte á imitacion de los idilios del siracusano Teócrito, del año 710 á 713 más ó ménos, y son las diez que andan coleccionadas bajo el título de *Bucólicas*, esto es, poemas pastorales, y tambien de *Églogas*, opúsculos selectos. Acaso la primera de estas poesías, en el órden en que se com-

pusieron, es la II de la coleccion, en que finge el poeta las quejas que un pastor Coridon mal atendido del bello Alexis, exhala á solas con los bosques. Esta égloga parece envolver una idea inmoral, autorizada sin embargo por las costumbres de aquellos tiempos, á los que Virgilio, no obstante su sano corazon, paga en cierto modo tributo, no escrupulizándola como recurso poético. Como recurso poético, digo, pues no está demostrado que en Aléxis se oculte la figura de Alejandro, gracioso copero de Asinio PoIion, ó la de algun otro afeminado garzon en quien pusiera los ojos Virgilio, como algunos insinúan; 1o más probable es que sólo tratase nuestro poeta de ensayar una imitacion latina del Ciclope de Teócrito, con cuyos conceptos retejió aquel poema, sustituyendo algunas imágenes libres en demasía con otras apacibles y puras como éstas:

Mecum una in silvis imitabere Para cenendo.

Huc ades, o formose puer: tibi lilia plenis

Ecce ferunt Nymphæ calathis.

Rasgo que guarda afinidad con aquel celebradísimo elogio de Marcelo en el libro VI de la Eneida: *manibus date lilia plenis;* y que comprueba que si Virgilio cultivó alguna aficion análoga fué *probe et sincere*, segun el testimonio recogido por Donato, En pasajes como éste descubre el poeta la pureza de su imaginacion; y de ella y de su ejemplar y para aquellos tiempos milagrosa conducta, dan testimonio Ascanio Pediano que refiere como contado por la misma Plocia Hieria,

amiga de Vario, que invitado por éste á la amistad de aquella, Virgilio resistió invenciblemente á sus instancias; el sobrenombre de *Parthenias* ó Virgen, con que se le designaba en Nápoles; en fin, lo que de él pensaban sus contemporáneos é inmediatos admiradores; y sus obras mismas que, áun con esta égloga y la vehemente descripcion de los delirios del amor extendida en el libro IV de la Eneida, son sin disputa, entre las poéticas, las más castas y decorosas cotejadas con las demas de su siglo, que amanece con Lucrecio y fenece con Ovidio, y áun sostendrian ventajosamente la comparacion, por ese lado, con muchos de los más notables poetas de los tiempos modernos. En Virgilio, dice Saint–Beuve, hay un fondo permanente de pudor natural. Importa notar esta circunstancia, porque las virtudes privadas del hombre quizá influyeron no poco en la lucidez de las ideas religiosas que veremos desarrollarse en el poeta.

De todos modos, lo mismo que hizo Bello, al traducir esta Egloga le mudé á Aléxis el sexo y le convertí en Galatea, nombre de la Nereida que cantó Teócrito en el idilio que imitó Virgilio en este poema; nombre adoptado despues en nuevas imitaciones del uno y del otro por Camoens y por Herrera, y grandemente hermoseado por Gil Polo:

> Huye del mar, Galatea,
>
> Como estás de Licio huyendo.

Esta y las otras Eglogas aparecen, he dicho, como imitaciones de Teócrito, salvo la I, IV y VI que son producto exclusivo de Virgilio y se

escribieron sucesivamente sin otra intermedia. Y es cosa digna de atencion que en estos tres poemitas en que campea sin trabas el genio de nuestro poeta, es precisamente, ademas de la égloga X, á juicio de Servio, donde varia ó encumbra el tono de tal modo que mal pueden considerarse como genuinas pastorales.

Algunos de estos ensayos habian atraído hácia nuestro modesto poeta la atencion de Asinio Polion durante su gobierno como legado del triunviro Antonio en aquel territorio en que caia la heredad de Virgilio. Mereció éste del jefe militar confianza y exenciones que no olvidó, á fuer de alma noble, consignando la expresion de ,su gratitud, entre otros lugares; en las églogas III y IV.

Mas no fué duradera esta situacion apacible; porque ganada la batana de Filipos, volviendo Augusto á Italia en 712, tuvo por neceo ario satisfacer las exigencias de sus tropas, á quienes se habia ofrecido el partimento de las mejores tierras; y como Cremona hubiese adoptado el partido republicano, fué una de las víctimas del despojo. Mal satisfecha la rapaz soldadesca, extendió sus invasiones al distrito de Mantua, "Mantua demasiado contigua á Cremona," segun la frase del poeta, y la posesion de éste quedó de consiguiente, lo mismo que su persona, expuesta á la irrupcion militar. Entónces despojado, amenazado en términos de tener que salvarse en una ocasion pasando á nado el Mincio, de los furores del centurion Arrio, segun se refiere y parece confirmarlo algun lugar de sus églogas; con el favor de Alfeno

Varo, su condiscípulo en Nápoles, y sucesor de Polion en el gobierno de la provincia transpadana, partió Virgilio á Roma, donde bien recibido no sólo de Mecenas sino tambien de Augusto, obtuvo la formal restitucion de su campo. Algunos presentan así los hechos; otros suponen que vino dos veces á Roma, ¡a primera reco- mendado por Polion; á fin de obtener garantías más sólidas; la segunda á quejarse de Arria que envalentonado con la division de los triunviros no dudó contravenir á las órdenes de Octavio. Como quiera, es lo cierto que con esta ocasion escribió nuestro poeta la égloga I y la IX, en que bajo nombres de pastores recuerda las pasadas aventuras, honrando al mismo tiempo la memoria de sus valedores y lamentando la desgracia de sus paisanos.

Esta égloga I es un diálogo lleno de sentimiento, de belleza y de gracia, entre Títiro, que habiendo ido á Roma logró ser reintegrado en el goce de sus posesiones, y Melibeo que desnudo y triste se aleja de su tierra natal. Hay en ella una expresion de gratitud á Augusto que por el modo en que aparece le ha acarreado á nuestro poeta amargas críticas, calificándosele duramente de servil adulador. Detengámonos un momento á examinar este cargo, pues no se aviene con los elevados sentimientos que he atribuido á Virgilio.

Preguntando Melibeo á Títiro á quién debe su buena fortuna, el interpelado contesta: "A un Dios debo, oh Melibeo, estos solaces, porque para mí siempre será un Dios." Y más adelante: "Allí fué, Melibeo,

donde ví á aquel mancebo en cuyo obsequio humean un dia cada mes nuestros altares; allí dió el primero á mis súplicas esta respuesta: 'Apacentad, oh jóvenes, vuestras vacas como de ántes; uncid al yugo los toros.'" "Se acusa á Virgilio," dice Ochoa, cuya es la traduccion de que he copiado el anterior pasaje, "de haber exagerado aquí los términos de la gratitud, hasta hacer de su bienhechor un Dios; pero no se considera, 1.º que el poeta tiene buen cuidado de no poner esos encomios en su propia boca, sino en la de un anciano pastor, verosímilmente su padre, cuya exaltada gratitud los hace verosímiles y muy disculpables; y 2.º que tal falta, dado que lo fuese, estaría ampliamente compensada con el mérito de aquella especie de enérgico alegato en favor de los pobres despojados, en que va envuelta la apoteósis en vida de Octavio. Esta apoteósis, ademas, no es obra ni invencion del poeta, el cual no hizo otra cosa sino anticiparla cinco años, por cuanto el Senado no la decretó hasta el de 718, despues de la derrota de Sexto Pompeyo. Ya en el de 725, las ciudades de Pérgamo y Nicomedia le erigieron templos." A estas consideraciones agregaré solamente que la alabanza de Augusto está en boca de un pastor que se supone candoroso hasta el punto de carecer de nociones, no ya de lo que era el mundo, pero áun de Roma misma ántes de visitarla; cuya sorpresa al contemplar á Roma, su respeto al ver al señor absoluto de ella, y su gratitud al recibir de éste un amplio beneficio, debieron consonar con aquel mismo cándido carácter y simple entender.

Pero se dirá que un elogio semejante se reproduce en nombre del poeta en otras obras suyas, y especialmente al principio de las Geórgicas, cuya invocacion concluye, al decir de Tissot, por una "lisonja tan desprovista de sentido como de pudor:" expresion dura é injusta dictada acaso por aquel prurito de modernos escritores, franceses particularmente, de desahogar su mal humor aludiendo á hechos y personas contemporáneas en sus obras históricas, criticas y dramáticas.

Esta adulacion consiste en que, invocando Virgilio para su empresa á todos los dioses y semidioses favorables á la agricultura, incluye entre ellos á Augusto, á quien, si bien no sabe qué puesto haya él de ocupar y de qué haya de ser especial abogado en muriendo, le excita desde luégo á volver sus ojos al estado decadente de la agricultura, y á acostumbrarse á despachar con bondad los votos de los desgraciados labradores:

> Ignarosque viæ mecum miseratus agrestes,
>
> Ingredere, et votis jam nune adsuesce vocari.

Para juzgar del grado de moralidad de esta invocacion, menester es deducirlo no de ella misma destacada é incrustada, digámoslo así, en ideas y costumbres posteriores, sino cotejándola con sus antecedentes y consiguientes así históricos como textuales, y desenvolver su sentido. Considerada la innegable grandeza y providencial mision de Augusto; medido el valor relativo de las palabras *dioses y semidioses* en aquellos tiempos, no es de admirar que Virgilio le llame grande y ex-

prese este concepto presuponiendo que despues de muerto será colocado en el número de las constelaciones y poderes celestiales. ¿Cuántas fórmulas no encierra la urbanidad moderna que tomadas literalmente lo serian áun de abyectos sentimientos? La humildad y la independencia no son incompatibles. Pero ¿qué es lo que se propone nuestro poeta en aquella invocacion? Será por ventura obtener algun beneficio para sí ó su familia? No por cierto: en la Égloga I se propuso expresar su agradecimiento y atraer la atencion de la benificencia á la triste suerte de sus iguales; y manifestar su agradecimiento y granjearles á las artes agrarias la benevolencia y proteccion del entónces señor de la tierra, es lo que intenta en el exordio de sus Geórgicas. Y como al mismo tiempo que le invoca por dispensador ele paz, al fin del propio libro detesta la guerra civil y de ella deriva los males todos de la época, contraponiendo bajo bellas y vivas imágenes el horror de las armas al uso del arado; como en el libro VI de la Eneida repitiendo esta detestacion conjura por boca de Anquises al César á arrojar el acero fratricida:

> Tuque prior, tu paree, genus qui ducis Olimpo,
>
> Projice tele manu sanguis meus….

parece que al llamar grande á Augusto, si por una parte le ofrece su tributo de admiracion bajo la forma urbana consagrada por la época, por otra cuida de distinguir del imperio de la fuerza aquella grandeza,

identificándola más bien con el cetro de oro de una dominacion benigna, ilustrada y pacifica.

Por lo demas, por repugnante que parezca á una crítica melindrosa, y por inexacta que se juzgue por las modernas ciencias políticas la admiracion que Virgilio tributa á Augusto, no podemos ménos de distinguirla de la lisonja utilitaria y servil, nacida de la corrupcion y ya bastante conocida en su tiempo, si evidenciado el sentimiento y dignidad del texto virgiliano con vista de sus antecedentes y adjuntos, atendemos á la conducta privada del poeta á fin de penetrar más profundamente el carácter moral de tales episodios. ¡Cuán comun es en nuestros dias como lo fué siempre, oir hablar de libertad con afectada nobleza de ánimo á personas inspiradas por el descontento ó la impotencia, y á quienes un repentino favor del poder acalla y áun hace cambiar de opinion! No es un vil palaciego el escritor que como Virgilio da á sus alabanzas una intencion moral; el hombre que llevaba su singular modestia hasta esconderse cuando se le rendia un homenaje; su generosidad, hasta no distinguir de tuyo y mio entre sus amigos; su espiritualidad, hasta consagrar su vida á la poesia como á un sacerdocio severo, y su dignidad en fin, hasta no aceptar nada de bienes que fueran de emigrados de manos de su protector Octavio, como testifica Donato. Ni cae fuera de propósito recordar aquí la imitacion que en sentido cristiano hizo Lupercio Leonardo de Argensola de la aludida introduccion de las Geórgicas, en su magnífica cancion á Felipe II con motivo de la canonizacion de San Diego. No tiene Lupercio en sn fa-

vor los mismos motivos históricos y circunstancias personales que acompañan á Virgilio; y con todo la critica ha sido con él ménos severa, pues aunque pregunta si Felipe merecia los loores que allí se le ofrecen, se guarda de tacharlos de insensatos y desvergonzados, habida consideracion á los sentimientos religiosos, nacionales y populares, que en mucha parte los justifican.

En esta égloga I, como en la IX, que con ella tiene tan estrecha conexion, y en algun otro pasaje de sus obras, enamora la modestia con que el poeta habla de sí mismo y de sus cosas, presentándose bajo las figuras más humildes y cubriéndolo todo con el velo del misterio. ¡Cuánto se distingue en esto de los líricos y elegíacos de su tiempo, como tambien de los modernos poetas! Puede decirse que Virgilio tanto exagera su admiracion por los demas cuanto se olvida de sí propio. Horacio, Propercio, Ovirlio, como observa Búrgos del primero anotando el famoso *Exegi monumentum œre perennius*, "se daban á sí mismos elogios que debian esperar de la justicia de la generacion coetánea ó de la imparcialidad de las futuras." El mismo Búrgos, disculpando en otro lugar esta vanagloria, observa que á aquel orgullo franco se ha subrogado hoy dia la modestia hipócrita. En efecto, es costumbre de algunos escritores hablar modestamente para hablar mucho de sí mismos. En uno y otro, en el orgullo franco y en la palabrería vanidosa, se trasluce el comun vicio de un refinado egoismo. Pero si Virgilio estaba más distante que ellos de la soberbia de la carne, lo estaba así mismo de su compañera, la del espíritu. De aquí uno de los

rasgos que le distinguen de los poetas de Aljandría, segun M. Patin, á saber, la discreta intervencion, motivada siempre por el entusiasmo del momento, de su persona en su obras." Como ellos y á su ejemplo," dice el citado crítico, "Virgilio es lírico, pero hace este papel oportuna y elocuentemente, y sus apóstrofes á personajes de su poema, son rasgos de sentimiento." Si alguna vez se promete la inmortalidad lo hace en frase hipotética, y no por interes de eternizar su nombre, interes personal que Horacio manifiesta sin rebozo, sino en honra de alguna virtud que despierte su entusiasmo, como en el episodio de Niso y Euríalo:

Fortunati ambo! Si quid mea carmina possunt,

Nulla dies unquam memori vos eximet æyo!

Los cuatro primeros versos de la Eneida: *Ille ego qui quondam*, de dudosa autenticidad, no pueden ser más modestos, como tampoco aquel epitafio que dicen se escribió él mismo poco ántes de su muerte:

Mantua me genuit; Calabri rapuere; tenet nunc

Parthenope: cecini pascua, rura, duces.

Despues de la égloga I viene en el órden cronológico la VI, dedicada por el poeta á Varo, probablemente aquel mismo Alfeno Varo á quien debió proteccion en circunstancias angustiadas, y que habia sido su condiscípulo en Nápoles en la escuela del epicúreo Siron. Apunta al principio de esta égloga Virgilio bajo una agradable imágen

la tentacion que ya habia sentido de elevarse su Musa á asuntos épicos, y 1a desconfianza en sus propias fuerzas que enfrenaba sus ímpetus. Apolo tirándole de una oreja le recuerda su condicion de pastor, á quienes solo toca hacer sonar la rústica zampoña, no la épica trompa. En seguida el poeta introduce á Sileno, que sorprendido y obligado por dos sátiros y una ninfa, empieza á cantar los orígenes del mundo y varios pasajes de la fábula. Créese que Virgilio envió esta composicion á Varo como un recuerdo de sus estudios filosóficos, simbolizando en Sileno al citado Siron, y en los sátiros juguetones que le escuchan, á si propio y á su amigo. Al traducir Dryden al inglés esta égloga, notó con sorpresa lo que se aparta el poeta de la cosmogonía de Epicuro, acercándose en algunos rasgos notables á la relacion mosaica: en el órden que sigue al separar primero los elementos, haciendo luego retirarse las aguas á su lecho, y brillar los astros, y germinar los vegetales, y andar los monstruos por los bosques, todo ántes de que apareciese el hombre. Acaso el poeta bebia en las corrientes de la tradicion ó suplía con su talento la falta de noticias reveladas. Otra cosa rara hallo en esta exposicion, y es que se menciona el siglo de Saturno despues de Pirra ó sea del diluvio: asociacion de ideas en que nota Servio un metacronismo. Pero recuérdese que bajo muchos conceptos la figura mitológica de Saturno corresponde á la histórica de Noé; Y esto explica cómo en las tradiciones gentílicas (verdades alteradas con ficciones, que aquí repite nuestro poeta,) pudieron conservarse hermana- das las ideas de Saturno y del diluvio. Por lo demas, es sabido que en las figu-

ras de Sileno y su pupilo Baco, personajes que suelen confundirse en uno solo, la crítica histórica descubre á Moises.

Teología de Sileno intitula Servio esta égloga VI, y aludiendo á algunas ideas contenidas en el libro VI de la Eneida, advierte que "muchas cosas se explican allí segun la alta ciencia de los teólogos egipcios." Ni es de extrañar este concepto, si consideramos que Virgilio se dedicó en Nápoles á estudios profundos en todo género de conocimientos; y Nápoles era entónces depositaria de las tradiciones de los griegos originarias en gran parte del fabuloso Egipto.

¿O por ventura tenia Virgilio conocimiento de las revelaciones de que era depositario el pueblo hebreo, bien por la antigua traduccion griega de la Biblia, bien por lo que de ellas tomaron los libros sibilinos, ó bien, finalmente, por el trato de israelitas venidos á Roma? Esto preguntan y suponen algunos comentadores al hallarse detenidos, como dice Cantú, en medio de las gracias de estilo de las églogas, en la IV, compuesta inmediatamente despues de la VI, intitulada *Polion* y escrita en obsequio de éste en su consulado, año 714 de Roma, en la cual empezando el autor por anunciar un grande asunto envuelto en las humildes formas pastorales, anuncia el advenimiento de un niño que del cielo traerá consigo redencion y paz. Misteriosa y sorprendente esta égloga en Superior grado, ha suscitado varias cuestiones que ejercitando la sagacidad de la crítica no han obtenido hasta el dia una solucion completamente satisfactoria. Lo primero, ¿quién es ese niño

cuyo nacimiento se anuncia? Dejando á un lado muchas opiniones que á este respecto se han producido, y que han sido materia de largas disertaciones objetables todas ellas moral y cronológicamente hablando, la más probable es la de aquellos escoliadores que sospechan se refiere Virgilio á un hijo que en esos días debió nacerle al mismo Polion. Mas áun dando por averiguado este punto, se pregunta 1o segundo ¿cómo á sólo el hijo de un cónsul, por distinguido que éste fuese y por méritos que se hubiese adquirido como autor de la entónces recien firmada paz de Bríndis, se atrevia nuestro poeta á aplicar tan grandiosos anuncios? Y lo tercero, ¿de qué fuentes tomó estos anuncios si ya no son un inaudito arrojo de su imaginacion? Es digno de notarse, dice á este propósito el autor de *El Cristo y los anti–cristos*, que puntualmente bajo el consulado de Domicio Calvino y Asinio Polion, *te consule*, fué Heródes creado Rey de Judea por un senado–consulto, con la proteccion de Octavio y M. Antonio, en la olimpíada 184, año 714 de Roma. Sabido es que en la época en que Judá perdiese el cetro era cuando debia venir el Deseado de las gentes. Heródes reinó 37 años; y á esta época refiere el primer evangelista el nacimiento de Cristo: *en tiempo de Heródes el Rey*. Al pasar el cetro á éste, el primero que lo fué extranjero en la Judea, el recuerdo de la gran profecía de Jacob, concordante con el término de las semanas de Daniel, despertó más vivamente en toda la Judea las esperanzas del advenímiento del Mesías. Los israelitas que con sus tradiciones y libros se habian derramado por todas partes, llevaron á Roma mismo estos rumores, corno lo ates-

tiguan Tácito y Suetonio. De ahí, concluye el padre Dechamps, debió originarse la inspiracion de Virgilio.

Mas cualquiera que fuese el manantial donde bebió el poeta las ideas dominantes en el poema, y cualquiera que fuese el niño á quien tomó por objeto, ó mejor dicho, por pretexto de su canto, lo que hay verdaderamente admirable es la fe con que acoge el ajeno pensamiento, la fuerza de ingenio con que lo informa y engrandece, la pompa de estilo con que lo engalana y h brillantez con que lo ilustra. Todo esto es de Virgilio, ¿No existieron las mismas fuentes para Horacio y para Tácito? Pues Horacio y Tácito siguiendo la opinion vulgar no aciertan á consagrar sino una palabra de desprecio á los ritos y á las esperanzas de los judíos. Que si Virgilio se empapó en los versos sibilinos, análoga pregunta puede hacerse de muchos de sus contemporáneos: ¿cómo no acierta ninguno de ellos á sacar como él y vivificar la hermosa verdad que se ocultaba en aquellos libros?

Por estas consideraciones que adquieren mayor fuerza si se juntan, ya con el recuerdo de la integridad de villa y bondad de alma de Virgilio, ya con el exámen de Su Eneida, yo por mi parte no siento la dificultad que otros críticos en esta parte para ofrendar mi admiracion como á vate verdaderamente inspirado, á aquel á quien desde alta antigüeuad han venerado en este mismo aspecto, santos, reyes, poetas y filósofos. Eligiendo entre Padres de la Iglesia, recordaré á San Agustin, que todos los dias acostumbraba ántes de cenar, segun él mismo

refiere, leer algunos pasajes de Virgilio con sus amigos Alipio y Licencio, y que en el libro *de Civitate Dei* examina algunos conceptos de esta ruidosa égloga. El emperador Constantino hizo leer una traduccion de ella en griego en el Concilio de Cesarea, como un involuntario testimonio de la gentilidad en honor de Cristo. Dante introduce á Estacio en el Purgatorio dirigiéndole á su guia estos versos alusivos á los vaticinios de *Polion*:

—Tu prima m'inviaste

Verso Parnaso a ber nelle sue grotte

E prima appresso Dio m'alluminasti.

Facesti come quei che va di notte

Che porta il lume dietro e a se non giova,

Ma dopo se fa le persone dotte;

Quando dicesti: Secol si rinnova,

Torna giustizia e primo tempo umano

E progenie scende dal ciel nova.

Per te poeta fui, per te cristiano.

(*Purgatorio*, XXII.)

"Digno era de la Providencia," dice José de Maistre, "ordenar que este clamor del género humano quedase resonando en los versos inmortales de Virgilio." "En la filosofía de Virgilio hay algo de evangélico,"

dice Cantú, "como si el Verbo se hubiese acercado á la tierra lo bastante para iluminar una inteligencia privilegiada." Oigamos á Víctor Hugo exornar este

pensamiento:

Dans Virgile parfois, dieu tout près d'être un ange,

Le vera porte a sa cime une lueur étrange,

C'est que, rêvant dejà ce qu'a présent on sait,

II chantait presque à l'heure où Jésus vagissait,

C'est, qu'a son insu même il est une des âmes

Que l'Orient lointain teignait de vagues flammes.

C'est qu'il est un des cœurs que, déjà, sous lea cieux,

Dorait le jour naissant du Christ mystérieux,.

Dieu voulait qu'avant tout, rayon du Fils de l'Homme,

L'aube dd Bethléhem blanchît le front de Rome,

(*Les voix interieures*, XVIII.)

He elegido las citas entre muchas casi al acaso; y sin embargo no pueden ser ni más elocuentes y auto- rizadas las primeras ni ménos sospechosa la última,

De este magnífico himno en particular, y tambien segun Fabricio, de la égloga VIII, en que el poeta á imitacion de Teócrito canta ciertas hechicerías, no ménos que de la fama de estudioso y sabio que en su

tiempo llevaba, unido todo al carácter desigual y fantástico de la época, provino la fama de santo á par que de mago de que gozó en la Media Edad nuestro Virgilio, en términos de consultarse sus versos como oráculos. De ahí tambien las mil anécdotas que de él circulaban en antiguos tiempos. Célebre es la gruta del Pausilipo, que el pueblo napolitano conoce tambien con el nombre de *Scuola di Virgilio*, camino de Nápoles á Puzol. Cuéntase que allí se retiraba el poeta á hacer sortilegios y á enseñar á los labrudores habilidades mágicas en materia agrícola, á estilo de prácticas supersticiosas que vulgarmente se acreditan con el nombre de *oraciones ó rezos.* De un manuscrito de Juan Piccinardi de Cremona, se infiere que en el siglo XV se acostumbraba en Mantua cantar en la misa de la festividad de San Pablo un himno en honor de Virgilio, suponiéndose que habiendo llegado á Nápoles el apóstol, volvió una mirada hácia Pausilipo, en donde descansaban las cenizas del poeta, y lloró al pensar lo tarde que acudia para convertirlo al cristianismo:

Ad Maronis mausoleum

Ductus, fudit super eum

Pire rorem lacrimæ;

¡Quem te, inquit, reddidissem

Si te vivum invenissem,

Poetarum maxime!

Tierna y conmovedora leyenda, cuanto más al considerar la conformidad de los conceptos envueltos en la estrofa copiada, con aquellos sentidos versos del *Polion*:

¡O mihi tam longæ maneat para ultima vitæ!….

Pero la Providencia que eligió por precursor del Verbo al más grande entre los nacidos, segun la expresion del Señor mismo, llamó tambien al más admirable de los poetas á anunciar al Deseado de las gentes.

Hasta aquí las tres églogas esencialmente originales de Virgilio: la I de carácter dramático, la VI teológica, la IV profética. En las otras, aunque imitaciones de Teócrito, hay alusiones á las cosas de la época y algunas veces novedad de sentimiento. Así algunos comentadores han creido ver en la égloga V la apoteósis de Julio César, y otros han notado en la X, escrita en honor de Galo, colores nuevos con que allí matiza el poeta la pasion del amor. Por donde puede conjeturarse el fondo de pensamientos originales debidos principalmente á los vuelos de su mente en el mundo de las cosas invisibles, que contiene la seccion ménos original de las obras de Virgilio, en la que algunos *sólo* descubren ensayos de breve y fácil ejecucion en que se ejercitaba el poeta empeñado en reblandecer la lengua de Lucrecio y acribar el estilo poético: observacion exacta sin el exclusivismo del adverbio *sólo*. Él mismo determina el carácter de estas composiciones en aquel verso de *Polion*:

Si canimus silvas, silvæ sint consule dignæ;

y en estos otros de *Sileno*:

Agrestem tenui meditabor arundine musam;

Non injussa cano. Siquis tamen *hæc quoque*, siquis

Captus amore leget, te nostræ, Vare, myricæ,

Te nemus omne canet.

Es decir que ciñéndose ostensiblemente á sus bosques y áun á sus grupos de tamarices, y ensayando la avena pastoril, el poeta en simulados juegos aspira ya á serias é interesantes especulaciones.

A aquel período de su venida á Roma y su residencia allí, á que corresponde la composicion de sus últimas églogas, se refiere la anécdota de aquel dístico que dicen hizo y estampó anónimo á la puerta de palacio en honor de Augusto:

Nocte pluit tota: redeunt spectncula mane;

Dividum imperium cum Jove Cæsar habet,

Y añádese que como el poetastro llamado Batilo se apropiase estos versos y por ellos mereciese un buen premio, Virgilio se contentó en desquite, con escribir bajo los anteriores el siguiente:

Hos ego versiculos feci; tulit alter honores,

con este hemistiquio cuatro veces repetido:

Sic vos non vobis….

Y como Batilo no acertase á acabalar los cuatro versos comenzados, á satisfaccion de Augusto lo hizo así Virgilio en propia vindicacion y vergüenza del infeliz ratero:

Sic vos non vobis nidificatis, aves;

Sic vos non vobis vellera fertis, oves;

Sic vos non vobis mellificatis, apes;

Sic vos non vobis fertis aratra, boves.

Si bien es verdad que aquí se observa un ensayo de rima y artificiosa concordancia que no parece de aquellos tiempos ni de Virgilio.

Como quiera, Virgilio protegido por Augusto habitaba en Roma una casa en el barrio Esquilino, contigua á los jardines de Mecénas, con su excelente librería, que, como los demas recursos con que contaba, tenia á órdenes de sus amigos. Lo fueron suyos los literatos mas ilustres de su tiempo, Horacio, Tibulo, Propercio, Galo; y los personajes mas notables de la corte, Mecénas, Agripa, Mesala, Polion. A pesar de estas ventajas y la de una inmensa popularidad que honra altamente al pueblo romano, pero que para su tímido carácter fué mas de una vez motivo de mortificacion (haciéndole entrarse á las casas cuando en las calles le mostraban con el dedo y corrian á conocerle); allá en los años de 717 de Roma, á los 34 de su edad, puesto punto á la composicion de las Bucólicas, y llevado acaso de aquel amor infinito de ciencia y recogimiento, aquel mismo que le hacia exclamar á Horacio:

O rus, quando ego te aspiciam!....

y á nuestro poeta:

Felix qui potuit rerum cognoscere csusas!

Fortunatus et ille deos qui novit agrestes!

se retiró Virgilio á Nápoles, sagrario de las Musas y ciudad entónces excelentemente literaria; y á tiempos allí, y á tiempos en la Campaña Feliz, trabajó su segunda obra, las Geórgicas, poema que se considera generalmente como un modelo de elegancia y de primor. Se dice que acometió la obra por insinuaciones de Mecénas, deseoso éste de volver la atencion de sus contemporáneos, ya demasiadamente militarizados, á las artes agrícolas y á las antiguas severas costumbres; ó, como imagina Gibbon, de hacer que los sañudos y disipados veteranos, bien hallados pero mal familiarizados con los campos de los desposeidos labriegos, le tomasen el gusto á la economía rural. Sin apelar á estos recursos, las Geórgicas se explican fácilmente como obra de transicion entre las Bucólicas y la Eneida, pues semejan á las primeras en el objeto del poema, que es el campo, y á la segunda en la seriedad del género é importancia de la obra, Siete años se dice que invirtió en su composicion. Como el objeto del poema es la naturaleza, y el hombre sólo interviene como accesorio, su mérito principal está cifrado en el estilo y los adornos, sin que en él centellee sino de tarde en tarde aquel sentimiento sobrenatural y moral que hemos visto brillar en algunas églogas y de que vamos á hallar mas grandes manifestaciones

en el exámen de la Eneida. Es probable que al mismo tiempo que componia sus Geórgicas, ya nuestro poeta hubiese pensado en el plan de la epopeya que acometió luego, é hiciese al intento apuntaciones; cuanto más si es cierto que primero la extendió en prosa. Pero los críticos concuerdan en referir la iniciacion formal de esta obra al año mismo en que hubo concluido la anterior, el 714 de Roma. Lo cierto es que á ella consagró desde entónces sus vigilias con una perseverancia aproximadamente religiosa. Su modo de trabajar consístia en hacer por la mañana algunos versos informes que durante el dia castigaba y redondeaba, comparando él mismo esta operacion con aquel modo que dicen gasta la osa de lamer y conformar sus toscos cachorros:

Mulcere alternos et corporaa fingere lingua.

De esta manera de proceder, ó bien de supresiones, que no modificaciones, hechas en el texto por los encargados de la publicacion del poema, resultaron aquellos versos inconclusos (bien que no en el sentido sino sola una ó dos veces), que á estilo de puntales, como dice un gramático, ocurren de cuando en cuando en el poema. Así se afanó despacio Virgilio en diez años que empleó los más en la composicion de los seis primeros libros de la Eneida, y el resto en los seis últimos.

Ya se hablaba en Roma con viva curiosidad del nuevo poema nacional.

Nescio quid majus nascitur Iliade,

decia Propercio; y Augusto mismo escribió al poeta, de los remotos confines de su imperio, á donde fué con una expedicion contra los cántabros, pidiéndole alguna muestra de la obra empezada. Hé aquí una de las respuestas del poeta, único fragmento en prosa que de él gozamos, cual nos le ha conservado Macrobio y le traduce Ochoa: "Con frecuencia recibo cartas tuyas. Por lo tocante á mi Eneida, por Hércules, que si tuviera algun trozo de ella digno de que lo oyeses, te lo enviaria de buena gana; pero no está mas que principiada, en términos que casi me parece locura haberme empeñado en tan grande obra, especialmente ahora que como sabes la llevo de frente con otros estudios de mucho mayor provecho." Ce- diendo al cabo á las instancias del Emperador, Virgilio le leyó, dicen, en sesiones sucesivas el libro II, el IV y el VI, que fueron acogidos con cordial entusiasmo. Creyendo su obra imperfecta determinó el poeta marcharse á Grecia, á donde proyectaba emplear tres años en castigarla y abrillantada, aprovechándose para las narraciones de viajes, de su propia experiencia y de los nuevos coloridos que podia acopiar su imaginacion en aquel pais clásico de las bellas artes. Críticos demasiado sagaces creen que partiendo á Grecia deseaba Virgilio hurtarse á toda complicidad en los manejos del Emperador mejor que pudiera hacerlo en Nápoles, suponiéndole adverso á la causa del imperio. Pero la esfera del poeta era muy distinta de la política; lo que parecen desconocer estos críticos. Fuera de que era costumbre entre literatos visitar á Grecia, como iban los griegos á Egipto; así Terencio y Propercio. Fué en esa ocasion

cuando le dirigió Horacio aquella oda, la segunda del libro 1 de sus *Carmina*,

Sic te diva potens Cypri,

la cual se va casi toda en una fuerte invectiva contra la audacia de los navegantes, en lo cual parece expresarse el disgusto con que los amigos del poeta le veian ausentarse. Meses despues de llegado á Aténas y cuando se ocupaba en revisar sus obras, tocó en aquella metrópoli Augusto de vuelta de Oriente, y le comprometió á acompañarle á Roma; pero endeble complexion él desde muy niño, sus dolencias se habian agravado, y empeorado con la travesía, murió áun no bien aportó á Bríndis en 22 de setiembre del año 735 de Roma, 19 ántes de Cristo y 51 de su edad. Instituyó herederos á su hermano medio, Valerio Próculo, en union de Augusto, Mecénas y los que des pues fueron fiduciarios editores de su Eneida, Lucio Vario y Plocio Tucca; ordenó que sus restos mortales se trasladasen á su querida Nápoles, como se hizo, y añaden que mandó se quemase su Eneida juzgándola demasiado imperfecta; ú fuese, (no en mi concepto, sí en el de los mismos sagaces críticos ántes aludidos), por lisonjear contra Augusto á los amantes de la libertad patria; ó fue e por temor de que se publicase con alteraciones; pero asegurado de sus amigos, ó revocó la órden; ó como Plinio apunta, Augusto impidió se cumpliese lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado, segun la expresion del buen Cervántes. Tal es en el órden material de los hechos la historia de

la Eneida. La de sus ediciones y variantes del texto ocuparia volúmenes, pues despues de la Biblia apénas habrá otro libro que cuente mayor número de impresiones.

Es la Eneida, desde luego, y Virgilio quiso que lo fuese, un poema verdaderamente nacional, destinado á suplir la falta que en esta parte padecia Roma. Al efecto tomó el poeta por sujeto de su canto una antigua leyenda, segun la cual Enéas, salvado de las ruinas de Troya, llegó al Tíber, y conquistado el pais e los latinos, fundó la ciudad de Lavinio. Adornando este asunto con todos los primores que pudo sugerirle su imaginacion, y mediante los recursos del arte, Virgilio en los doce libros de la Eneida, y bajo el comun sello de historia nacional, reunió un admirable conjunto de sucesos providenciales que, empezando en la destruccion de una ciudad de Asia como primer eslabon, termina con el engrandecimiento de Roma y la paz del mundo bajo el cetro de Augusto. En este punto de vista, puesta á un lado la ejecucion, se colige el entusiasmo con que debió de ser acogido el poema así por el príncipe como por el pueblo cuyas tradiciones é intereses refundió el poeta bajo el glorioso nombre de Roma.

Mas ¿cómo hubo de suceder, pregunta un crítico frances, que un poema como aquél, expresion legítima de Roma, de la Roma de todos los tiempos, la Roma fabulosa, la de los reyes, cónsules y emperadores, haya podido convertirse en obra de interes comun para todos los pueblos, en libro del género humano? Cree el mismo crítico poder sa-

tisfacer á la dificultad concluyendo que de la feliz insercion que hace el poeta de la fábula y de lo maravilloso en la historia, resulta el amor con que imparciales lectores saborean el poema. No estoy dispuesto á suscribir á este dictámen. El maravilloso es ciertamente de suyo seductor halago de la imaginacion; pero no basta á interesar el entendimiento y el corazon. Las *Mil y una noches* son un modelo como obra de imaginacion, pero no pueden compararse con la Eneida; son dos obras de distinto género. ¿Qué tiene de más ésta sobre la otra? Que allá lo maravilloso es lo esencial; acá es solo la decoracion del pensamiento.

Otro crítico de la misma nacionalidad, M. Saint–Beuve, que tan alto ha rayado por su ingenio refinado y adivinador (que algunas veces apura hasta el extremo de dar en lo temerario y lo ficticio), especulando sobre la causa de la perpetua popularidad de Virgilio, insiste en fundarla ante todo en el tono de actualidad que da el poeta á los asuntos que elige y el viso de juventud con que los presenta, aunque ellos sean de extraccion antigua y extraña; en el talento que le reconoce para modernizar; en la facultad que en él admiraba Fox de marcar con la estampa de la novedad las mas ajustadas imitaciones. "Cuando un poeta," concluye nuestro crítico, "tiene genio y poder para expresar tan bien el sentimiento presente y actual de su nacion (grande ó pequeña, siempre que sea gloriosa); para exaltar el entusiasmo de su dominacion y grandeza triunfal, representando así fabulosos orígenes y coloreando lejanas perspectivas; todo lo reune entónces, y nada le falta ya para llenar de admiracion y encanto su propio siglo y el porvenir," Su

propio siglo enhorabuena; pero los venideros, por qué? Esto es lo que querria explicar el elegante autor del *Étude sur Virgile*, y lo que no puede explicar con una patente falacia de ampliacion, Lograra más bien su propósito si acertara á desenvolver lo que vislumbra cuando en otros lugares del mismo Estudio, que mal se concilian con el precedente, advierte que para Virgilio la narracion épica es "un género de poesía que se empalma con la historia, el amor de la religion, el de la patria…. *con todas las grandes afecciones virtuosas*;" que hay en el poeta "algo de humanitario y hasta de piadoso, de que sólo muy pocos, y eso no sin mezcla que lo degradase, participaban en su tiempo;" y en fin, que "él nos da anticipado sentimiento de otra civilizacion." Identifícase esta apreciacion con la del espiritual Pastor Diaz; pero Saint–Beuve, falto de fe como hombre, carece de profundidad como crítico; revuela, pero no explaya las alas, Por eso enumera, ménos la capital, y muy diestra y sutilmente individualiza las cualidades eximias de Virgilio, á saber: su deliciosa familiaridad con la virgen naturaleza; su culta aficion á los maestros y á los libros, siempre respetuoso por la venerable antigüedad; su erudicion sesuda; su anchuroso corazon, lleno de patriotismo, de liberalidad y de ternura; y últimamente (propiedad principal esta vez en la opinion del clasificador), el instinto artístico que da unidad al conjunto, conveniencia á las partes, y á tódo el tono propio y la mejor forma; ó sea, su gusto acendrado y correctísimo. Mas si el critico nos hace al paso admirar el talento con que Virgilio descubre lo que hay de romano en las leyendas troyanas, ahí se

queda, sin estudiar lo que vale más, es decir, el modo como el poeta despues de latinizar á Troya, iguala á Roma con el mundo.

Ha de haber, pues, en la Eneida, á sombra del pensamiento nacional, un pensamiento universal, un pensamiento digno del hombre, supuesto que al hombre interesa. Este pensamiento brota de la vision religiosa, de las concepciones sobrenaturales del poeta, que más que los de un pueblo, profesa los dogmas de la humanidad; y este pensamiento consiste, á mi modo de ver, en que siempre refiere el hombre á la especie, el presente á lo porvenir, y todo á una voluntad divina. Si en la pintura de una naturaleza pujante, de sentimientos enérgicos, de figuras heróicas, á estilo de Miguel Ángel, en que se revela el brio de los tiempos antehistóricos, se fincase el mayor mérito de un poeta, no habria que vacilar en poner á Homero sobre Virgilio, como ponía Byron los libros del Antiguo Testamento sobre el Evangelio. Pero en la concepcion de cómo la filosofia providencial interviene en las cosas humanas, no sólo se aventaja Virgilio á Homero, sino que quizá no hay poeta que en esta parte exceda á Virgilio. Cantú mismo, al propio tiempo que da la preferencia á Homero sobre Virgilio, al ver sucumbir á Héctor, tipo del héroe antiguo, defensor de la patria y la religion, confiesa que la Ilíada es la celebrecion del "odioso espectáculo, siempre antiguo y siempre nuevo, de la mala suerte que suele tocar á la virtud en el mundo."

Homero canta la actualidad, Virgilio mira al porvenir; el poeta griego humaniza á los dioses, el romano eleva al hombre y adora la Providencia; el Uno concibe lo maravilloso, el otro adivina lo sobrenatural.

Descendamos á los pormenores y al modo como aquél y éste consideran al hombre.

Homero en la Ilíada canta la venganza de Aquiles ofendido y sus funestos resultados en el campo griego; en la Odisea, la prudencia de Ulíses peregrino, cuyos compañeros perecen de insensatos: hechos aislados que contienen en sí mismos su explicacion y su desenlace, de donde no se saca más instruccion que las lecciones de escarmiento apuntadas por Horacio en su célebre epístola *Trojani belli scriptorem*. Virgilio canta á un varon que sale de una ciudad destruida, y guiado por la voluntad de los dioses va á fundar la cuna de la civilizacion. La Ilíada narra un episodio de una guerra, y puede considerarse como el principio del género dramático–heróico. La Odisea, las aventuras de un viaje, y ya en ella se dibuja la fisonomía del poema caballeresco y de la novela. Pero Virgilio concibe la unidad de los tiempos y las cosas, y crea el poema filosófico–histórico; Virgilio canta la mision del hombre en la mision de un hombre, y emprende el poema humanitario, á donde no alcanza ni Dante, que visita á la humanidad juzgada, mas no la acompaña en su migracion providencial sobre la tierra; ni el Tasso, que celebra un suceso enlazado ciertamente con los intereses

del género humano, pero cuya fecundidad, que imparcialmente no podrá negarse á las Cruzadas, no se presenta de lleno, con todo eso, al lector del poema, ni se conexiona fuertemente con e1 asunto peculiar del poema mismo; ni ménos Milton, imitador de modelos inconciliables, tan buen cantor de ángeles caidos como inepto conocedor del hombre, al cual, áun no bien salido de las manos de Dios, ya le hace hablar, segun la aguda observacion de M. Taine, como si fuese un miembro del parlamento inglés.

En los rasgos generales y en muchos pormenores del poema se diseña el dogma de la fraternidad de los pueblos. El héroe, aunque supuesto ascendiente de sus reyes, es para los romanos un forastero; lo que seria para nosotros Cortés ó Quesada, si ya en la adquisicion de la independencia se nos hubiese ocurrido reclamar como nuestra la herencia de nuestros padres, más bien que invocar los nombres de la raza conquistada, Enéas representa á Troya, Troya destruida por los griegos; y sin embargo, de una ciudad griega ha de salir la primera esperanza de salud. Nada más elocuente como frase humanitaria que aquella de Dido:

Non ignara mali miseris succurrere disco.

que nos trae á la memoria el mandato de Moises á los hebreos de ser benévolos con el siervo, recordando que ellos mismos gimieron en servidumbre. Nada tampoco puede presentarse más noble en el mismo sentido que este otro verso de la misma:

Tros tyriusque mihi nullo discrimine agetur,

en que se borra toda diferencia entre nacional y extranjero. Sepárase Enéas de Cartago porque los Dioses lo compelen á cumplir su mision; pero no sin protestar que recordará eternamente los recibidos beneficios. Hace la guerra á los latinos porque ponen obstáculo á su mision, pero no sin solicitar como prenda de conciliacion con el pais que conquista, la mano de la hija del Rey. El derecho de la guerra no viene aquí de la fuerza ó la supuesta virtud de la venganza, como en Homero, sino de las reminiscencias de un comun origen y de los decretos del Cielo; y la conquista no tiene por objeto como allá, la destruccion, sino la fusion de las razas. Juno misma, que partícipe de pasiones humanas, representa en el poema el espíritu malo ó de prueba, que interpone embarazos en toda empresa grandiosa, se resigna al fin á la voluntad de los Hados. Ni canta el poeta á Roma en el sentido egoístico que áun hoy distingue á un orgullo nacional mal calificado de patriotismo, sino con miras más elevadas: Roma para él no se debe á sí misma; se debe á la reunion providencial de elementos propios y forasteros; su grandeza nace, no de la ciega decision de la suerte, sino del ejercicio de virtudes en largos siglos; el término de su mision no es el triunfo, sino la paz y la justicia. Compárese, si no, la profecía de Júpiter en el libro I de la Eneida con la descripcion del siglo de oro anunciado en la égloga IV, pues ambas piezas se refieren á un mismo pensamiento, á una misma esperanza; y se verá que el poeta presentia algo semejante al reino espiritual realizado por Roma cristiana:

—Toto surget gens aurea mundo.

Aspera tum positis mitescent sæcula bellis.

Simboliza Enéas la mision en general del hombre y de los pueblos, y en especial la vocacion de algunos destinados á llevar una cruz mas pesada como tambien una corona mas noble. La historia de su vida es la de sus sufrimientos y esperanzas: sale de una ciudad incendiada, con sus dioses en brazos, su padre en hombros, y en torno escasos restos de su pueblo; y tras largos años de contratiempos echa por fin en tierra extranjera los cimientos de un porvenir glorioso para los suyos. El reposo es su objeto, pero no un reposo gratúito, sino remuneratorio de fatigas. Resucitar á Troya es el objeto de sus constantes esfuerzos:

Per varios casus, per tot discrimina rerum

Tendimus in Latium, sedes ubi fata quietas

Ostendunt; illie fas regna resurgere Trojæ.

Así, virtud, perseverancia, martirio y resurreccion compendian el conjunto de la mision del héroe, lo mismo que la de todo hombre y todo pueblo que sabe corresponder á su vocacion.

Y precisamente esta vocacion insistente que busca por donde quiera á Enéas para recordarle la futura Roma, es lo que da unidad al poema en medio de la amena variedad de sus episodios. En efecto, desde la "Última noche de Troya, en que Enéas recibe la órden de marchar á Occidente á fundar un poderoso imperio, hasta la postrer bata-

lla, en que Juno allana el obstáculo casi insuperable de sus iras, Roma, dice M. Magnier, reaparece constantemente como la idea dominante del poeta. Roma se le descubre con sus glorias en la vision de los infiernos; Roma suena en las tradiciones del Lacio; Roma brilla en el escudo de Enéas. Todo en la Eneida habla de Roma; Roma hace la unidad del poema.

Partiendo de estas consideraciones, fácil es explicar moralmente cosas que literariamente se han juzgado defectos. Á la observacion que acabo de consignar, el citado critico añade como objecion, que de la época en que floreció el héroe del poema hasta la fundacion de esa Roma, objeto (le sus miras, cae un espacio demasiado considerable para que ésta pueda admitirse, como pretende el poeta, por causa final de la acciono En la Odisea sentimos vivamente los motivos humanos que atraen á Ulíses á la patria: en la Eneida sola la voz de los dioses llama á los troyanos á Italia. Virgilio da una importancia capital á los motivos sobrenaturales. ¿No se ve aquí el influjo de sus sentimientos profundamente religiosos? Pero motivos de esta clase no explican satisfactoriamente, se nos dirá, la conducta de lo hombres. Fuera de que los hombres inspirados trabajan con mayor entusiasmo que lo hicieran si sólo los moviese la esperanza de ver los frutos de árboles que siembran en bien de sus descendientes. Virgilio se anticipa á contestar la objecion, haciendo que á cada momento aquel motivo sobrenatural tome en el órden material formas adecuadas á persuadir é impeler la débil naturaleza del hombre, que á veces lucha con la persuasion más

clara. Así, si desalentado Enéas á vista de un porvenir lejano y tal vez incierto, imagina establecerse en Tracia, en Creta, en Cartago, en Sicilia, el poeta suscita ya la leccion terrible de un hombre convertido en árbol, ya el azote de una peste asoladora, ya las reconvenciones de un dios alado, ó ya en fin, la voz de los dioses del suelo natal ó el ceño adusto de la sombra de un padre. De este modo se abrevia la distancia que separa á Enéas de Roma; de este modo la ciudad eterna llama al héroe en sombras y en sueños, pero asediándole tambien con halagos y temores reales, Inmediatos, conmovedores.

Tissot viendo las cosas por el lado opuesto, extraña los momentos de desaliento que afligen al héroe en su larga y contrastada peregrinacion. Magnier cree natural esta desesperanza atendida la debilidad material del motivo sobrenatural y de un objeto remoto; al paso que Tissot la cree indigna de un hombre tal como él se figura que debia ser el héroe de un poema épico. ¿Cómo ha de blandear ni por un momento el hombre escogido por los dioses; ni cómo dudar aquel quien su madre misma, la diosa Vénus, ha prometido un feliz éxito en su grande empresa? Mas esta censoria pregunta pudiera hacerse de los elegidos mismos del Dios verdadero. Vaciló Moises y dudó Simon Pedro: el príncipe de los profetas y el príncipe de los apóstoles. Tissot aspira á un ideal falso: Virgilio concibe lo verdadero. Virgilio comprendió que el mérito de los hombres grandes no está en no caer, pues siete veces cae el justo, sino en levantarse y seguir por la misma emprendida senda. Hija es la virtud del favor del cielo y de la correspondencia del

hombre; pero entre uno y otra média nuestra débil naturaleza con sus desconsuelos y sus errores. Por eso Virgilio, al desenvolver la accion del poema, al lado de los milagros pone las virtudes y entre ambos las flaquezas, para que en medio de estos elementos brille la simpática figura del hombre desgraciado y perseverante: *Virum cano*.

Estas consideraciones servirán asimismo para corregir la ilusion óptica de los que al pasar de Homero á Virgilio notan una gran inferioridad en Enéas respecto de Héctor. Virgilio no mide la grandeza humana ni por la próspera fortuna, ni por las fuerzas físicas, sino por la religiosidad y el valor:

> —Quo justior alter
>
> Nec pietate fuit, nec bello major et armis.

Enéas lucha hasta la desesperacion en la última noche de Troya y consagra su vida á la salvacion de sus dioses y la rehabilitacion de su pueblo. Los argumentos que se han sacado en desdoro de las altas prendas del héroe, resultan de una falsa interpretacion, como veremos adelante.

Para almas groseras, para pueblos incultos, la grandeza humana está en la dureza del pecho, en a fuerza de los brazos y en la velocidad de los piés. Concibe más correcta y más espiritualmente la grandeza humana el que fundándola en virtudes intrínsecas, la busca sin embargo en el hombre mismo, tal cual es cuando es bueno, valeroso pero no omnipotente, severo pero no inaccesible á la ternura: de modo que

sin derribar gigantes ni matar hidras, combata como leal; y sin rendirse á la seduccion de los sentidos, ame y llore. Por eso es tan bello en el Mahabarata de 1os hindúes, aquel episodio en que la joven Diamanti, llamada á elegir esposo, ve delante de si cinco mancebos iguales: cuatro de ellos eran dioses que ansiosos de obtener su mano y á fin de engañarla, creyeron conveniente asimilarse al jóven Nalo. Ella ruega fervientemente al cielo que aquellos pretendientes se manifiesten en su verdadera forma. "Entónces," dice el poeta, "los dioses se manifestaron: no tocan sus piés al suelo; inmóviles aparecen como estatuas de cristal coronadas de siempre frescas flores; no mueven los párpados, ni el sudor les mancha la frente, ni sus cuerpos proyectan sombra. Nalo se presenta bello, pero con una belleza oscurecida por el polvo y el sudor propio de la humana naturaleza; su cuerpo proyecta sombra, huellas deja en el suelo, y en sus ojos se pinta el temor y el amor. Por estas señales Diamanti le distingue y lo elige por esposo."

Virgilio asimismo tiene la cordura de presentarnos su héroe como un hombre grande, no como un gigante. Y es tanto más de celebrar el tino del poeta, cuanto distingue el mérito real de su héroe de las especiales cualidades que en él descubre una admiracion superficial ó apasionada: así, Dido se enamora de Enéas al considerar sus dotes puramente varoniles, su majestuosa figura, su facundia y sus proezas:

¡Quem sese ore ferens, quam fori pectore et armis!

miéntras que para el poeta lo que caracteriza á su héroe no es esto, sino sobre todo sus virtudes: *insignem pietate virum*. Procediendo con tan espiritual discernimiento Virgilio se aparta del paganismo, que levanta aras á los brutos grandes y fuertes y diviniza al hombre aumentando groseramente sus facultades físicas; y manifiesta presentir las inspiraciones de una religion cuyo divino fundador, en medio de su infinito poder, quiso dar ejemplos de humana grandeza, luchando con la tentacion, llorando amargamente y sudando sangre. ¿Y cuál es el titulo, de superioridad que respecto del arte pagano presenta el arte cristiano, sino el de distinguir la debilidad de la culpa, el dolor del crímen, la pobreza del deshonor, y haber dado tanta belleza al dolor, á la pobreza y á la debilidad misma?

En cuanto á los compañeros de Enéas no se puede negar que hacen un papel muy oscuro; sin que para explicar este defecto hayamos de apelar á las razones, más especiosas que sólidas al decir de Heyne, con que Voltaire y Addison pretenden cohonestarlo. Yo creo que esta falta es consiguiente al carácter del poema, cuya accion es de aquellas providenciales en que al rededor de un ilustre caudillo se agrupa un pueblo que no delibera, sino que cree y obedece. Tal vemos á Moises guiando á los hebreos al través del desierto; tal á Colon, abriendo con ignorantes marinos rumbos nuevos en la inmensidad del Océano. El caudillo es un hombre inspirado, pensamiento que ilustra y voluntad que mueve. No se sigue de aquí que la Eneida carezca de caractéres: fuera de la accion del poema, á las orillas digámoslo así del camino, en

los episodios con que el poeta ameniza la narracion, introduce con rasgos fuertes y lineamentos peculiares, al pérfido Sinon, á la tierna Andrómaca, á la enamorada Dido, al afectuoso Niso, y otras realzadas figuras, que pasan, es verdad; sin adherirse íntimamente á la accion general; porque de otro modo embarazarían la accion ó alterarian el pensamiento profundo de que resulta su hermosa unidad.

La antigüedad, dice Schoell, no presenta cosa alguna comparable con el libro IV de la Eneida. Y sin embargo, de este magnífico episodio suele sacarse el cargo mas fuerte contra el carácter del héroe, y por consiguiente contra el mérito del poema. La conducta de Enéas con Dido manifiesta, dice Blair, una dureza y falta de ternura que están muy léjos de hacerlo amable. Para juzgar este hecho volvamos á poner las cosas en el punto de vista en que las sitúa el poeta. Enéas, sobreviviendo á su patria, á pesar de sus esfuerzos para hallar la muerte, recibe de su madre la mision de restaurar á Troya en un pais lejano llamado Italia. Italia es el templo que esperan sus dioses, la herencia en que ha de reinar su hijo, la tierra prometida de descanso para su pueblo, el porvenir de la nacion cuyas renacientes glorias han de aplacar los ofendidos manes de su rey y sus amigos: y él, sólo él, es el encargado de descubrir y conquistar á Italia. Con la investidura de esta gran mision y bajo el peso de esta múltiple deuda, llega Enéas arrojado de una tempestad á la hospitalaria Cartago. La reina Dido se enamora vehementemente del caudillo troyano; circunstancias excepcionales los enredan en misteriosos lazos, y envuelto en ellos, Enéas

olvida que el tiempo corre, que el deber le llama. Júpiter toma á su cargo recordárselo enviándole á mediodia un mensajero alado que le despierte del letargo. Ademas, la sombra de su padre le aparece en sueños y le reconviene con un terrible silencio. Enéas resuelve obedecer la voz del cielo que le ordena partir, y toma providencias para preparar á este trance el ánimo de Dido. Ella, enloquecida al saberlo, recurre alternativamente al ruego y á las amenazas; pero Enéas, sin verter una sola palabra dura, sin tener tampoco que recoger ó violar promesas, se da á la vela, y sin saberlo ocasiona la desastrada muerte de 1a amante desgraciada. Hay faltas que censurar en la imprudente mansion de Enéas en Cartago; hay dureza en su conducta posterior, pero es la dureza del que sacrifica afectos en aras del deber religioso. El lector cristiano, admitiendo como santa toda inmolacion decretada por Dios, se resistirá con todo á ver este carácter de sacrificio agradable en el procedimiento de Enéas. Defecto es éste más de la falsa religion que conocia el Poeta, que del poeta mismo. Si en vez de Júpiter viésemos á Jehová, la escena cambiaria de aspecto. Nada más duro, y sin embargo nada hay tampoco más sublime, que la obediencia de Abraham al alzar la cuchilla. sobre la cabeza de su hijo muy amado. Virgilio sintió la insuficiencia del motivo capital, ocasionada sólo, como he dicho, de la falta de un fundamento religioso mas sólido, y apoyó con razones más sensibles la conducta de Enéas: no sólo le hablan los dioses, sino tambien la sombra de su padre; un poder fatal le cierra los oidos y le embota la sensibilidad, á fin de dejar expedito el

imperio de la razono Pasado el trance doloroso, cuando baja el héroe al infierno y se encuentra con la sombra de Dido, vuelven á abrirse las fuentes del llanto que habia cegado la fuerza del destino. El hombre es naturalmente ó duro ó tierno; sin un sentimiento religioso muy profundo, no puede hermanar la severidad en el deber con la blandura en el afecto. Esta doble naturaleza, que se descubre en el juez integro que llora al delincuente á quien condena, es la del hombre que gimiendo se separa de la mujer á quien ama, y que alternativamente, obra del poeta que le inspira, halla la voz elocuente del deber cuando con los ojos fijos, *immota lumina*, dice:

> Sed ne Italiam magnam Grynæus Apollo,
>
> Italiam Lyciæ jussere capessere sortes:
>
> Hic amor, hæc patria est;

y el acento de la ternura, *dulci amore*, cuando con llorosos ojos exclama:

> Invitus, Regina, tuo de littore cessi.
>
> Siste gradum, teque adspectu ne subtrahe nostro.
>
> Quem fugis? extremum fato, quod te adloquor, hoc est.

A propósito de Dido, notan todos los críticos la esplendidez con que el autor expone la historia del amor, la exactitud con que señala sus rasgos característicos, y el calor con que copia su lenguaje. Pero hay otra cosa que notar no ajena al punto en que venia ocupándome:

me parece que Virgilio no da al amor de los sexos carácter moral alguno: á diferencia de los mil afectos humanos en que se resuelve la caridad, no considera al amor como sentimiento racional, sino como una pasion cruel, una enfermedad á un tiempo física y mental. Por lo ménos así pinta á Galo en la égloga X, así á Dido en la Eneida. Cupido la envenena, *fallasque veneno*: fuego, herida, llaga, son las notas con que el poeta determina su estado; *é infeliz* el epíteto con que la designa. Esta me parece ser la razon por qué al señalar en el infierno su lugar á las mujeres que sufrieron penas de amor; incidiendo en una confusion que los críticos no aciertan á explicarse, las reune todas, buenas y malas, en un mismo bosque de mirtos. Ello es que las considera á todas ellas como almas enfermas y corazones lacerados de una llaga sempiterna:

> Hic quos durus amor erudeli tabe peredit
>
> Secreti celant calles, et myrtea circum
>
> Silya tegit: curæ non ipsa in morte relinquunt!

Dícese tambien que la conquista del Lacio es odiosa, y que el lector se siente dispuesto á tomar parte con Juno en contra de Enéas. Mas ¿hay conquistas ordenadas por la Providencia para bien de los hombres? Como tal se justifica á nuestros ojos la conquista de Canaan por los hebreos; lo mismo que la de América por los cristianos europeos. Con este mismo carácter presenta Virgilio la del Lacio; y si nos sentimos inclinados en favor de los latinos, lo hacemos por el mismo sen-

timiento de lástima que nos mueve en favor de los araucanos y de todo pueblo destinado á sucumbir para que se cumpla la divina justicia. Mitígase un tanto este sentimiento si nos elevamos á las consideraciones que sugiere la filosofía de la historia. En el Lacio, lo mismo que en Méjico cuando la invasion de Hernando Cortés, existia la esperanza de un anunciado extranjero. La conquista es una de esas formas violentas con que manifestaba Dios á menudo su voluntad ántes de la ley de gracia, y á las cuales hubieron de amoldarse la razon y el brazo de los hombres. Por eso se confundia la fuerza con la virtud, y la mayor fuerza con el derecho. Virgilio se hace eco de estas opiniones, no obstante su presentimiento de un nuevo modo de organizarse el linaje humano, basado sobre principios más suaves y espirituales. Lo que hace ciertamente desgraciado el plan del poema en los últimos cantos es el no haber el poeta hecho simpática la conquista con circunstancias bastante honoríficas al conquistador, por querer tal vez acomodarse demasiado á la tradicion, la cual léjos de traer á Enéas para libertar á alguna cautiva princesa, le exhibe en cierto modo como advenedizo rival de un esposo digno de mejor suerte. El poeta presentó el hecho como providencial; pero olvidó justificar con antecedentes históricos la voluntad de los dioses.

Nótese en medio de todo, que no es á los panegiristas de Homero á quienes toca presentar estos defectos como familiares de Virgilio. Censuran á Enéas su disposicion á llorar, y olvidan que llora como hombre, ya de amor, ó ya por campasion profunda, cuando Aquíles

llora de rabia como un chiquillo. Se pronuncian contra la conquista del Lacio, y no recuerdan que al estudiar á Homero, el lector despreocupado y justo se pone del lado de Héctor, como confiesa Bryant en el prefacio de su excelente traduccion de la Ilíada. Seamos admiradores de Homero en lo que es digno de admiracion; pero no queramos imponernos por eso el deber de despreciar injustamente á Virgilio.

Como quiera que sea, tales son los principales defectos rectos literarios que descubre la crítica en la Eneida. Ya dependan en parte de la insuficiencia de la mitología griega para suministrar los móviles religiosos que el poeta solicitaba, ya de la tradicion de que él no debía desviarse sino con suma cautela, estos mismos defectos manifiestan en general, como hemos visto, el sobrenaturalismo que hace el fondo de la accion, y que estampando en las obras lIe Virgilio el sello de la originalidad, le mereció al autor de boca de Alejandro Severo el justo renombre de *Platon de los poetas*.

El pensamiento fundamental de la Eneida es un pensamiento religioso; *pius* es el epíteto designativo del héroe al mismo tiempo que lo es característico del poeta. Mas éste para desenvolver aquel pensamiento, hubo de complementarlo con los recursos de una ciencia variada y amena, adornarle con los risueños prestigios de la imaginacion, y animarle, en fin, con el calor del sentimiento. Y viniendo á la ciencia, no extrañemos que tan largo espacio de tiempo consagrase el autor á la composicion de poemas que suponen una tradicion sólida y

menuda; en tradiciones y costumbres, en filosofía é historia, en letras griegas y latinas, en astronomía y en náutica; en suma, en todos los ramos que en aquel entónces constituian el saber humano. Por esta razon sus narraciones y descripciones son tan exactas é instructivas, de tal modo que sus versos, dice Fabio Paulino, brotan sustanciosos del vasto fondo de su doctrina. La descripcion del infierno es uno de los episodios en que mas felizmente se ven los recursos de las ciencias humanas servir al pensamiento religioso, exornado todo con inspiraciones del sentimiento y productos de la fantasía.

Porque, mal que le pese á un crítico ántes citado, lo maravilloso como maravilloso no es, no debe ser, la esencia de un poema épico. Así lo entendió Virgilio al usar de imágenes como expresion de hechos inmateriales, lo mismo que nos valemos de palabras para significar las cosas materiales. En esto se distingue el aparato mitológico de nuestro poeta de las invenciones, muchas veces vacías, siquier sean sorprendentes, del genio oriental. Raras veces nos describe monstruos, y los que acaso introduce, por ejemplo los ciclopes y las arpías, los toma de la literatura griega no sin añadirles algun fin moral ó anexarles algun sentido simbólico. En una palabra: Virgilio no es un vagabundo y desorientado narrador de cuentos deslumbrantes como los mas de los poetas arabescos y de los modernos novelistas: sus episodios son científicos, sus imágenes sacramentales, y éstas y aquéllos, adjuntos de un pensamiento social.

Con este conjunto de elementos todavía no lograría el poeta producir el encanto con que sabe seducirnos si no lo animase todo con el calor de un sentimiento sostenido. Fruto es éste de una alma de suyo tierna y delicada, que no gastada en licenciosas costumbres, anda con la alegría de la juventud, ve los objetos con limpieza de intencion y comunica á cuanto toca la frescura de sus impresiones y el aroma de su virginidad. Este es el principal secreto de la superioridad de Virgilio. *Si vis me flere, dolendum est tibi primum*. Virgilio nos hace sentir, porque sabe sentir; y porque siente como amante hijo, como leal amigo, como hombre bueno, por eso nos pinta con tanta exactitud los rasgos del amor filial, de la amistad, y en general, de la bondad de corazon. De aquí particularmente nacen en la conducta de sus personajes, la verdad de las situaciones, la consecuencia de los procederes y la elocuencia de los discursos.

Y así como en el órden de las ideas se eleva nuestro poeta á la concepcion de la voluntad de la Providencia como norma de lo verdadero y de lo bueno, en el órden de los sentimientos presenta siempre el desinteres y el sacrificio voluntario como distintivo de nobles afectos y de bellas acciones. Los sectarios de Epicuro que modernamente han calificado de piadosa necedad aquel verso atribuido á santa Teresa de Jesus:

Aunque no hubiera cielo yo te amara,

no lean á Virgilio, porque no lo entenderán. Enéas al salir de Troya no tiembla por sí sino por lo que lleva en sus hombros y á su lado. Niso y Euríalo sucumben *fortunati ambo*, en una competencia de abnegacion en que cada cual trata de inmolarse por la salvacion del otro. Palinuro, el mísero piloto á quien un sueño traidor, asaltándole en una noche serena, ahogó en el mar sin que nadie lo sintiese, se presenta á Enéas, sombra errante, á las orillas del lago Estigio, le refiere brevemente el suceso, y "por los mares te juro," añade, "que en el extremo trance no tanto temí por mí cuanto que tu nave, perdido el timon y privada de piloto, no pudiese resistir al ímpetu de las ondas alteradas."

Quizá por una falsa interpretacion se han reprendido algunos pasajes como contradictorios con las dotes del poeta arriba enunciadas. Pondré dos ejemplos notables en lo relativo á la consecuencia y oportunidad de las acciones, ambos tomados del libro II de la Eneida. Enéas en el palacio del rey Priamo ve á este anciano sucumbir á los golpes de Pirro sin acudir por eso á su defensa, en lo que manifiesta, dicen, deslealtad y cobardía. El cargo es injusto si se considera que Enéas no habia entrado al palacio sino por una Puerta excusada, y en la ocasion no se hallaba cerca del Rey: éste aparece en el fondo del patio, á par de un altar que habia allí á cielo descubierto:

Ædibus in mediis, nudoque sub ætheris axe;

miéntras Enéas andaba en los alto, sitiado por el fuego, circunstancias de que sólo pudiera aprovecharse, no ya para acudir á defender al

Rey, mas sólo para darse muerte, como del texto resulta que se la dieron sus compañeros:

> —et corpora saltu
>
> Ad terram misere, aut ignibus ægrn dedere;

de modo que para salir del palacio Enéas hubo de bajar y abrirse milagrosamente paso por entre el creciente incendio:

> *Descendo, ne ducente Dea,* flammam inter et hostes Expedior.

Ni es posible admitir una interpretacion contradictoria con los antecedentes y consiguientes, que nos presentan al héroe ocupado del solo pensamiento, del solo deseo de morir gloriosamente con las armas en la mano: *pulchrumque mori succurrit in armis.*

Consideraciones semejantes cabe hacer respecto de la conducta observada por Enéas con su mujer Creusa. No habiendo podido hallar la muerte en porfiados combates y entre infinitos peligros; desamparado de los suyos, solo, y compelido por su madre á salvar su familia, acude Enéas á su hogar y resuelve llevarse á su padre, esposa é hijo, y salvarlos de una ciudad abrasada y destruida. El padre se rehusa á partir. Desesperado Enéas trata de salir á buscar otra vez la muerte. Mas su mujer se echa á sus piés en el umbral, y alza á sus ojos el fruto de sus amores. En este momento una milagrosa llama que vibra sobre la cabeza del tierno Ascanio, persuadiendo á Anquíses de la voluntad de los dioses le determina á emigrar. Enéas lleva en sus hombros al caduco padre y de la mano al débil Ascanio: Creusa debe seguir sus

pisadas. La buena mujer desaparece en el camino. Al notar su falta, Enéas blasfemando y gimiendo torna á la ciudad á buscarla; pero la sombra de la misma Creusa le aparece y le tranquiliza explicándole la necesidad de su ausencia. No es cautiva de los griegos: la madre Cibéles la acoge á su lado. Creusa debia desaparecer, y el poeta prepara el lance. Han creido algunos críticos que esta preparacion no sólo resulta de los hechos naturales sino del adverbio, nada fino, dicen, ántes bien impropísimo en boca del héroe, con que expresa al salir de la casa paterna la manera como debe seguirle la pobre Creusa:

-*Longe* servet vestigia conjux.

Desgraciadamente, dice Magnier, *longe* supone demasiada distancia. Esta órden de *suivre de loin*, ¡cómo debió de afligir á la sensible Creusa! exclama Tissot. ¿Pero *longe* significa de *léjos*? Más adelante dice el mismo poeta: *Pone subit conjux*. El brasilero Mendes en las notas de su traduccion portuguesa de Virgilio, sostiene que aquí *longe* no significa *de léjos* sino *mucho*, modificando á *servet*. Aun con más plausibilidad puede, á mi ver, traducirse por largo trecho, esto es, hasta haber salido del peligro: "hasta haber salido del peligro siga Creusa mis pisadas." En el libro VI, v. 476, aparece el mismo adverbio *longè*, en frase análoga, y aunque ménos favorables así la significacion del verbo que allí se usa como las demas circunstancias á adoptar la traduccion que propongo, con todo Hernandez de Velasco no duda traducir la frase *largo trecho*; Anibal Caro dice allí mismo *lungo spazio*, y Ochoa *largo tiempo*.

Con más razon se tacha que Enéas no note la falta sino quizá demasiado tarde, sin que baste á disculpar su olvido la intervencion sobrenatural que se aduce; como tambien es censensurable el que al salir del palacio le ocurriese matar á Elena, como á causa de tantos males; si bien, en medio de su frenesí, le detiene la consideracion de que matar á una débil mujer no es accion digna de un hombre. Miéntras lucha la ira con la razon, Vénus se aparece para inclinar la balanza por la última. Este pasaje, ademas, no se registra en los mejores y más antiguos manuscritos de Virgilio: exclusion decretada, bien, como supone Servio, por los primeros editores Vario y Tuca, bien por el autor mismo, como se deduce de las pruebas internas que al intento consigno en mi comentario de la Eneida, libro VI, v. 519.

De su exquisita sensibilidad, no sin el auxilio del arte, nace en Virgilio la oportunidad de las arengas que introduce, su verdad y conveniencia. Rollin en su *Tratado de los estudios* analiza detenidamente el discurso que en el libro I de la Eneida pronuncia Juno. Virgilio conoce el tono de los afectos, las inspiraciones de las circunstancias, los toques de la conversa- cion. Pondré tambien muestras de pasajes en que los discursos de Virgilio han sido mal juzgados acaso sobre una torcida interpretacion.

En medio de una horrible tempestad Enéas, alzando las palmas al cielo, pronuncia el discurso que todos conocen, consignado en el libro I de la Eneida. Gime al ver que con sus compañeros va á perecer en el mar. Tissot critica acremente este pasaje. Repúgnale ver al sucesor de

Héctor temblando como una mujer. Virgilio no dice sin embargo tal cosa. Gime Enéas, cierto; mas este gemido no es una voz cobarde ni un grito inoportuno como insinúa Tissot. El héroe, observa Donato, no manifiesta temer la muerte, sino una muerte vergonzosa, cual se consideraba por los antiguos el naufragio; *frigore*, dice el mismo, no está por *timore*: significa la impresion física que hubo de causar en el héroe, al mismo tiempo que la borrasca; el horror de la situacion. Habla Enéas de sí no porque se olvide de los suyos, como entiende Tissot, mas porque, rey y caudillo, en su persona se representa su pueblo; y lo que es más, como lo primero que naturalmente le ocurre es el sentimiento de no haber muerto en Troya, parece más noble y digno que diga sencillamente: "Oh! ¿por qué no sucumbí yo peleando como bueno?" incluyendo en esta frase la natural consecuencia de la destruccion de su familia y de su pueblo, que no si dijese: "Oh! ¿ y por qué no murió ántes mi hijo á manos del invasor? ¿por qué no fueron robadas las mujeres que traigo en mi compañía? ¿por qué no perecieron mis compañeros todos ó los tornó cenizas el incendio de Ilion?" Todo esto seria absurdo. El sentimiento que expresa Enéas es sencillo, es noble, y lo compendia este verso que Quintana pone en boca de los héroes de Trafalgar, al verse oprimidos más que del enemigo armado, de los adversos elementos:

Ah! pereciese yo, pero lidiando!

Más que severo, injusto me parece Tissot en la crítica que hace de laR palabras de Enéas en el interesantísimo y magistral episodio de Andrómaca, libro III de la Eneida. Andrómaca, la. noble viuda de Héctor, habia sido arrastrada cautiva por Pirro. Eleno, hermano de Héctor, sufria la misma cautividad. Ausente y muerto Pirro, Eleno casa con Andrómaea, y herederos del primero, se hacen reyes en Epiro, en donde fundan á Butroto, sobre la misma traza de la arruinada Troya. Habiendo llegado de improviso á estas costas Enéas y halladose con Andrómaca, que á la sazon ofrecia en las afueras de la ciudad un fúnebre homenaje á la memoria de Héctor, ella toda sobrecogida, le pregunta si es realidad ó es sombra del otro mundo, y si lo último, le pide razon de Héctor. Enéas contesta, segun la traduccion de Ochoa: "Vivo, sí, arrastrando una miserable existencia entre crudos afanes. No lo dudes; lo que estás viendo es una realidad. Mas ay! ¿qué lance cruel te derribó de la altura eu que te puso tu primer marido? ¿Cuál fortuna, digna de él y de ti, es ahora la tuya? ¿Eres, oh An- drómaca, la viuda de Héctor ó la esposa de Pirro?" El príncipe troyano, apunta aquí Tissot, es poco feliz cuando habla con mujeres; y su última indagacion es una estocada que no le merecia ciertamente la viuda de Héctor. Yo creo que el crítico supone aqui en Andrómaca una exagerada y mal entendida delicadeza; y deja de sentir el verdadero mérito, la verdadera cortesanía de la pregunta de Enéas. Heyne tampoco penetra el sentido, y supone que hay error en el texto, ¿pues cómo pregunta Enéas, dice, sobre aquello de que tiene previo conocimiento? Pun-

tualmente al interrogar á Andrómaca, le da á entender que sabe sus desgracias para evitarle el rubor de contarlas ella, y se muestra ignorante de la reparacion que la suerte le ha hecho, para que sólo se sienta obligada á responder sobre este punto. Sin embargo, Andrómaca no vacila en recordar sus pasados infortunios, bien que llorando, y áun emplea expresiones como ésta: servitio enixœ, que descubren en ella más humano sentimiento que afectada vergüenza. Recuerde Tissot que Andrómaca no nació en la corte de Luis XIV; era una matrona antigua; y en este concepto deben juzgarse sus palabras y las de Enéas.

Si ha de permitírseme una ligera digresion, entre varios pasajes de escritores españoles que concuerdan con el citado episodio de Andrómaca, ¿quién no recuerda aquella escena de la *Devocion de la Cruz* de Calderon, jornada II, en que Eusebio sorprende á Julia en su convento?

Eus. Julia! Ah Julia!

Jul. Quién me nombra?….

¿Eres, para pena mia,
Voz de la imaginacion,
Retrato de la ilusion,
Cuerpo de la funtasÍa?

Eus. Julia, escucha! Eusebio soy
Que vivo á tus piés estoy.

Resabios de mal gusto afean sin duda este pasaje, no indigno á pesar de eso de ser cotejado, siquier fuese para realzar el contraste, con el delicado episodio de Virgilio, por quien, como Tissot, promete desde la portada de sus *Estudios* sobre el gran poeta, compararlo *avec tous les poètes épiques et dramatiques anciens et modernes*. Tissot, sin embargo, no se acuerda de nuestros grandes poetas, y más vale al cabo su silencio que los gravísimos errores en que incurrieron Vol- taire, La Harpe y cuantos paisanos suyos osaron juzgar una literatura que no conocian; pero ese silencio es por otro lado censurable, si se atiende á la promesa universalísima contenida en el titulo de sus celebrados Estudios.

PASANDO al estilo, en el de Virgilio se distinguen el órden, la precision y la propiedad: dotes en cierto modo de matemático. Como esta ciencia fué una de las que más ocuparon su atencion, á su aficion á la geometría pueden tal vez atribuirse hasta cierto punto, dice Dunlop, aquellas ideas de órden lúcido y método magistral, y aquella regularidad en los pensamientos que señalan sus producciones. Cualidades, he dicho, en cierto modo matemáticas, de que hubiera resultado un poema duro y frio:

> Estatua muda que la vista admira
>
> y que insensible el corazon no adora,

si estos pulcros y acabados contornos no los animase constantemente el fuego del sentimiento, que dije servia asimismo al poeta para humanizar sus concepciones sobrenaturales. De aquí ese conjunto de

belleza y ternura, de grandeza y menudos primores, que dan materia de elogio al que examina sin sentir, y motivo de complacencia al que siente sin examinar.

El órden lúcido que brilla en Virgilio es á un tiempo fruto de su genio contemplativo y obra de arte, y así se oculta en el fondo del pensamiento como resalta con vivos colores en las formas superficiales de que lo reviste. Virgilio ama los grandes contrastes y las graves compensaciones que presenta la historia del hombre y de los pueblos, lo mismo que las antítesis de conceptos menudos, de sombras y de tintas. De ahí la variada contraposicion de los cuadros de la Eneida: la caduca Troya contrasta con la naciente Cartago; los amores con las guerras; la alegría de los juegos y los triunfos con los golpes de adversa fortuna. El infeliz Aqueménides usa las mismas frases que el pérfido Sinon: el uno salva á los troyanos, el otro los pierde. De la tumba de Anquíses salta una serpiente de fausto agüero que recuerda la funesta de Laocoonte. El silencio aterrador de Dido en los infiernos cuando Enéas le habla con lágrimas, se corresponde con el de éste cuando ella tambien llorando le hablaba. Juno, la implacable enemiga de Enéas, en su discurso del libro VII de la Eneida repite frases de aquél en el libro I. Las muertes ejecutadas por los troyanos en el Lacio dejan vengado en la mente del lector el ultraje sufrido por Príamo. Luégo, estas oposiciones que ocurren de libro á libro, de cuadro á cuadro, se reproducen á cada paso como en miniatura dentro de cortas frases. En el libro I de la Eneida nos pinta el poeta á grandes rasgos

el horror de una tempestad, y luégo nos describe el apacible abrigo del puerto. Pues bien, mediante una atinada eleccion de palabras, logra ofrecer á la mente una semejante combinacion de tétricas y risueñas imágenes en pasajes como los siguientes, (en que con un guion distingo las partes contrapuestas):

IIIi indignantes, magno cum murmure montis,

Circum claustra fremunt. —Celsn sedet Æolus arce,

Sceptra tenens, mollitque animos, et temperat iras.

A. I. 55.

Interea magno misceri murmure pontum,

Emissamque hiemem sensit Neptunus, et imis

Stagna refusa vadis, graviter commotus; —et alto

Prospicieos, summa placidum caput extulit unda.

A. I. 124.

Iruimus densis et circumfundimur armis,

Ignarosque loci passim, et formidine captos,

Sternimus; —adspirat primo fortuna laborí.

A. II. 383.

Centum oratores augusta ad mœnia regis

Ire jubet

—Ipse humili designat mœnia fossa.

A. VII. 153. 157.

En muchos pasajes se nota una distribucion simétrica en los conceptos y frases, semejante á las ingeniosas combinaciones de la poesía de los hebreos: pondré ejemplos:

O fortunati, quorum jam mœnia surgunt!

Æneas ait, et fastigia suspicit urbis.

Cada hemistiquio ó cuasi-hemistiquio hace juego y forma sentido con el correspondiente del verso inmediato; así *Æneas ait* se refiere principalmente á *O fortunati*, y *et fastigia… á quorum…* El sentido es que Enéas exclamó primero "O felices!" y si continuó diciendo: "aquellos que ven erguirse ya sus mu- ros" fué puntualmente al mismo tiempo que alzaba á mirar á los techos de la ciudad, que debian naturalmente parecerle más altos á medida, que entraba por las calles de la misma

Rursus in arma feror, mortemque miserrimus opto;

Nam quod consilium, aut quæ jam fortuna debatur?

A. II. 655.

Consilium responde á *in arma feror; fortuna á mortem opto*.

Fama—

Parva metu primo, mox sese attollit in auras,

Ingrediturque solo, et caput inter nubila condit.

A. IV. 174.

Esto es: *parva, ingreditur; sese attollens, caput condit*.

La repeticion de palabras refuerza en ocasiones el paralelismo:

Pan etiam Arcadia mecum si judice certet,

Pan etiam Arcadia dicat se judice victum.

B. IV. 58.

Este artificio es semejante al que aparece en algunas conceptuosas inscripciones, por ejemplo en ésta que se leia en la puerta de la antigua Audiencia de Bogotá:

Hæc domus odit, amat, punit. conservat, honorat,

Nequitam, pacem, crimina, jura, probos.

Esto es: *odit nequitiam, amat pacem, &c.*

Este estudio de contraponer pormenores se nota tambien mucho en las comparaciones. Compara el poeta (A. VII. 378) la desesperacion de la reina Amata con el girar de una peonza; y al examinar las frases en que la comparacion está concebida, observa Anthon "la peculiar propiedad de la combinacion de *sine more furit* con *curvatis fertur spatiis*; del enloquecedor veneno de la serpiente con el furioso impulso del látigo; del *magno in gyro* con el *immensam per urbem*; del asombro de la juvenil multitud con el de los habitantes de Laurento al ver las extrañas vueltas de su reina." Observaciones igualmente agudas en

punto á comparaciones es fácil hacer hojeando el voluminoso comentario del ilustre jesuita toledano La Cerda.

Es asimismo peculiar de Virgilio el talento con que expresa conceptos filosóficos en el estilo más natural y candoroso. El cuadrito dibujado en la Eneida, II, 314-317, es una obra acabada de observacion psicológica, y con todo eso no desdice en boca del mismo actor de lo que se narra.

Uno de los más graciosos y calladamente intencionados artificios del poeta consiste en combinar en una misma frase un concepto general con uno particular, y combinarlos sin confundirlos, de modo que segun se omita ó se exprese alguna palabra que el autor colocó en lugar estudiado, la frase aparece alternativamente en un sentido genérico y en el individual que conviene al contexto. Por eso no hay circunstancia á que no pueda aplicarse algun verso de Virgilio, y de él puede hacerse el elogio que Quintana hace de Quevedo como autor de excelentes versos aislados. Por eso mismo Virgilio tenia siempre respuestas para los que en la Media Edad consultaban el sentido misterioso de su versos. No le enfade, pues, al ingenioso D. Antonio María Segovia la costumbre de citar; incompletas literalmente hablando, frases cuyo sentido se complementa, se amplía y espiritualiza gracias á una omision autorizada, al parecer, por el poeta mismo, como cuando decimos: "*¡O fortunatos nimium sua si bona norint! Ferit œthera clamor.*

Quantltm mutatus ab illo! Virginis os habitumque gerens, et virginis arma. Vuelven estas expresiones á tomar su sentido particular en esta forma:

¡O fortunatos nimium, sua si bona norint,

Agricolas!

G. II, 458.

—Ferit æthera clamor

Nauricus.

A. V. 140.

—Quantum mutatus ab illo

A. II. 274.

Hectore!

Virginis os, habitumque gerens, et virginis arma

Spartanæ

A. I. 315.

Aun hay cierta simetría sistemática en pasajes en que los críticos han notado tal vez todo lo contrario. De bello desórden califican todos ellos y de apasionada figura el moriamur et in media arma ruamus, en que parecen invertidas las ideas. No niego yo que la frase cae cómodamente en boca de un desesperado combatiente; pero no por eso creo que si el poeta colocó los dos verbos en el órden en que están, fué únicamente para denotar la confusion de ideas de aquel en cuya boca

pone esas palabras. Hay ambas casas: espontaneidad de parte del interlocutor y arte del poeta. Costumbre es de Virgilio (y lo advierto por servir esta indicacion para entender muchos pasajes) el dividir un pensamiento en dos conceptos, y enlazándolos por una conjuncion, poner primero el más general: así en vez de *montes ingentes*, dice *molem et montes*, A. I. 61. Lo mismo sucede en muchísimos pasajes: véanse estos del mismo libro citado: *Arma virumque cano*. A. I. 1. *Italiam.... Lavinaque venit Littora*. A. I. 2.3. *Italiam.... tiberinaque Ostia.* 13. 14. *Cœlum tempestatesque*. 255. *Ferro et compagibus arctis*. 293. Lo mismo acaece en *Moriamur et in media arma ruamus*. *Moriamur* indica la muerte en general; lo demas especifica el modo de morir: *morir peleando*. Raro es el caso en que nuestro poeta invierte el órden de los conceptos poniendo primero el particular ántes del general, como se ve en *pateris libamus et auro*, G. II. 192. Todo esto servirá para ir iniciando á los lectores en el arte oculto del poeta.

Pero no debemos confundir la regularidad de las matemáticas aplicada á las formas poéticas como á las bellas artes, con el rigor lógico de exponer y enseñar las ciencias. De método se ha dicho que carecen las Geórgicas. Contestando este cargo Delille distingue el método de las obras de raciocinio y el que ha de observarse en las poéticas. En estas, dice, debe seguirse cierto órden en la exposicion, pero hay tambien que impresionar y variar: el poeta ha de poner cada cosa en el punto de vista más favorable; cambiar formas y matizar colores. La lectura de un poeta, concluye, debe parecerse más á un sosegado

paseo que á un penoso viaje. Estas observaciones son especialmente aplicables á las Geórgicas. Para templar la aridez de una obra didáctica sobre agricultura, el autor comprendió que le convenía interpolar amenos episodios, mezclando la dulzura á la utilidad, segun el consejo más que el ejemplo de Lucrecio. Es de aplaudir asimismo el tino con que, sin alterar el órden cronológico de los hechos, empieza la narracion de la Eneida desde un punto interesante, supliendo la omision de los antecedentes en el discurso que pone en boca de Enéas y que ocupa el libro II y el III.

No ya de exuberante en adornos y entremezclado de episodios, sino de árido y crudo en demasía, tacha Tissot el libro III de la Eneida. Por mi parte estoy satisfecho con la sobriedad de Virgilio. Lo está, y mucho la alaba, Saint–Beuve, segun el cual á la gracia suave y bucólica propia de las impresiones juveniles, era necesario que sucediese en la epopeya virgiliana el paisaje histórico con su sólida y sazonada belleza. ¿Adónde iriamos si fuese el poeta á describir por menor todos los lugares en que toca Enéas en su largo viaje? Cuanto más que en esta parte no es propiamente el poeta sino el héroe el que habla, excitado por Dido deseosa de oir *breviter* sus aventuras, y aprovechando el corto espacio de una noche harto avanzada: *Nox humida cœlo præcipitat*. Episodios como el de Andrómaca, las arpías, los ciclopes y Aquemenides, bastan en mi concepto á amenizar la relacion de las correrías de Enéas. Ir más allá en el empeño de decorar la narracion, seria escribir una novela, que no un poema, y pecar contra un sabio precepto de

buen gusto, graciosamente explanado por Boileau en su Arte: héle aquí segun la elegante traduccion de Arriaza:

Autor hay que prolijo no descansa

Si su objeto no apura y desmenuza.

Se le ofrece un palacio, y lo primero

La fachada te pinta: una por una

Por las estancias todas te pasea;

Cada dos pasos á un balcon te asoma

Para que notes los balaustres de oro:

Un vestíbulo aquí, la escalinata

Por otro lado; y por contar del techo

Los óvalos, la nuca te destruye.

Todo astrágalos es, festones todo.

Yo voy saltando páginas, y apénas

Por el jardin me salvo escabullido.

Huye tú así tan vanos pormenores;

Siempre lo que es superfluo es enojoso

Y empalagado el gusto lo repugna,

Sabe escribir quien sepa ser conciso.

La concision y la propiedad se dan la mano en Virgilio. Mucho me tendría que extender para hacer sentir el tino que le guia en la eleccion de circunstancias y de epítetos. Para no repetir lo que otros han dicho, me ceñiré á satisfacer á una censura propuesta por Hermosilla á un bello pasaje del libro I de la Eneida. Aunque severo por naturaleza y por hábito, es Hermosilla un crítico generalmente exacto en sus apreciaciones y merece nuestro respeto. Por esto mismo me detendré á contestarle, y porque en esta respuesta notaré un modismo que sirve de clave para explicar muchos pasajes difíciles del mismo Virgilio y de otros autores clásicos. Concierne la crítica del célebre traductor de Hornero al pasaje en que presentándose Enéas á Dido, dice el poeta que Vénus habia aderezado al hijo la cabellera, dado á su rostro el purpúreo brillo de la juventud y comunicado á sus ojos una dulce expresion:

—Namque ips decoram

Cæsariem nato genitrix lumenque juvenæ

Purpureum. et lætos oculis afflarat honores

A. L. 589.

"Virgilio dándole á *afflare*," dice aquí Hermosilla (*Arte de Hablar*, I. 3.5.), "la significacion trasladada de comunicar una cosa, no hizo más que emplear una metáfora ya usada por otros y no mal escogida, y hasta aquí nada hay que censurar. Pero cuando dice que Vénus *inspiró* á su hijo una hermosa *cabellera*, todo hombre inteligente ve con dolor

que la metáfora no se sostiene, porque no se inspira una cabellera á nadie. Cuando continúa y dice que le inspiró tambien una purpúrea luz da juventud, tampoco se sostiene bien la metáfora, porque no se inspiran luces y ménos de juventud. Finalmente cuando concluye que inspiró á sus ojos *honores alegres*, es todavia peor, porque no se inspiran á los ojos de nadie honores, y mucho ménos honores alegres ni tristes." Concluye Hermosilla pidiendo perdones por atreverse á criticar al segundo poeta del mundo, á un escritor del gusto más fino y acendrado, advirtiendo que no lo hiciera si no fuese cierto que delante de la razon y del buen gusto calla toda autoridad. Para desvanecer las objeciones del ilustre crítico me permitiré oponerle las siguientes consideraciones gramaticales: 1.º En las lenguas antiguas, cuando un mismo verbo se refiere á varios complementos, sólo deba tomarse en su sentido íntegro delante del más inmediato y suplirse delante de los demas con la modificacion de sentido que el caso demande: por tanto *afflarat* se refiere en todo el sentido que lleva, á *lœtos honores*, y en sentido modificado á los otros acusativos. 2.° Cuando un verbo se construye con un sustantivo acompañado de un adjetivo, este adjetivo suele ser predicado enfático, es decir que el verbo afecta al adjetivo directamente, é indirectamente al sustantivo; así en *afflarat lœtos honores*, *afflarat* afecta á *lœtos* más bien que á *honores*, como si se dijese: *lœtitiam honorum*. 3.º Una fidelidad extrema es una extrema infidelidad: así *lumen* no debe traducirse *luz*, ni *honores* como suena, tanto más que en las lenguas antiguas el plural se usa muchas veces, bien para significar

abundancia como en *fragrantia mella*, bien por pura elegancia como parece se ha empleado en el presente caso, bien por otros motivos ajenos á la índole del mismo accidente en castellano. Por todas estas razones el pasaje puede traducirse sin mínima violencia de este modo: "Su madre habia aderezado graciosamente sus cabellos, iluminado su juvenil semblante, é infundido en sus miradas una noble animacion." En cuanto á la significacion recta de *afflarat*, la figura de que aquí se sirve el poeta es la misma del historiador sagrado cuando refiere que habiendo Dios hecho al hombre de barro, *inspiró á su rostro un soplo de vida*.

MANOSEADA es la cuestion de si un poeta como Virgilio ha de traducirse en verso ó en prosa. Que de todos modos la empresa es ardua, nadie lo pone en duda; y si las asperezas de un trabajo son argumento bastante para censurar á quien lo acomete, nada más fácil que fulminarla; á la mano está la sentencia que en el famoso escrutinio de la librería quijotesca pronunció el Cura, á propósito de la traduccion del Orlando Furioso por don Jerónimo de Urrea: "que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamas llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento."

Mas si no hemos de pretender que la copia emule en un todo al

original, entre los que por descolorida desdeñan la version de los poetas en prosa, y los que por libres condenan las traducciones poéticas, opino que los buenos poemas, para darlos á conocer en lengua extranjera hasta donde la diferencia de idioma lo comporta, han de traducirse y en prosa y en verso; y la razon es clara: para este efecto la prosa y el verso tienen sus ventajas respectivas, que recíprocamente se compensan, y sus peculiares inconvenientes, que mutuamente se subsanan. La prosa habla; la poesía canta.

La traduccion en prosa es útil á los estudiosos, porque les facilita y aclara la inteligencia del original: la traduccion en verso puede ser muy provechosa á la literatura, pues si es buena, la enriquece con un producto de que puede envanecerse como de cosa propia, por la nueva forma que toma y por las grandes dificultades que, vencidas, dan legítima posesion del objeto á que se aplicó la elaboracion. Tesoros que adquirimos son en este caso las traducciones, segun el pensamiento de Delille; y sin salir de Virgilio, no otra cosa ha sido para la lengua francesa la del mismo Delille, lo mismo que para el italiano la de Aníbal Caro, y para el aleman la de Voss. Tesoros para la literatura por una parte, y fuentes por otro lado de enriquecimiento para la lengua, pues en el empeño de amoldar las bellezas extranjeras al genio del habla nativa, cuando es mano de poeta la que trabaja en el yunque, saltan giros atrevidos y elegantes frases que, nuevas sin ser innovaciones, se convierten de huéspedas en vernáculas, y acrecientan el caudal sin alterarlo. Mucha de las más bellas que en Fray Luis de Leon saborea el

lector y anota el hablista, son de extraccion virgiliana, redondeadas en el taller del traductor. Esta estrofa, por ejemplo, de la *Profecía del Tajo*:

> Cubre la gente el suelo;
>
> Debajo de las velas desparece
>
> La mar: la voz al cielo
>
> Confusa y varia crece;
>
> El polvo roba el dia y le oscurece;

está evidentemente calcada sobre aquellos versos de Virgilio:

> —Latet sub classibus æquor.
>
> A. IV. 582.
>
> It cœlo clamorque virum, clangorque tubarum.
>
> A. XI. 192.
>
> Eripiunt subito nubes cœlumque diemque.
>
> A. L 8B.

Ha de ser la traduccion una copia fiel del original; pero hay muchos y opuestos modos de serlo. En prosa puede reproducirse fielmente el vigor de las voces y la estructura de las frases, pero sacrificándose la belleza poética y hasta muchas veces la claridad, á causa de la diferencia de idioma: por lo que se ha dicho que una extrema fidelidad supone una infidelidad extrema. Más difícil en la ejecucion así como más libre en el desempeño y ménos ajustada á la letra del texto, la traduccion en verso alcanza mayor fidelidad en cuanto imita la armonía

y la elegancia, la nobleza y la majestad, la delicadeza y la gracia, y demas dotes generales del estilo. Es más: cosas menudas hay que en verso mejor que en prosa se trasladan; tales son desembarazados giros, expresivas figuras y osadas construcciones. ¿Tiene la prosa colores para copiar dignamente la descripcion que hace Virgilio de la tempestad, ó los furores de Dido, ó los reinos de Pluton?

Otro de los encantos de la poesía que mal puede imitar la prosa, es, dice Delille, el vencimiento de la dificultad. Una de las cosas, añade, que mas hondamente nos impresionan en una estatua, en un cuadro, en un poema, es ver la flexibilidad del mármol, la animacion de la tela, y el libre movimiento de los versos en medio de las duras trabas de la métrica. Esto, así como la elevacion de estilo y ciertas figuras, desaparece en las traducciones en prosa, fieles, repito, en otro concepto, y provechosas en otro sentido.

Dicho sea por último en favor de las traducciones en verso, ahondando y resumiendo sus excelencias, que habiendo en toda produccion poética tres cosas que considerar, 1.° el pensamiento; 2.° su manifestacion sensible, ó sea la palabra, y 3.° su figura, ósea el metro, sólo en verso puede imitarse lo que en verso se escribió. Por más que se ensalce la prosa poética, ella no es la poesía, ni jamas el prosador logró alzarse en boca de las gentes con el renombre divino de poeta. Creando Dios al hombre "á su imágen y semejanza," le dió el talento de invencion. Inventor es el arquitecto que edifica un palacio; inventor, de

órden más elevado, el filósofo que funda una doctrina. Mas el poeta que da á sus creencias, sentimientos y ficciones, en suma á las emanaciones de su sér, una forma imperecedera, es en quien mejor se ve realizado el aserto bíblico. Distínguese la prosa de la poesía en que aquélla es una manifestacion informe del pensamiento, es el limo que ha de servirle de cuerpo; miéntras en ésta aparece amoldado, digámoslo así, figurado. En prosa se traslada la materia, la figura se pierde; el traducir en verso implica el doble trabajo de quitarle al pensamiento la forma en que estaba encarnado y darle otra semejante. Dice bien con este punto de vista la expresion de Cervántes arriba citada: que los libros de versos, traducidos, no llegarán al punto que tuvieron en su *primer nacimiento*; como si dijésemos que la poesía es una crea- cion donde el pensamiento y la forma, como en el hombre alma y cuerpo, nacen unidos; y que una traduccion poética es una refundicion, un renacimiento. De aquí la dificultad de hacerlas buenas; que sólo el talento puede interpretar al genio; pero de ahí tambien, si son tales, la estimacion que adquieren entre las gentes de buen gusto.

En cuanto á los pormenores, aprovechándome de los recursos que me ofrecian los buenos poetas castellanos, al modo que dice el señor Tórres Amat haber entresacado frases de autores ascéticos para incrustarlas á tiempos en su traduccion de la Biblia; al hallar, por ejemplo, el *arrectis auribus adsto*, que si se traduce literalmente *atiendo con las orejas empinadas*, todos convendrán con Hermosilla en que la expresion resulta baja y chabacana, y si se traslada *atiendo con vivísimo interes*, na-

die me negará que la figura desaparece, yo no he vacilado en acomodar como equivalente de la latina, la frase *tiendo el oído*, tomada de Ercilla, Araucana, XI. Del mismo modo para volver todo el sentido del verso l.º del libro II de la Eneida:

Conticuere omnes, intentique ora tenebant,

lo he expresado en los tres siguientes:

En profundo silencio recogidos

Quedaron todos, y *al traves del viento*

Fijáronse en el héroe los sentidos;

á imitacion de aquel elegante rasgo de Pedro de Espinosa en su deliciosa Fábula del Genil:

Y las vistas suspensas y divinas

A Bétis fueron *penetrando el viento*.

Y no temo que se me trate de plagiario porque con clásicos giros adorno mi traduccion; cuanto más si se repara que eminentes poetas no han escrupulizado ornamentar con semejantes reminiscencias, como con galas consagradas, sus propios pensamientos. Sin salir de la citada *Fábula*, el bellísimo hemistiquio copiado me trae á la memoria aquel pasaje en que Quintana, en sentido ménos atrevido, lo reprodujo literalmente:

Oh! despertad! El humillado acento

Con majestad no usada

Suba á las nubes *penetrando el viento*.

Espinosa dice:

—Tambien tu orilla

Mereció á Febo, como el sacro Eurota,

Por quien desprecia Júpiter su silla;

y Bello en su Silva *A la Zona tórrida*:

Tú das la caña hermosa

De do la miel se acendra

Por quien desdeña el mundo los panales.

Esto es lo que el mismo Bello, en su juicio sobre Olmedo, llama "diestras imitaciones en que se descubre una memoria enriquecida con la lectura de los autores" á diferencia de los plagios serviles. Más léjos fué un célebre poeta español copiando en todo, si mal no recuerdo, estos otros versos del mismo poema:

Debajo de las aguas cristalinas....

En aposentos de esmeraldas finas.

En cuanto á mí, como traductor que no sólo trata de sacar á relucir los tesoros de la lengua en una competencia dificultosa, sino tambien de utilizar felices inspiraciones ocasionadas ántes por la lectura del mis-

mo poeta que se traduce, no he vacilado en tomar, ya un giro de Garcilaso, ya frases enteras de Leon, como acaece en estos pasajes:

Blanda la tierra me será, pastores,

Si en los montes cantáreis, cuando muera,

Vosotros los de Arcadia mis amores.

Egl. X. terc. 21.

Y otra vez bodas en foráneo suelo

Llorarán los troyanos; y esa esposa

Cuánto traerá de afan, cuánto de duelo!

A tí y á tus vasallos cuán costosa!

Eneida, lib. VI. oct. XX.

Copio el siguiente pasaje del episodio de Andrómaca con la traduccion, como muestra de los lugares en que mediante la libertad que permite la versificacion castellana, procuré imitar los giros y modismos originales, sin que me alabe de haberlo logrado satisfactoriamente:

Sollemnes quum forte dapes, et tristia dona,

Ante urbem, in luco, falsi Simoentis ad undam,

Libabat cineri Andromache, Manesque vocabat

Hectoreum ad tumulum, viridi quem cespite inanem,

Et gemi1las, causam lacrimis, sacraverat aras.

Ut me conspexit venientem, et Troia circum

Arma amens vidit, magnis exterrita monstris

Deriguit visu in medio; calor ossa reliquit;

Labitur, et longo vix tandem tempore fatur.

A. III. 301-309.

Hé aquí con sacros funerales dones,

Antes de la ciudad, en selva umbría,

Cabe un mentido Símois libaciones

Al caro polvo Andrómaca ofrecia;

Y los Manes con tristes oraciones

A la tumba llamaba que, vacía,

De verde césped, á Héctor dedicara

Y una, motivo al llanto, doble ara.

Tal Andrómaca estaba en el instante

En que subiendo yo por el camino,

A mí propio y *las armas delirante*

Vió de Troya; y del caso peregrino

Pasmada queda al punto: vacilante,

Perdió el rostro el color, la planta el tino,

Y sólo á obra de tiempo el labio mudo

Articular sueltos palabras pudo.

"Solos iban en la nocturna oscuridad cruzando los desiertos y mustios reinos de Dite;" así traduce Ochoa el—

Ibant obscuri sola sub nocte per umbram,

Perque domos Ditis vacuas, et inauia regna;

yo he creido que en verso cabia mayor fidelidad y he dicho:

Opacos bajo sombra alta y desierta

Cruzando iban, los dos, reinos vacíos.

He señalado como una de las gracias de la versificacion de Virgilio, y lo es de todos los que entienden el arte, aquel modo de construir los versos que permite entresacar muchos que, ó por lo elegantes se fijan en la memoria, ó por lo sentenciosos circulan corno adagios, sin que hayan de modificarse ni adicionarse, ántes parece que el autor los incrustó en sus obras para que sin menoscabo pudiesen sacarse y volverse á colocar á modo de labradas piedrecillas. A seguir esta costumbre debe atender el traductor; y precisamente el no haberlo practicado es una de las razones que hacen desmerecer, á mi juicio, la traduccion de Homero por Hermosilla, en la cual difícil es citar pasaje alguno que no concluya desairadamente al arrancarlo de su puesto, donde parece haber echado raices. Por esta razon en la Eneida, libro V, octava XCI, despues de haber escrito:

—que hoy anciano

En lid de mozos á terciar va ufano;

enmendé poniendo arriba *ufano* y abajo *anciano*, á fin de que el último verso, leido solo, afecte agradablemente la imaginacion por la antítesis que presenta, satisfaciendo al mismo tiempo al entendimiento por envolver sentido completo. Por razones semejantes en el libro VII, octavas XXV y XXXV, hice estas preferencias; decia:

—Tu voz al cielo alabe,

Que patria hallaste; á la esperanza el pecho

Abre, y pon firme muro y dulce techo.

Cada príncipe vió las tutelares

Imágenes allí de sus mayores

El vestíbulo ornar nobles y enhiestas,

Todas de antiguo cedro, en órden puestas.

Corregí de este modo los últimos versos:

Que patria hallaste; y con alegre pecho

Pon allí firme muro y dulce techo.

Obras de antiguo cedro en órden puestas.

Al aconsejar que se redondeen los períodos dejándose libres de ligaduras los sentenciosos ó por otro motivo dignos de andar sueltos en boca de aficionados, no se entienda por eso que repruebo en abso-

luto la costumbre de montar los versos ni ménos el uso de pausas y cesuras. Por el contrario reconozco que éstas son, bien manejadas, un gran recurso métrico, como lo ha demostrado Rollin acumulando infinitos ejemplos de Virgilio en su Tratado de los estudios, capitulo que se halla reproducido al frente del *Gradus* de Noël. Aunque el exámetro es mas largo que el endecasílabo nuestro, por lo que hace á su estructura ofrecen semejanzas notables, de donde nace la facilidad de imitar en el segundo los cortes del primero. El exámetro tiene tres cesuras métricas, de que son necesarias la l.ª y 3.ª si faltare la 2.ª El endecasílabo tiene tres acentos principales, en la 4.ª 6.ª y 8.ª sílabas, de los que son necesarios el primero y último en defecto del intermedio. Sube de punto la semejanza si se considera que en un exámetro compuesto de espondeos y de palabras que formen cesura perfecta, esto es, que no sea voz monosílaba, cada una de estas cesuras supone un acento anterior; y viceversa, en un endecasílabo de estructura regular, como los sáficos de Villégas, cada acento supone una cesura posterior; de modo que, prescindiendo de ciertas dificultades, por ejemplo la de averiguar cómo dos breves igualan á una larga, el equilibrio de acentos equivale al de cesuras. Ahora bien, con estos elementos resultan los cortes ó pausas poéticas que tambien se llaman cesuras como las métricas; de aquí la correspondencia entre las del exámetro latino y las del endecasilabo castellano, segun puede observarse cotejando los ejemplos que amontona Rollin con los que Bello acopió en su Prosodia y Métrica. En mi traduccion he usado gran variedad de cortes acomodados á expre-

sar con viveza y energía el pensamiento; pero declaro que no me he propuesto imitar en particular cada una de las cesuras del poeta. Hay casos en que he imitado la intencion de alguna con otra que no le es paralela, métricamente hablando; v. gr.

Non sic, aggeribus ruptis quum spumeus amnis

Exiit, oppositasque evicit gurgite moles,

Fertur in arva furens cumulo. camposque per omnes

Cum stabulis armenta trahit. Vidi ipse furentem

Cæde Neoptolemum, geminosque in limine Atridas.

A. II. 496-600.

Así de erguida cumbre se desata

De pronto hinchado el espumoso rio,

Y oleadas horrísonas dilata

Impetuoso. Yo, yo vi al impío

Ensangrentarse en el estrago horrendo;

Vi á los Atridas el umbral cubriendo.

Otras veces suple por la cesura la atinada combinacion de palabras ó de sílabas:

Aggressi ferro circum, qua summa labantes

Juncturas tabulata dabant, convellimus altis

Sedibus, impulimusque—

A. II. 463-465.

Por do fácil de herir aparecia

Batímosla en redor: del alto asiento

Al concertado impulso desprendida,

Cede, y precipitamos su caida.

Digo que el exámetro y el endecasílabo son muy semejantes, pero he empezado por notar la diferencia de dimension; de aquí nace que el segundo, ménos nutrido y majestuoso que el primero, le sea muy inferior en la poesía épica, y requiera para competir con él el ensanche que le da la estrofa y la fuerza que le añade la rima. Por este motivo he traducido la Eneida en octavas reales, perdiendo el trabajo del primer libro que tenia puesto en endecasílabos libres como las Geórgicas, y lo que es más, arrostrando las grandes dificultades que este trabajo impone, y sometiéndome por tal de levantar el tono á la altura de la materia, á los graves inconvenientes que proceden de tener que distribuir en grandes períodos simétricos lo que en el original corre sin division de estrofas. Hay que parafrasear unas veces, y otras que hacer pausa fuera de tiempo: en el primer caso se traiciona al autor, en el segundo se disgusta al lector. Sé que algunas veces he incurrido en estos defectos; pero tambien confío que no han resultado tan graves como llegué

á temer. Mis paráfrasis no son rigorosamente infieles: la traduccion que arriba cité del verso 1.º del libro II de la Eneida, es muestra de las más largas; y muy á menudo sucede, no sé cómo, que la traduccion ha resultado tan ajustada como pudiera serlo en fidelísima prosa. Véase por ejemplo, en la Eneina, libro I, octava XCIII.

No entra en mi plan hablar de las muchas ediciones que se han hecho de Virgilio en lenguas forasteras, ni ménos de los laboriosísimos trabajos criticas sobre el texto emprendidos por sabios de todas las naciones, entre quienes sobresale el jesuita toledano La Cerda, autor de tres gruesos tomos en folio. Reservando para las notas algunas observaciones sobre lecciones varias é interpretaciones dificultosas, me ceñiré para concluir esta *Introduccion*, á señalar las principales traducciones de nuestro poeta. Y comenzando por las prosaicas, enumeraré las más notables.

1.ª De 1427 á 28, la del Marques de Villena. Este, el célebre don Enrique de Aragon, á ruego del rey D. Juan, padre del Católico Fernando, hizo de la Eneida una traduccion que no se ha publicado. De una copia que contiene los nueve últimos libros, existente en la Biblioteca de Paris, da cuenta el señor Ochoa, pronunciado que tanto ella, como la que hizo en verso de las Eglogas el célebre Juan de Mena († 1456), si bien dignas de estudio como monumentos de la lengua, para nada más sirven; ni son tales traducciones sino paráfrasis acomodadas

á las cosas y á los hombres de su tiempo, en especial la de Mena. Principió la suya el Marques eI año 1427, y concluyóla el siguiente, como consta por declaracion del mismo. Es entre todas las que de Virgilio se han hecho en lenguas vulgares, la mas antigua y por esto merece singular mencion.

2.ª Fray Luis de Lean (nacido en 1527, † 1591), *en su mocedad y casi en su niñez*, segun la confesion por él estampada en su conocida dedicatoria á don Pedro Portocarrero, escribió, ó como él mismo dice, se le cayeron de entre las manos, varias obrecillas; entre ellas algunas traducciones de autores forasteros profanos y sagrados. "Nunca hice caso," advierte, "de esto que compuse, ni gasté en ello más tiempo del que tomaba para olvidarme de otros trabajos, ni puse en ello más estudio del que merecia lo que nacia para nunca salir á luz." Tradujo en verso las Eglogas y Geórgicas; y se le atribuye la version en prosa que bajo el nombre de Leon restauró y publicó Mayans junto con otros trabajos virgilianos en Valencia, 1778. Es version "de escaso mérito," dice Ochoa. Yo no acabo de persuadirme que sea realmente de Leon, no ya tanto por el estilo, cuanto por las divergencias de interpretacion que ofrece cotejada con las citadas traducciones poéticas del mismo Maestro, como puede obserse confrontándolas en la interpretacion de la Egloga V, v. 55 y siguientes. En suma, las dos versiones dichas no tienen más importancia que la de los calificados nombres que las autorizan, ni otro interes que el de su alta antigüedad. La traduccion de

Diego Lopez, de que tengo á la vista la edicion de Alcalá 1650, es á juicio de Mayans, una mala copia de la de Leon.

3.ª España habia dado excelentes trabajos sobre Virgilio; pero en desdoro de la nacíon, faltaba una buena traduccion en prosa y una edicion limpia y bella del texto de Virgilio. Ha llenado este doble vacio el señor Ochoa, con su traduccion de Virgilio, impresa en Madrid por Ribadeneira 1869, con el texto latino y debajo el castellano, en una espléndida edicion, ilustrada con notas. ¡Lástima que en el texto se hayan deslizado algunas erratas!

Hace mucho tiempo que la opinion tiene señalado al señor Ochoa un puesto muy distinguido en nuestra época como traductor correcto y elegante, ilustre sucesor de los Islas y Capmanys.[1]

¿Qué impresion no debia causarme la noticia de que tan distinguido talento se ocupaba en el mismo trabajo que yo de aficionado traia entre manos; y con cuánta satisfaccion vi al cabo entre mis manos la deseada obra! Ya un literato venezolano que me dispensa amistad, se habia servido presentar al señor Ochoa algunas muestras publicadas de mi trabajo. El señor Ochoa no sólo acogió con benevolencia aquellas muestras, sino que abundando en generosidad me escribió de Madrid en Mayo de 1870 animándome con lisonjeras expresiones y ofreciéndome la distincion de ser nombrado individuo correspondien-

---

[1] Escribíase esto en 1871, ántes del lamentable fallecimiento de mi noble amigo y favorecedor. Mi gratitud le sobrevive; y al dar á luz mi libro, no he creido conveniente alterar este pasaje.

te de la Academia Española, que pocos meses despues, visto mi asentimiento; acogió su propuesta por voto unánime. Consigno estos hechos no sólo como un desahogo de agradecimiento, sino tambien como una prueba de las simpatías y relaciones que engendra el uso de una misma lengua, el cultivo de una comun literatura. Todos los dias lo vamos sintiendo más, así los españoles castizos como los buenos americanos: pruébalo entre otros hecho la reciente fundacion do Academias Americanas correspondientes de la Española, paso debido á nobles motivos y que promete resulta- dos gloriosos.

Cognatas urbes olim, populosque propinquos,

Epiro, Hesperia, quibus idem Dardanus auctor

Atque idem casus, unam faciemus utramque

Trojam animis: maneat nostros ea cura nepotes.

A. III. 502.

Así de España y América, Estados independientes cumple formar una nueva y sola Castilla. Un solo pueblo hubo ante Dios cuando no habia sino una lengua: *et erat terra labii unius*; lenguas son los colores del mapa etnográfico de la Providencia. Gentes que tienen un mismo origen, un mismo cuto y un mismo idioma, pueden ser distintas naciones; delante de Dios forman una sola familia.

En cuanto á mí, en esta ocasion, respecto de España y del señor Ochoa, puedo repetir estas palabras que respecto de un colega de la

compañía de Jesus estampó el P. Isla al frente de su *Historia de España*: "Á ninguno que tenga la razon bien puesta y sano el corazon, le puede parecer emulacion, sino que sea aquella emulacion honrada que se llama noble y de buena casta, que dos hijos de una misma madre trabajen en ilustrar —á un hermano suyo," dice el jesuita con alusion al P. Duchesne; —á un insigne huésped, diria yo con referencia á Virgilio. "¿Y quién duda," prosigue, "que las diferentes versiones de una obra la ilustran ó la acreditan, siendo un gran testimonio de su mérito que muchos conspiren y como se apresuren á comunicársele á sus naturales y hacérsele gustar con diversos condimentos?" He mostrado cómo los poetas deben traducirse así en prosa como en verso; y ¿á qué mayor satisfaccion podria yo aspirar, sino á que mi traduccion se hallase digna de figurar al lado de la de Ochoa, auxiliándose recíprocamente, fiel cada una en lo que le toca, á intento de presentar en castellano con la mayor dignidad posible al príncipe de los poetas de Roma?

—Alterius sic

Altera poscit opem res, et conjurat amice.

Entre las traducciones en verso se señalan nada más que por su alta antigüedad dos de las Bucólicas, la ya citada de Juan de Mena, y otra en coplas por Juan del Encina, 1496. Hay una mediana de la Egloga I autorizada con el nombre del insigne Sanchez de las Brozas.

Pero entre las mas extensas sólo merecen exclusiva atencion por su mérito intrínseco, la de Leon ya mencionada y la del toledano Her-

nandez de Velasco. El primero, ademas de las Eglogas, tradujo los dos primeros libros de las Geórgicas en octavas, y el mismo poema íntegro en estrofas de seis ver os, endecasílabos y heptasílabos mezclados. Tradujo el segundo la Egloga 1 y la IV, y la Eneida toda con el suplemento de Mafeo Veggio, en endecasílabos sueltos, ménos los discursos, que puso para distinguirlos, en octava rima: mezcla que justamente le afea Hermosilla, diciendo que es vestir al poeta casaca de dos colores. Publicóse su traduccion de aquel poema por primera vez eu Ambéres sin nombre de autor, año 1557, advirtiendo el editor que aquél no habia permitido se publicase la obra algunos años ántes. "Fué Gonzalo Perez," dice Lope en su *Dorotea*, "excelente traductor de Homero, como Gregorio Hernandez de Virgilio: éstos eran hombres de veras que no aguardaron á que los pasase á su lengua la Italia, que primero que los viésemos en ella fué su version del griego y del latin." Con el nombre de su autor se ha reimpreso esta traduccion varias veces: Toledo, 1577; Alcalá, 1585; Zaragoza, 1586. Tengo á la vista dos de Valencia coetáneas, por Monfort en 1776, y por Orga en el año subsiguiente. Recientemente la reprodujo Monfalcon en su Virgilio poligloto, con muchos errores, como acontece en ediciones forasteras de obras castellanas.

En Fray Luis de Leon hay que distinguir al prosador del poeta, y como poeta, al lírico del mero versificador, al imitador de Horacio del traductor de Virgilio. No poseia el arte de exponer en verso con igualdad y garbo: es brusco en las transiciones, y duro é infeliz á menudo

en la versificacion. Tiene tres ó cuatro odas incomparables, no enteramente exentas de los defectos que tanto abundan en el resto de sus poesías, especialmente en las traducciones. El mérito de éstas consiste únicamente en la pureza del lenguaje y en multitud de expresiones poéticas que centellean esparcidas en un conjunto ¡nameno. En ellas estudia el humanista y aprende el aficionado modos de decir antiguos, ya graves, ya brillantes; mas no satisfacen al que allí vaya con ánimo de conocer al autor traducido: *quia ponere totum nesciet*. El nombre de Leon es demasiado respetable para que yo me atreviese á estampar este dictámen si no naciera de conviccion adquirida en el estudio de sus obras, y si por otra parte no pudiese apoyarlo en el juicio del primer crítico español, Quintana: léase su *Introduccion* á la Poesía castellana, artículo III.

Ménos feliz en salpicar acá y allá frases poéticas y atrevidas figuras, pero más lleno, más levantado en el tono general, más fácil, más afluente en el exponer, y por lo mismo superior como traductor, me parece Velasco. Intérprete concienzudo y sensato, peca por demasiado parafrástico, en tanto que Leon es conciso á veces en demasía: aquel aclaró el texto; Leon aumenta á veces su oscuridad. Para el tiempo en que se hizo, su traduccion de la Eneida es á la verdad un monumento estimable, y hoy mismo merece ser leida por todo el que guste de saborear á Virgilio. Su estilo no es realmente culto, pero es digno y serio. Para gustarlo es menester acostumbrarse á su manera especial de versificar: no conocia el arte moderno del verso libre, de que hizo alarde

Moratin, y que consiste en el juego de los cortes y en las combinaciones del ritmo; pero no por eso incurre en la monotonía de los que á ciegas hacen versos blancos; pues por medio de repeticiones, voces ya rápidas, ya pesadas, y otros recursos de este jaez, acierta á dar á sus periodos oportuna animacion y original colorido. Tampoco da á sus octavas la elegancia y variedad que adquirió despues esta privilegiada estrofa; pero no son ni pobres de rimas ni arrastradas, y las hay notablemente briosas. Sirva de ejemplo de su modo de versificar el pasaje del libro V en donde empieza la descripcion de la apuesta naval:

Toma su banco cada cual por órden,

Y asido de su remo atentamente

Espera la señal con alborozo.

Un pavoroso sobresalto, junto

Con un vivo deseo de honor y gloria,

Hiere y hace temblar sus corazones.

En el instante mesmo que la clara

Trompeta dió señal, todos á una

Saltan arrebatados á sus puestos:

Los vivos gritos y clamor sonoro

De los remeros hiere las estrellas;

Tórnase blanca espuma toda la agua

Vuelta y revuelta con valientes brazos;

Sulcan las naves á la par las ondas;

Y ábrese en hondas cuevas el mar todo,

Vuelto de bajo arriba con violencia

De fuertes remos y sonantes proas.

En el Catálogo de Heyne y en la Introducciou del señor Ochoa, se registran los nombres de Mesa, Enciso y otros que en verso han traducido alguna de las obras de Virgilio, inferiores todos en mi sentir á Velasco. Se dice que Melendez dejó traducida en verso parte de la Eneida; y más recientemente el señor de la Puente y Apezechea publicó en octava rima (Sevilla, 1845) una elegante traduccion del libro IV de la Eneida. Llamado estaba, porque es verdadero poeta y elegante versificador, á concluir la traslacion del poema; y así lo prometió en la dedicatoria que hizo de aquella muestra á los sabios Padres Escolapios, sus maestros. "Tiene hermosas octavas esta muestra" (me dice en carta particular el señor Ochoa); "pero padeció el autor en su trabajo un descuido fatal que la crítica periodística trató con implacable saña, lo cual le disgustó á punto de no volver á pensar en la obra." Desgracia grande para las letras españolas!

Entre los que sólo han vertido algun fragmento de nuestro poeta, campean con honor nombres americanos. De Varela, el mayor, hijo de Buenos-Aires, sabemos por don Juan María Gutierrez, que dejó tradu-

cidos los primeros libros de la Eneida. Hijo de la misma ciudad, Ventura de la Vega puso el libro 1.º en verso suelto, y es, para Ochoa, la mejor traduccion que conoce de Virgilio en lengua alguna. De Bello, honor de Caracas, se dice que tradujo la Egloga I y el libro V de la Eneida, cuya publicacion en la completa que se ha anunciado de sus obras, se aguarda por los amigos de estos estudios.

Don Francisco Mariano Urrutia, de Popayan, tradujo hace años en romance endecasílabo las Geórgicas; no sé si todas, ó alguna parte, pues solo conozco una muestra. Tan poco es lo que sabemos unos de otros los hispano-americanos de diversas comarcas (con grave perjuicio de las letras y los demas intereses comunes de estas repúblicas hermanas), que en el prólogo de Juan de Arana á su traduccion del primer libro de las Geórgicas (Lima, 1867), no extraño hallar esta frase: "Entre los poetas americanos cábenos la gloria de ser el primero que se mide con Virgilio; con el Virgilio Geórgico á lo ménos, que en cuanto al Virgilio de la Eneida, parece que fué ó debió ser interpretado por un poeta argentino." ¿Qué mucho, si yo mismo despues de inútiles diligencias por obtener esta moderna traduccion, me habia resignado á citarla de oidar, cuando una casualidad feliz, en los momentos en que esto se imprime, la ha traido á mis manos? Juan de Arona, ó llamándole por su verdadero nombre, don Pedro Paz-Soldan y Unanue, es un distinguido poeta peruano, autor de obras originales y de varias versiones de poesías latinas, mezcladas con parodias jocosas, género, este último, mal nacido y desgraciado, si he de decir lo que siento.

Como versificador, pertenece á la escuela de Lope: fácil siempre y abundante, nunca duro, desaliñado á veces; huye de una concision austera, y carece de una elegancia nítida. Familiarizado á escribir "en horas veinticuatro," no puede esperarse de él aquella perfeccion que no madura en un momento; pero aunque redundante y laxo de ordinario, (fuera de la claridad é igualdad de la exposicion, que es su dote dominante, y compensacion natural de sus defectos), pasajes hay en que el fluido versificador se muestra poeta, especialmente en la descripciones; y buena prueba de su desempeño en esta parte, podrá cualquiera hallar al fin del citado libro I, en el cuadro de la tempestad y sus señales.

Con predileccion, como todos los versificadores de su clase, mira e te poeta la silva; pero saca de los límites de lo justo su aficion exclusiva á este metro, y levanta opiníon contraria á la unánimemente recibida entre los hombres de letras, cuando á los calificativos de *suelto*, *libre* y *blanco* con que se conoce el verso no rimado, en las lenguas modernas, prefiere el de *intolerable*. En esta materia me inclino al dictámen que con filosófica perspicacia propone un juicioso escritor de *The Nation*, revista de Nueva York, á propósito de la novísima traduccion inglesa de la Eneida por el americano C.P. Cranch (Bóston, 1872). Segun el crítico anónimo, el verso blanco es á un tiempo el más fácil y el más difícil; el más fácil de darlo hecho; el más difícil, si ha de hacerse inspirado con el divino *afflatus* de la poesía. "A los versificadores," añade, "que tienen facilidad de rimar, la misma rima les da algo, que

si no es poesía, por lo ménos es una especiosa imitacion de ella; — léanse como prueba de esta verdad las resonantes rimas de Poe, Swinburne y Juan Ingelow, que deben su dudoso *status* poético á sus finales; privadas de ellos serian desmañada palabrería. El escritor de versos blancos no puede contar con ese auxilio; y si no siente realmente los encantos de la armonía y de la melodía y no tiene algo que se parezca á la verdadera vena poética, resaltará tristemente la blancura de sus composiciones. Sus versos serán prosa cortada en pedazos iguales; así es que son, y fueron siempre: muy pocos los que han producido este artículo en toda su pureza." Conforme yo con este dictámen, sostengo sin embargo que los versos sueltos y los rimados, endecasílabos y heptasílabos, no se excluyen en la buena poesía castellana; juzgo que la libertad que hay en la silva para entremezclar los versos cortos y los finales aconsonantados, va hasta permitir en largas tiradas la absoluta abstencion de unos y otros. Por de contado que de esta licencia sólo ha de usarse cuando la variedad de ideas encadenadas lo aconseja, y preparando y suavizando con oculto artificio las transiciones. Pasando á cada momento en las Geórgicas de asuntos didácticos y al cabo rústicos á episodios filosóficos y galanos, Virgilio, que más que nadie tenia esta ciencia, da dignidad á lo plebeyo y á lo trivial importancia, hace natural lo grandioso y sencillo 1o opulento, nivelando así las cosas en la igualdad majestuosa de su estilo siempre poético. En la traduccion de este poema la silva, en toda la libertad que le he atribuido, ofrece medios para acercarse, sin alcanzarlo, á aquel equilibrado mo-

vimiento del original; así, aunque mi traduccion es propiamente en verso libre, pues son en ella los más, recurro á la rima en las partes en que conviene *angustis hunc addere rebus honorem*. No pretendo haber acertado, ni siempre practico esta distincion con rígido compas; pero, en todo caso, la versificacion mezclada que he ensayado, se autoriza con el ejemplo de Jáuregui, de Quintana, y en fin, de Bello en algunas de su *silvas americanas*: "llenas," dice el mismo Juan de Arona, "de imitaciones cuando ménos felices, de Virgilio; cuando ménos," insiste; "pues no son pocas las veces en que el gran poeta venezolano se coloca al lado del poeta latino, y áun lo supera, con perdon de los pedantes." Pero Bello allí, si enseña á imitar á Virgilio, muestra tambien un metro en que pueden y acaso deben traducirse las Geórgicas. El que cuadra á la Eneida lo mostraron ya los Homeros italianos y españoles.

M.A.C.

Bogotá, enero de 1873.

Introducción[2]

La presente Introduccion servirá en parte á corregir y en parte á complementar algunos datos biográficos y conceptos críticos, relativos á Virgilio, consignados en el *Estudio preliminar* que se publicó al frente del tomo primero de esta obra.

Nada hay que fortifique tanto la atencion y que tanto conduzca á penetrar la filosofía de un poeta, á familiarizarnos con su manera especial, y á descifrar los pasajes difíciles que presenta, como el diligente ejercicio de traducirle á otro idioma y en verso. De datos interesantes adquiridos en mi asiduo trabajo de ese género, me he aprovechado, durante más de dos años que han corrido desde que salieron á luz el primero y segundo tomo, en ocios robados á los debates que alimentan la afanosa tarea del periodismo, para continuar mis estudios sobre el gran poeta latino, con vista de nuevas investigaciones críticas y comentarios tan valiosos como las de Ribbeck y el de Conington. Eran mis deseos ordenar para introduccion de este tomo tercero, nuevas y no pocas observaciones que tengo escritas, ya acerca del espíritu teológico del profundo poeta, ya tocante á los primores de estilo del artista consumado. En el *Suplemento* del tomo primero prometí, tambien para este lugar, la demostracion de ser espuria aquella traduccion completa de las Geórgicas, en estrofas de seis versos, que corre con el

[2] Esta introducción hace parte del tercer tomo de las Obras completas de Virgilio que tradujo Miguel Antonio Caro.

nombre de Fray Luis de Leon. ¿Pero cómo colocaría aquí todos esos ensayos, sin aumentar muchas páginas á un tomo que con solo el texto castellano de los seis postreros libros de la Eneida resulta más voluminoso que cada uno de los precedentes? En la necesidad de respetar las dimensiones de la edicion, descartando la mayor parte del trabajo preparado, he debido preferir aquellos de mis apuntamientos que mejor se enlazan con temas importantes del *Estudio preliminar*, al cual servirán, como al principio dije, de rectificacion y de complemento.

Voy, pues, á tratar en esta Introduccion, *de algunos puntos critico-biográficos acerca de Virgilio; —del encadenamiento cronológico y moral de sus obras; —y de las relaciones entre el poeta y el príncipe en la Roma imperial.*

En el Estudio preliminar se puso en duda (p. XIX) si Virgilio pasó á Roma á concluir sus estudios despues de haber estado en Milan. Lo afirma S. Jerónimo en sus adiciones á la Crónica de Eusebio. Nacia la duda, ya de que Donato y despues de él Servio hubiesen mencionado á Nápoles y no á Roma, ya de que, tomando la Égloga I como perpetua y ajustada alegoría, infirieron muchos[3] que Virgilio no conoció aquella gran ciudad ántes del año 713 de su fundacion. Pero la verdadera leccion de Donato, segun ha sido recientemente restablecida por críticos alemanes, diligentísimos editores de los antiguos Gramáticos, concuerda con el aserto de S. Jerónimo, y delante de este testimonio

[3] Por aquello de "Urbem quam dicut Romam"…

nada valen conjeturas apoyadas en una alegoría que sólo en los rasgos capitales puede aplicarse á su propio autor. Pasó, pues, nuestro poeta á la capital del mundo por los años de 701,[4] y es incierto el tiempo en que se restituyó al campo de sus padres.

Púsose tambien en duda (p. XXIII) si con ocasion del despojo de aquel campo en 713 vino Virgilio á Roma dos veces ó sola una; y siguiendo la opinion comunmente recibida, fundada en los escolios Servianos, se dijo que Virgilio, atacado en su persona por el centurion Arrio, salvó la vida pasando á nado el Mincio. Pero Ribbeck (*Prolegg*. p.7) confronta los testimonios de los antiguos intérpretes, que hablan confusamente de aquellos sucesos mezclando los tiempos y denominando con variedad Ario, Milieno Toron, Clodio, al perseguidor del jóven poeta, trata de conciliarlos, y sobre ellos conjetura, no sin plausibilidad, que en el año citado de 713 fué primero echado Virgilio, con la familia toda, de su rústico nido; que marchándose al Roma, consiguió de Octavio una órden de restitucion, lo cual dió argumento á la Égloga I, y que vuelto á Ándes, y reintegrados los Marones en la posesion de sus bienes, ocurrió nueva irrupcion de veteranos, comandados por Milieno Toron, llegando al amenazar al Virgilio en un altercado sobre linderos, un bandido de nombre Clodio, con espada desnuda. Escápase él huyendo, y refugiado en una quinta que fué de Siron, escribe allí (segun presumió ya Escalígero) el epigrama X de los Catalectos, y acaso la Égloga IX. Vuelve á Roma: Mecénas y Octavio, reci-

[4] Recuérdese que nació el 15 de octubre (Idus) de 684.

biéndole graciosamente, saborean sus deliciosos ensayos poéticos, y el último le proporciona medios de vivir con seguridad é independencia[5]. Ni solas le valieron á Virgilio las recomendaciones de Polion, de Alfeno Varo y de Galo; pues la primera vez que estuvo en Roma, asistió á la escuela del retórico Epidio, y como éste, al decir de Suetonio, fuese tambien preceptor de Marco Antonio y de Octavio, no es improbable que desde entónces el futuro Emperador conociese y apreciase al estudioso aldeano.

Leyendo la historia de aquellos tiempos, no hay porqué extrañar que en despecho de tan poderosos amigos como Polion primero y luégo Varo, sucesor de Polion en el gobierno de la Galia Transpadana, y á pesar de las órdenes mismas de César Octavia no, fuese Virgilio, como lo fué dos veces, agredido y despojado; ni aprecia acaso con justicia los hechos Ribbeck cuando tacha la "inercia" de Varo para con el amigo amenazado. Si hubo culpabilidad, no fué únicamente de éste, sino de los otros valedores, que nada hicieron más que Varo en las propias ó semejantes circunstancias. Ello es que habiendo tomado gusto al pillaje desde las proscripciones Silanas, sólo con la lisonjera perspectiva de valiosos despojos servian los veteranos en las guerras civiles. Los jefes del partido republicano, acostumbrados en la vida priva-

---

[5] Horat. II. Ep. 1, 246 sq. Juv. VII 69. "Quem [Vergilium] ne optasse quidem probabile est ut in rapacium atrociumque militum vicinia novis periculis expositus maneret." Ribbeck. Edit. Min. p. XXII. Contra esta observación, á primera vista muy razonable, parece militar el verso final de la Egl. IX: Carmina tum melius, cum venerit ipse, canemus.

da á enormes lucros usurarios, no saqueaban con ménos rapacidad, revestidos de mando, las ciudades de Oriente; y como á fin de combatir con éxito á ese partido compitiendo con él en el prospecto del botín ofrecido á los guerreros, hubiesen los triunviros prometido á sus legiones más de lo que podrian distribuirles, hiciéronse éstas exigentes é insubordinadas, constituyéndose así el Ejército en nuevo y temible poder, que disciplinado más adelante, acabaría. al fin por adueñarse de los destinos de Roma y del mundo. Por otra parte, aquel que se presentó como hijo y vengador de Julio César, apellidado *juvenis* por Virgilio y por Horacio despues de la batalla de Filípos[6], era más bien un niño, como lo llamó Ciceron, y parecíalo al ejército, el cual lo tomaba, en cierto modo, bajo su proteccion, á fin de recoger para sí los provechos de ajena venganza. Vendía. el jóven triunviro su patrimonio, y tomaba oro á interes, no sólo como ántes el tio para alimentar con pródiga mano su popularidad, sino para acallar las quejas de aquel insaciable monstruo de mil cabezas que no se aplacaba con tantas y tan productivas proscripciones; y áun consignan los historiadores que, apénas hubo muerto la madre de Octaviano, osaron pedirle los veteranos que les repartiese la herencia. Más adelante reorganizó él sus legiones y las sujetó á mejor disciplina, obra lenta de una hábil administracion, que nada tiene que hacer con el tumultuario movimiento de aquella época de transformacion política. Hablando de esa misma violenta distribucion de muchas ciudades de Italia entre las legiones

[6] I Carm. II 41. Ecl. I 42.

triunvirales, y siguiendo en su narracion á Dion Casio y á Apiano, dice Cantú que Octavio escuchaba con fingida condescendencia las súplicas de infinidad de proscriptos que llorosos afluian á Roma, sin dejar entretanto de seguir distribuyendo las campiñas confiscadas, y que mal contenta todavía la voracidad de los legionarios, inflamada la codicia en el recuerdo del pingüe pillaje que á los suyos permitió Sila, "andaban en continuas riñas con los ciudadanos, á quienes desposeian murmurando del triunviro que no alcanzaba á saciarlos á ellos."[7] En Virgilio hallamos un ejemplo de estas tropelías de la soldadesca. ¿Qué mucho que Varo no supiese prevenirlas, si César mismo no era poderoso á contener el desborde militar? El agradecimiento que tributa nuestro poeta á aquellos personajes en sus Églogas— á Octaviano mismo en la I, á Polion en la IV y la VIII, á Varo en la VI, á Galo en ésta y en la X[8] —prueban que, en cuanto la calamidad de los tiempos lo comportaba, á todos ellos debió por entónces pruebas de aprecio y oficios de amistad.

Se dice que por insinuaciones de Polion se animó Virgilio á escribir sus Églogas (a. 712-715), y que á consejos de Mecénas debemos el inimitable poema de las Geórgicas (717-725).

---

[7] Cantú, Hist. Univ. ép. V, cap. XX.

[8] Despues incluyó, como episodio, el elogio de este poeta amigo suyo, al fin del libro IV de las Geórgicas; pero por órden de Augusto lo suprimió sustituyéndolo con la fábula de Orfeo, despues que el mismo Galo, bajo el peso de la condenacion del Senado, se hubo quitado la vida. (Serv. ad Ecl. X I; Geo. IV in prooem.)

Habiendo pasado de España al gobierno de la Galia Cisalpina, á fines del año 711, aquel antiguo amigo de Antonio, que así manejaba la espada como vestia el trágico coturno, conoció al jóven poeta de Ándes, y como viese sus primeros ensayos, le estimuló probablemente á continuar cultivando el género pastoral. Ya en la Égloga III, compuesta con la II el año 712, nos dice Virgilio (v. 84) que Polion aprobaba las inspiraciones de Musa, bien que fuesen sobre asuntos campestres.

Ni es impropio, cuanto ménos indigno, del hábil con!rejero de Augusto que en principios de administracion y economía pública se adelantó á su época, el que hubiese propuesto á Virgilio un asunto cuyo desempeño feliz cooperaba con los planes del Ministro, á reparar la agricultura de los daños de que gemia. Repetir en nombre de las Musas las alabanzas con que los antiguos censores honraban la profesion del cultivador, mostrar la importancia de sus labores, recordar su origen divino[9] y realzar con las galas de la elocucion los encantos de la vida rústica, todo esto contribuia á matar el desden con que los hombres libres aficionándose al ocio y al lujo ciudadano, entregaban el cultivo á manos esclavas; todo esto era abrir á la Patria afligida las fuentes de su riqueza y prosperidad. César habia pensado, aunque en vano, en restaurar la agricultura;[10] y Mecénas hizo comprender á Au-

---

[9] "Aureus hane vitam in terris Saturnus agebat." G. II. 538

[10] "Amavit nos quoque Daphnis" Ecl. V52. Los alegoristas refieren el nos á los Cisalpinos. Pudiéramos entenderlo de los labradores en general; cf. Ecl. IX 47 sqq.

gusto que estaba en sus intereses proseguir en el pensamiento de proteger las artes agrarias, tÍ. fin de sosegar los ánimos y ocupar los brazos, de contentar al pueblo con los bienes de la abundancia, y afianzar con la bienandanza pública su propia dominacion.

Hay, ademas, dos pasajes de Virgilio (Ecl. VIII 11 sq., G. III 40,41) que inducirian á admitir como sugerida por Polion y por Mecénas la composicion de las Bucólicas y las Geórgicas, si no fuera ajustado á buena crítica entender estos pasajes, bien con aplicacion restricta, bien en el sentido galante de quien acredita por obra de sus amigos aquella en cuya eleccion sabe que los complace, habiendo tal vez recibido de ellos durante el trabajo, ya útiles consejos, ya cordiales aplausos. Así, el primero de aquellos dos pasajes se refiere naturalmente no á todas las Églogas, sino á sola la VIII, donde particulariza el poeta unas hechicerías, asunto que Polion pudo indicar á Virgilio, en los Idilios de Teócrito, para que lo tratase en versos latinos. El otro pasaje puede asimismo no referirse á todas las Geórgicas, sino tal vez al asunto del libro III. Si suponemos á Mecénas tan aficionado como lo fué á otros pasatiempos,[11] á los venatorios, y así amante de los bosques naturales como de los artificiales que rodeaban su régia casa sobre el monte Esqui1ino, el 'tua iussa,' unido al 'silvas saltusque' y al la mencion que en seguida se hace de perros y caballos, denotaria que Mecénas indicó á Virgilio escribiese sobre la caza, materia relacionada, por los animales

[11] Virgilio y Horacio en un viaje de que habla el segundo (I Sat. V), llegando á la posada se fueron á dormir miéntras Mecénas salió á jugar á la pelota.

que en ella figuran, con el tema general del libro III de las Geórgicas. No hay, empero, para qué insistir en esta atrevida conjetura. Si tomamos el 'silvas saltusque Intactos' en el sentido figurado que resulta de su cotejo con un pasaje análogo del mismo libro[12], entrarse por bosques no hollados ó desconocidos significa emprender asuntos que nadie hubiese ántes tratado en verso; en este caso, Mecénas habría aconsejado á Virgilio, que apartándose de las pisadas de Teócrito, no siguiese las de los Griegos, y de imitador feliz aspirase al título de autor original. Consejo éste de harto difícil ejecucion merecia ser calificado de 'haud mollia iussa,' y parece haberlo aceptado Virgilio con noble ambicion de gloria cuando al principio del mismo libro dice: "Sí, debo tentar nueva senda, por donde, levantándome del suelo, vuele victorioso en boca de las gentes." Virgilio dedicó á Mecénas sus Geórgicas; pero nada hay en ellas que nos autorice á atribuir asertivamente á insinuaciones de Mecénas la composicion de ese poema didáctico; semejante opinion no pasa de ingeniosa conjetura.

La principal observacion que ocurre contra la idea de considerar á Virgilio siguiendo siempre, al emprender sus obras, la inspiracion de

---

[12] Compárense:
"Interea Dryadum silvas saltusque sequamur
Intactos, tua, Maecenas, haud mollia iussa."

G. III. 40, 41.

"Sed me Parnasi deserta per ardua duleis
Raptat amor; iuvat ire iugis qua nulla priorum
Castaliam molli devertitur orbita elivo."

Ib. 291-293

sus amigos poderosos, es que todas ellas arrancan naturalmente de sus inclinaciones instintivas y de su educacion, y encadenándose unas con otras, marcan el lógico desenvolvimiento de su espíritu. Hijo del campo, y del campo enamorado, sus primeros ensayos está en el órden de las cosas que fuesen bucólicos. Es verdad que á cada paso imita en ellos á Teócrito; pero de aquí no se infiere, como quiere Conington, que Virgilio cantaba asuntos pastoriles por aficion á los libros pastorales, más apasionado del arte que de la naturaleza. Hay en Virgilio ambas cosas: imitacion artística é ingenuo sentimiento. Competir con los modelos Griegos imitándolos, fué en el siglo de Augusto el norte universalmente reconocido de toda composicion literaria. Pero, áun imitando, el que es verdadero poeta descubre la originalidad de su ingenio en el estilo, y la peculiaridad de sus gustos en la eleccion del género que cultiva. La blandura graciosa del estilo Virgiliano no fué adquisicion literaria, sino dón de Musas que se regocijaban en la soledad de los campos. Así lo reconoce Horacio. Y cuando éste escribia sátiras y odas, y miéntras otros, contemporáneos y amigos de ambos, componían tragedias ó cultivaban la elegía, ¿quién, sino la naturaleza, indujo á Virgilio á trillar solitario la escondida senda de la poesía pastoral? Solo Tibulo le iguala en la ternura de los afectos, en la suavidad de las imágenes, en la dulce melancolía del ritmo; solo Tibulo canta con tanta ingenuidad como él, aunque de paso, los placeres campestres; porque Tibulo, que tambíen habia nacido con un corazon sensi-

ble, triscó tambien de niño al pié de rústicos Lares[13], y acostumbró los oidos á la flauta de Pan; cansado de las guerras civiles, desposeído en ellas de ricas heredades, como Virgilio de su humilde peculio, cantaba la medianía, gozándose en sembrar por su mano sus vides y podar sus frutales, en fantasear, oí las veces, sesteando á la orilla de bullidoras aguas, y en volver á casa trayendo al seno la ovejuela ó cabrito rezagado en el camino[14]. Sólo que Tibulo mancha con sus amores cortesanos la corona de espigas que ofrenda á Céres; en su elogio á la Paz[15], e1 labrador que del bosque sagrado torna á su albergue, trayendo en un carro su mujer é hijos, no se recomienda por su sobriedad: Virgilio no conoce otras Ninfas que las divinas morado- ras de las selvas, y canta la dicha del honrado labrador cuya casta familia conserva tradiciones de pureza[16]. Á pesar de estas diferencias, Virgilio y Tibulo sintieron por sí mismos las armonías de la naturaleza; ese sentimiento produce la magia prosódíca que en el estilo de ambos nos cautiva.

Pero el ingenio de Virgilio era variado y progresivo. En las Églogas que escribió á partir del año 713, como si sus nuevas relaciones con hombres políticos, el espectáculo de las armas Romanas vencedoras, y la expectativa de una profunda transformacion social, hubiesen

---

13 I El. I 19, 20; X 15,16.

14 I El. I.

15 I El. X 51,52

16 "Casta pudicitiam servat domus." G. II 524.

exaltado su fantasía se levanta á la entonacion épica, pero sin abandonar los asuntos del campo. Ni los abandona e11 las Geórgicas, sólo que en éstas, al par que sigue pintando la naturaleza con nuevas galas poéticas, despliega gran copia de conocimientos agronómicos, adquiridos así por propia observacion, como en el estudio de los geopónicos antiguos. Séneca y Columela hablan con alta estima de Virgilio como de escritor facultativo, y hoy mismo admiran su exactitud los que han estudiado la agricultura italiana. El respeto que el poeta profesaba á maestros extranjeros, no destruye la propiedad de su doctrina con aplicacion á su pais nativo. Al proponer Conington sus dudas en este punto, se funda en conjeturas literarias, y no en razones científicas, pues en esta parte se declara incompetente. ¿Qué tiene de extraño en Virgilio, ni qué prueba contra la propiedad de su doctrina, el que se holgase de cantar por las poblaciones Romanas las enseñanzas del viejo Hesíodo (G.II 174-176), cuando sabemos que, principiando por la forma del arado, hubo de antiguo comunidad de prácticas agrícolas entre los pueblos Greco-itálicos?[17] Y en cuanto á fábulas y consejas, ¿cuántas de autores antiquísimos no trasladó á su libro el español Gabriel Alonso de Herrera, quien á pesar de esas transcripciones fué, y áun es acaso, el oráculo más popular de la agricultura española? No seria razonable que por episodios poéticos, tales como el de Aristeo, juzgásemos artificiales y falsos los preceptos agronómicos del autor de las Geórgicas.

---

[17] Mommsen, Historia de Roma, libr. I, cap. II.

Á un tiempo su genio poético, su inclinacion por el campo y sus estudios de ciencias naturales, conducíanle de la mano á componer un poema didáctico como el que dedicó á Mecénas, mediase ó no consejo de este magnate, el cual, si lo dió, no hizo otra cosa que impulsar las invencibles inclinaciones del poeta. Tan cordialmente se asociaban, y así se confundian en él, su amor al campo y á las artes agrícolas y su vocacion poética, que nunca se percibe en su poema el fastidio del autor que por tratar su asunto en toda su extension abraza prosaicos y desagradables pormenores. Su carillo por los animales domésticos, su devocion á la inocencia y soledad de la vida rústica, y su gusto poético, se dan la mano para sostener su estilo siempre puro y animado: todo lo toca, sin que excuse por vulgar nada de cuanto interesa á los labradores; y todo lo poetiza, á semejanza de la luz del sol, que para derramar sus tesoros no va á elegir sitios pintorescos, ella misma los hace, y abraza, penetra y embellece la naturaleza entera. Así tambien la verdadera virtud se acomoda á todas las situaciones de la vida, al tiempo de la aridez como al de la consolacion.

Si ya en las Églogas asoma el asunto de un poema didáctico de agricultura y se siente tambien muy pronunciado á las veces el tono de la epopeya, en las Geórgicas se presagia asimismo, y más á las claras aún, al cantor de la Eneida. Desde sus primeros años juveniles habia tenido Virgilio la tentacion de ensayarse en la épica, proponiéndo-

se, segun refiere Donato, cantar las glorias de Roma, ó, como afirma Servio (ad Ecl. VI 3), las de los príncipes Albanos; mas desistió del intento, mal hallado, dice este último gramático, con 'la aspereza de los nombres.'[18] Pero el mismo poeta, en la reconvencion que le dirige Apolo al principio de la Égloga VI, indica una razon más verosímil, dando á entender que sus fuerzas eran por entónces desiguales á la magnitud de empresa semejante. Ménos imposible que inmatura conceptuaba él su realizacion, supuesto que en los estudios que continuó haciendo, y en la composicion, que á poco acometió, de las Geórgicas[19], enriquecia la mente, y ejercitaba sus fuerzas para embocar al fin la épica trompa. Segun Donato, Virgilio en presencia y con ayuda de Mecénas, leyó sus Geórgicas á Octavio en Atela, estando de paso este Emperador para Roma, de vuelta de Asia, y vencedor en Accio, el año 725. Concluido en esta época aquel poema, bien que despues recibiese retoques[20], debemos suponer, con arreglo á todos los datos que concurren á fijar esta fecha, que en el propio año principió Virgilio la composicion de la Eneida. Mas á esta obra es forzoso que hubiese venido preparándose al mismo tiempo que escribia las Geórgicas. Es cosa averiguada que no compuso seguidamente ni los libros de las Geórgicas ni los de la Eneida; en diferentes ocasiones introdujo

[18] "D'un seul nom quelquefois le son dur ou bizarre
Rend un poeme entier du burlesque ou barbare."
Boileau.

[19] Principiáronse el año 716 ó 717; en el de 714 habíase escrito la citada Égloga VI.

[20] Pruébalo el hecho anotado atras, p. IX al pié.

episodios acá y allá; de suerte que no hay impropiedad en decir que si salieron á luz los dos poemas en épocas distintas, no se elaboraron por separado en la mente de su autor. En la Eneida, así como no faltan reminiscencias de las Églogas[21], hay pasajes tomados de las Geórgicas[22], y en éstas, con especialidad en los libros III y IV, se reconoce succesivamente, de una página á otra inmediata, ya el poeta bucólico, en el elogio, por ejemplo, de la vida rústica, ó en la descripcion de las preciadas hortalizas del viejo Coricio en la campaña Tarentina; ya el épico, en la pintura de un combate de toros ó de dos ejércitos de abejas. "Parece," dice Delille, "que nada trató Virgilio con tanta complacencia como las abejas. Ennoblece todo lo que hacen estos insectos, con metáforas tomadas de las más importantes ocupaciones de los hombres. No pinta ménos bravos los combates de Turno y Enéas que los de dos enjambres. Si en la Eneida compara los trabajos de los Troyanos con los de las abejas ó las hormigas, en las Geórgicas equipara las ocupaciones de las abejas á las de los Ciclopes. En fin, el libro IV de las Geórgicas parece un preludio de la Eneida." Es más: estos arranques épicos envuelven ó. las veces lecciones políticas. Por ejemplo: para el poeta el régimen monrquíco de las abejas es nada ménos que dón de sabiduría con que Júpiter quiso premiarlas (G. IV 149, sqq.); recuerda que muchos las creyeron, por su modo de gobernarse, participantes de la esencia divina del alma humana (219 sqq.); que en leal-

[21] Por ejemplo el verso 78 de la Egl. V es tambien el 609 del primer libro de la Eneida.

[22] Por ejemplo: Geo. IV 170-175: Aen. VIII 449-454.

tad al Soberano no las iguala el Persa ni el Egipcio (210 sqq.); llamando pequeños 'Quirites' á los insectos-ciudadanos, el poeta inviste sus instituciones no sólo con la dignidad de lo que al hombre concierne, sino con las glorias del pueblo Romano (201); los destinos de la alada casta le merecen el nombre de 'Fortuna domus' (209), expresion favorita del período imperial para señalar el sino glorioso de la familia reinante; los volantes guerreros que agrupados en torno de su Rey le alzan en hombros, dichosos de morir en su defensa (215-318), son imágen de los soldados Romanos cuando levantaban al jefe sobre sus escudos proclamándole emperador[23]. No sin razon, pues, anuncia el poeta á Mecénas al principio del libro, que en cuadro de objetos diminutos tendrá ocasion de admirar grandes ejemplos de civil prudencia y de valor militar. De aquí, acaso, la emblemática importancia de aquel libro: "In tenui labor; at tenuis non gloria."

Considerados ambos poemas como producciones de carácter nacional y patriótico, las Geórgicas y la Eneida sirven bajo dos fases distintas á un mismo pensamiento, así como los nombres de Italia y Roma presentan los dos aspectos característicos de una nacion agrícola á un tiempo y conquistadora. La riqueza de la Patria residía, para los Romanos, en la feracidad de su suelo, y su gloria y poderlo en el arrojo y valor de una raza que avasallando pueblos extraños, debia dilatar los límites del Imperio hasta igualarlos con los del mundo conocido. Las artes del cultivo fueron en los buenos tiempos honradas al

[23] Conington, notas ad loc.

par que las de la guerra. Habian cultivado las unas y conjuntamente ejercitándose en las otras los varones más ilustres y las más nobles familias de la República. "Nuestros mayores," decia Caton el Viejo (De R. R. 1), “cuando querian alabar á alguno de buen ciudadano, apellidábanle buen labrador y buen colono.” El guerrero victorioso sosiega sus ambiciones radicando su pujanza en la posesion de la tierra sometida; y si aspira á perpetuar en sus sucesores el adquirido predominio, está obligado, por ley providencial de justicia, á sanear su fundo y cultivarlo. Sólo el asiduo trabajo (‘labor improbus') da valor á la ocupacion. Desde tiempos remotos “la política guerrera y conquistadora de los Romanos,” dice Mommsen (H. R. I, XIII), “se apoyó, lo mismo que su constitucion, en la propiedad territorial; la guerra tenia por objeto acrecer el numero de propietarios, únicos que gozaban de consideracion en el Estado. Muchos pueblos,” prosigue el mismo historiador, “ha habido victoriosos y conquistadores; pero ninguno supo, tanto como el Romano, apropiarse la tierra, y regándola con el sudor de su frente despues de la victoria, conquistar segunda vez por el arado lo que ganó primero por la espada. Puede la guerra recobrar lo que ha perdido; pero el arado no devuelve el terreno que fecundiza. El labriego Romano aferrábase á su campo y á brazo partido lo defendia. El dominio del suelo constituye la fuerza del hombre y la del Estado. La grandeza Romana se asentó, como en basa inconmovible, en el derecho absoluto é inmediato del ciudadano sobre su tierra, y en la compacta unidad de la privilegiada clase labradora.” En los tiempos mis-

mos de Virgilio, el conquistador Romano, como siglos despues el Español, dejaba en sólidos monumentos testimonio inmortal de su grandeza de espíritu, y del carácter irrevocable de la apropiacion consumada. En varias provincias del Imperio Augusto distribuyó campos á sus veteranos, quienes de esta suerte, en gran número esparcidos, se trocaban en labradores.

Así la agricultura coronaba la conquista. Mas las guerras civiles amenazaban la prosperidad interior arruinando el cultivo, y minaban en el exterior el poder y prestigio de Roma. Por tanto, si impulsar la cultura devolviéndole su lustre y sus esperanzas, y cebar el ardor bélico de las legiones en guerras extranjeras, corrigiendo los hábitos de ocio y de rapiña alimentados en discordias intestinas, eran dictados de la hábil política de hombres tan entendidos como Mecénas y el propio Octavio, no eran otros tampoco los sentimientos del más puro patriotismo que animaba á Virgilio. Si desde la Égloga I (71 sqq.) lamentó la contienda doméstica, no deja de volver á detestarla en las Geórgicas (I 489 sqq.), quejándose acá tambien de la expropiacion que sufrieron los Mantuanos sus conterráneos (II 198); y alusiones en idéntico sentido

asoman hasta el libro postrero ele la Eneida[24]. Dolia al orgullo patrio, mal avenido con la libertad omnímoda del comercio internacional, tener que recibir producciones de vendimias y cosechas ultramarinas, cuando no bastaban al consumo los esquilmos de los campos Italianos; y así Virgilio, en la particion que hizo Naturaleza de sus bienes á las diferentes naciones, supone que otras fueron dotadas con aquellos productos que correspoden á industrias extractivas, miéntras Italia fue privilegiada con la fertilidad de su tierra y excelencia de sus frutos[25]. Mas como condicion necesaria para beneficiar los dones naturales y dar indefinidas creces á la riqueza nacional, el sabio poeta recomienda á sus paisanos la virtud del trabajo, instituida y honrada por los Dioses[26]. Esta virtud, que hace sufrido al labrador, es moralmente la misma con que fuerte bajo el peso de armas y provisiones, coronaba sus rápidas campañas el soldado Romano[27]. La filosofía de" poeta, poniendo sello de infamia á la ociosidad y la molicie, cifra. en la virilidad

---

[24] Expresiones como aquella "latos vastant cultoribus agoros" (A. VIII 8), consuenan com las quejas que al final del libro I de las Geórgicas exhala el poeta contra los soldados devastadores; y el Árcade Menétes que de pacífico pescador, hijo de un pobre colono, de repente se ve envuelto en los horrores de la guerra y muere á manos de Turno (A. XII 517 sqq.), es una figura que, como observa Tissot, no está tomada de Homero, y parece más bien tierno recuerdo de la primera juventud de Virgilio y melancólica alusion á aquellos turbados tiempos.

[25] G. I 56-63; II 116 sqq., 136 sqq.

[26] G. I. 121 sqq. 199 sqq. II 433, 538

[27] G. III. 346-348

y constancia de los hombres, dondequiera que éstas se manifiesten, la grandeza de la Nacion[28].

Nótese, ademas, en confirmacion de una de las precedentes observaciones, que en aquel magnífico elogio que en el libro II de las Geórgicas consagra el poeta á Italia, la considera grande y admirable por su fecundidad en todo género de productos, inclusa la raza humana, allí valerosa y emprendedora: "Magna parens frugum, magna virum;" —es decir, como nacion á un tiempo agricultora y heroica[29]. Entre los tipos de la vigorosa casta del hombre de Italia, al lado de Camilos y Escipiones, coloca á César Octavio; al cual ensalza porque fomenta la produccion agrícola[30] y porque extiende los límites del Imperio; hace votos porque, muriendo, sea constelacion propicia á los labradores, á semejanza de la estrella Julia, como tal saludada desde su aparicion por el poeta (Ec1. IX 46 sqq.) Y cuenta, que nunca celebra á Octavio como vencedor en guerra civil; dado que, si canta la victoria Accíaca, nadie puede desconocer que la guerra. por aquel caudillo sostenidia contra Antonio y Cleopatra, fué en realidad, y así la juzgaron los Romanos, guerra extranjera. Antonio con sus aliados amenazaba enconado á su propia Patria; por lo cual Virgilio cuida de presentar á Octavio con el Pueblo y los Padres de la Patria, con los Penates y

---

[28] Para Virgilio la 'dureza' es condicion característica de nuestra raza– "homines, duram genus": dureza propia del trabajo– "Scipiadas duros vello" (G. II 170).

[29] G. II 173 sq. Cf. A. II 781-782, VI, 851-853

[30] "Auctorem frugum" G. I. 27

los grandes Dioses nacionales, enfrente á bárbaras huestes y á las monstruosas divinidades de Egipto (A. VIII 679, 698). Dominado del mismo sentimiento pudo Propercio decir del éxito de aquella batalla naval: "Viincit Roma!".

Apénas habrá en la literatura moderna otra produccion que por el intento, lo mismo que por el ornato, se acerque tanto á las Geórgicas, como la silva de Bello *Á la agricultura de la Zona tórrida*. Su autor habria sido de todo en todo el 'Maron americano,' por él mismo anunciado en su *Alocucion á la Poesía*, si en vez de un canto como aquél, parte lírico y parte descriptivo, hubiese compuesto un poema propiamente dicho. Así lo hace notar el célebre escritor argentino D. Juan María Gutiérrez. En esa silva el alumno de Virgilio, con aquella diccion selectísima, aquel estilo que sin esfuerzo cautiva y en sosegado vuelo se remonta á las veces á la region de la epopeya, coonvida á los Americanos á huir de las ciudades populosas, donde se engendra la civil discordia y todos los vicios tienen asiento, á dirigir por sí mismos el cultivo de los campos, su pingüe herencia, en malhora abandonados á la fe mercenaria; y hablando unas veces al corazon, con la voz de la Naturaleza y sus encantos inefables, á la razon otras con las ventajas positivas que promete la profesion del labrador, no olvida citar, con el autor de las Geórgicas, el ejemplo de la antigua Roma de los Cincinatos y Fabricios. Para uno y otro poeta el campo es la escuela del buen ciudadano, del repúblico incorruptible, del valeroso defensor de la Patria; ambos cifran las glorias nacionales en los grandes caractéres y en las sanas

costumbres, que se forman en medio de las labores agrarias. Un mismo pensamiento moral, un mismo objeto patriótico.

Como para que no quedase obra alguna en las de Virgilio sin adjudicarse á inspiracion ajena, se ha imaginado que proyectó primero cantar directamente las alabanzas de Octavio en un poema épico, y que el mismo Emperador le propuso que en vez de ellas celebrase los orígenes de la familia Julia y del pueblo Romano, sugiriéndole el argumento de la Eneida[31]. Verdad es que bajo la alegoría de un templo de mármol que promete dedicar á César á orillas del patrio Mincio, anunció implícitamente nuestro poeta (Geo. III 46 sqq.) su intento de cantar los loores de Augusto; y de aquí toma pié Ribbeck para opinar que Virgilio pensó primero en escribir los hechos de armas de Octaviano, y despues modificó su propósito y emprendió la composicion de la Eneida. Con la sagacidad, discrecion y buen gusto de un príncipe que, mirando más á las cosas que á los nombres, desechó títulos como el de Dictador que le ofrecia el pueblo, cuadra el pensamiento de preferir el elogio indirecto que le resultaba de un poema en que apareciese subsidiariamente como vástago de una dinastía sobrehumana, nacida á regir los destinos de Italia y del orbe, al incienso injusto que se le tributase con peligro de su fama, por victorias en que el lauro del valor pertenecia ménos a él que á los entendidos generales que sirvieron á su causa. Pero semejante verosimilitud moral pierde su importancia ante las dificultades que la inspeccion crítica de autecedentes y

[31] "Ab Agusto Aeneidem propositam sccripsit" Serv. in proem.

circunstancias opone á esta nueva hipótesis sobre el orígen de la Eneida.

Queda dicho que las Geórgicas no se escribieron seguidamente: los episodios que las amenizan se incorporaron en épocas diferentes. Así, aunque el poema se principiase en 716-717 y se concluyese en 725, no por eso hemos de figurarnos que el comienzo de la obra fué lo primero que se compuso, á partir de aquella fecha, y que así se continuó hasta coincidir el final del poema con la terminacion del plazo. La invocacion á César Octavio, por ejemplo, que se halla á los principios del libro primero, por las alusiones que encierra corresponde, segun Franck, al año 718; y el episodio brillante que da remate al mismo libro, sobre a muerte de J. César y la tumultuosa agitacion dél mundo, por las amenazas que venian, ya de parte de los Germanos, ya de las regiones del Eufrátes, parece que ha de imputarse á algun punto del trienio 719-721. Al año 724 se adscribe, por el verso 497, el cuadro de la vida rústica con que se cierra el libro II. El valiente elogio de Italia, en este mismo libro, por lo que arguyen los versos 170 sqq. no puede suponerse anterior al año 725. Á la misma época se refieren los versos con que finaliza el poema, cuyo sentido aplicado, no á la terminacion, sino á la composicion íntegra de la obra, indujo á Wagner á restringir la segunda á los años 723-725. El episodio de Orfeo se introdujo en revision del libro IV en 728. Aunque al de 729, y áun á época ulterior, supone Conington que pueden referirse algunos de los rasgos de aquel episodio del libro III en que funda Ribbeck su opinion ántes

consignada[32], no tengo necesidad de apoyarme en esta conjetura, bastando á mi propósito sentar el hecho no controvertido de que aquel exordio no es anterior al año 725.

Ahora, pues: si en este año se principió la Eneida, ¿cómo es posible que dentro de círculo tan breve, cual si se tratase de mudar de propósito en materia frívola y baladí, hubiese nuestro poeta proyectado primero escribir las hazañas de Octavio y luégo luégo los orígenes de Roma? Sube de punto la inverosimilitud, si damos fe, con Ribbeck, y contra la conjetura de Ribbeck, á Donato cuando dice que Virgilio dispuso en prosa su poema ántes de reducirlo á metro. Y el mismo Ribbeck confiesa[33] que "el inmenso trabajo y prolijos estudios que costó al poeta la elaboracion principalmente de este poema, se infieren de aquel conocido fragmento de carta que escribíó á Augusto[34], y fueron motivo de admiracion para los antiguos comentadores." Convengamos, por tanto, en que, si á componer la Eneida habia venido preparándose Virgilio en la meditacion y el estudio, y no sin ensayar sus fuerzas en las Geórgicas, la promesa que se encierra en el consabido

[32] Este crítico inglés idéa que la alusion de los vv. 32, 33, puede referirse á la rota de los Cántabros en 729; y ve en el anterior, 31, ó una alusion á la victoria Accíaca, 725, ó bien (suponiendo el pasaje cosido más adelante) á la sumisión de los Armenio, y á los estandartes de Craso recobrados de los Partos. Una referencia á este suceso, el cual corresponde al año 734, se registra en el libro VII de la Eneida: "Parthosque reposcere signa…" (604 sqq.). Virgilio murió en el siguente año de 735.

[33] Edit. min, p. XXVIII.

[34] Conservado por Macrobio (I Sat. 24, II). Las palabras á que alude Ribbeck son estas: "…Cum praesertim, ut scis, alia quoque studia ad id opus, multoque potiora, impertiar".

exordio del libro III de éstas, no mira, cual pretende Ribbeck, á un proyecto de poema especial sobre Augusto, sino más bien, segun la opinion que defiende otro crítico Aleman, Tittler, á sola la Eneida, y en especial al libro VIII, donde al describir el escudo que á Enéas fabricó Vulcano, ase el poeta de la ocasion para representar la victoria de Accio con grande honor para Augusto, honor realzado por la mágica perspectiva en que se coloca el cuadro, mediante la vision profética atribuida al autor de la armadura encantada. El elogio de Octavio en el libro II y el que se contiene en la alegoría del libro de las Geórgicas, parecen ambos dictados por el entusiasmo que aquella victoria despertó en nuestro poeta, así como en todos los Romanos, cuyo orgullo patriótico se alarmaba horrorizado de que se entronizase en Roma el despotismo del afeminado Oriental[35]. ¿Qué mucho, pues, que la promesa envuelta en el segundo de esos dos elogios, se refiera á la Eneida, en cuanto en ella se proponia el poeta pintar esa propia batalla, amen de las otras alusiones que habria de esparcir acá y allá en homenaje á Octavio y su familia? Objeta Ribbeck que en el exordio consabido, entre los triunfos que el poeta dice se propone realzar en oro y marfil, no sólo se individualiza la victoria Accíaca y la sumision del Nilo, pero tambien otros hechos que despues no se conmemoraron en la Eneida. Á lo cual puede responderse, lo primero, que Virgilio no dió á su poema la última mano —tres años más habia pensado emplear en

[35] Horacio (I Carm. XXXVII) inventaba á sus amigos á beber del cécubo añejo y á regocijarse por la muerte de aquella Cleopatra que tanto terror habia infundido á los Romanos.

perfeccionarlo, para vacar luégo á la filosofía, cuando ocurrió su muerte;— y no sabemos si ideaba introducir algun otro episodio en honor de Augusto; lo segundo, que si en la interpretacion de las Églogas ha sido fecundo en errores el sistema que establece un paralelismo riguroso entre los rasgos alegóricos y los hechos históricos, puede ser de la misma manera incorrecto pretender que en el poema donde se satisfizo en lo sustancial una promesa, hubiese ésta de cumplirse con cada una de las circunstancias con que se enunció. El estro poético moveria á Virgilio á dar en el cuadro de anuncio algunas pinceladas que en el cuadro extenso no convino repetir. Á quien paga una deuda poética no exijamos el último cuadrante; lo que importa es que la ejecucion del asunto corresponda por su magnificencia á las esperanzas preconcebidas.

Pero si es la Eneida aquel monumento que Virgilio prometió dedicar á Octavio, no por eso imaginemos que el héroe verdadero del poema es Augusto, y Enéas sólo su figura; ni que tal homenaje destruye la intencion religiosa que se desenvuelve en la Eneida; fase importantísima que consideró ya en el *Estudio preliminar* de esta traduccion,

y sobre la cual publicaré en próxima ocasion nuevas reflexiones[36]. Así como á cada momento fijamos la atencion en un objeto, ejercitando á un tiempo varios sentidos y percibiéndole en más de un aspecto, del mismo modo á la creacion de un gran poema pueden presidir diferentes miras que se confunden en una comprensiva intencion moral.

La Eneida, sin dejar de ser un tributo político, es grandioso monumento patriótico, obra eminentemente poética y en altísimo grado religiosa. Algunas de estas condiciones fueran entre sí incompatibles en circunstancias diferentes de aquellas en que se halló Virgilio. No prestan las Musas su fuego para venales encomios; y el vate que sin conviccion ni entusiasmo hace la corte á un poderoso, con helados ardores delata, más bien que encubre, su impotencia: *incasum furit*. De naturaleza indulgente y acomodaticia, Horacio, vencido en Filípos, rindió homenaje al vencedor, y dedicó á Augusto algunas fugitivas alabanzas y epístolas de amable filosofía; pero tratándose de celebrar

---

[36] No soy el único á quien esta fase, profundamente sentida en otras épocas por Dantes y Leibnizes, despues mirada con desprecio como fantástica por la frivola incredulidad, ha dado en nuestros tiempos materia de meditacion. Impreso el "Estudio preliminar" y publicado el tomo 1 de esta obra en 1873, tuve la satisfaccion de ver en la "Revue des Deux-Mondes," correspondiente al 1.º de marzo del mismo año, un importante trabajo sobre Virgilio: "Un poète théologien." El autor del ensayo, Mr. Gastan Boissier, cree que la moda de despreciar á Virgilio va pasando, y que á lo ménos se le estudia hoy más que nunca. Con datos científicos se propone demostrar "le caractère religieux de son oeuvre et l'influence que le poète a dû exercer sur les croyances de ses contemporains," Concluye con estas palabras: "Virgilio fué realmente una de las almas más cristianas del gentilismo. Aunque adicto de corazon á la religion antigua parece á veces que presiente la nueva religion; y puede un cristiano piadoso creer que para abrazarla no le faltó sino haberla conocido."

sus glorias, se excusaba diciendo que *lo deseaba y no lo podia*[37]. Conviene obsevar que si Títiro, animado de profunda gratitud, quema algunos granos de incienso en el altar del joven sobrehumano que le restituyó su campo, la adhesion de Virgilio al partido, ó cuando ménos á la persona, de Julio César, data de época anterior á las mercedes del triunviro. En un fragmento incorporado en la Égloga IX, como muestra de los ensayos en que se ejercitaba el jóven poeta ántes de que los veteranos invadiesen su nativa comarca, saluda á la estrella Julia como astro benéfico á los agricultores, llamándola el 'astro de César Dioneo,' esto es, de César descendiente de Vénus, hija de Dione; por donde se ve que con este título fabuloso, del cual blasonaba la familia Julia, consagró Virgilio la memoria de César inmolado muchos años ántes de que, aplicado á Enéas, redundase en honra de Augusto Emperador. Razones poderosas inclinan á creer que en la Égloga V, sólo se propuso el poeta lamentar la muerte de Julio César, y cantar su apoteósis el año 712. Fueron él primero y despues su íntimo amigo Vario, quienes porclos años de 715, á titulo de poeta, introdujeron al tribuno de Venusa, derrotado en Filípos (á quien la necesidad compelió luégo á escribir versos) al trato y al favor de Mecénas; tanto era el valimiento de que por entónces disfrutaba Virgilio con el consejero de Augusto! ¿Cómo, pues, ó por cuál motivo se ha dicho y repetido por sesudos escritores que Virgilio era 'el más preciado ornamento del partido re-

[37]II Epist. I 250-259. "Si quantum vellem possem quoque."

publicano?'[38] ¿Acaso porque fué despojado en la irrupcion de los veteranos? Pero todos sus conterráneos padecieron igual desastre; á ninguno perdonó aquella comun calamidad; el crimen de los Mantuanos era ser vecinos de los Cremonenses; y la libertad con que clamó entónces Virgilio contra los efectos de las discordias civiles (Ecl. 1 70), la buena acogida que tuvo en Roma, la órden de restitu- cion que consiguió, todo esto arguye más bien que la familia de los Marones no estaba ligada por compromisos con el partido de Bruto y Casio. ¿Ó se alegarán los elogios que estampó el poeta á algunas figuras Catonianas de la antigua República? Esos elogios, como veremos luégo, no disienten de la política nacional adoptada por Augusto, quien se envanecia de llamarse restaurador de las severas costumbres primitivas del pueblo que fundó Rómulo. No: nada hay que acuse á Virgilio de haber incidido en alguna de aquellas veleidades políticas tan frecuentes en tiempos de corrupcion. No tuvo que ser consigo mismo inconsecuente para mostrarse agradecido al benefactor; ni halló resistencias en su Musa para cantarle.

Sobre su carácter notorio de obra poética, es la Eneida, como ántes dije, monumento *nacional* por el sujeto, *patriótico* por el sentimiento, religioso por el espíritu; y á estas tres condiciones relevantes no estorba más que á la primera la circunstancia de ser aquel poema produccion de un poeta cesáreo. No nos fiemos de historiadores que equiparando edades distintas y causas diferentes, prodigan ó escatiman en-

[38] D. Antonio Benavides, El panteon de Agripa.

comios á los hombres de la antigüedad con ánimo deliberado de ensalzar ó vilipendiar á personajes modernos. Al contemplar á los Césares olvidemos á los Napoleones, y á juzgarlos apliquemos la crítica profunda que Macaulay ensayó para apreciar la moral de Maquiavelo, mirando ante todo á la época en que vivieron las personas. Cantú, nada indulgente con Augusto, confiesa sin embargo que en cuarenta y cuatro años que duró su administracion no abusó aquel príncipe del poder supremo. "¿No lisonjeaba él la nacionalidad Romana?" dice el ilustre Milanes; "—¿no es propio de todo restaurador restablecer del antiguo régimen cuanto contribuya á consolidar el nuevo? Al ensalzar la Roma Quirinal historiadores y poetas no hacian otra cosa que encomiar á Augusto, el cual, invocando los grandes ejemplos de lo pasado, reedificando arruinados templos, restaurando estatuas ennegrecidas, expiaba con su piedad los delitos de sus mayores, hacia renacer el pudor antiguo, y devolviendo la castidad al hogar doméstico, regocijaba á las madres de familia, deseosas de perpetuar sus honestas costumbres[39]."

---

[39]Cantú, lugar ántes anotado. Cita á Horacio. cuyas palabras ingiere en sus observaciones. Puede verse la oda VI del libro III y la V del IV, que corresponden, segun Kirchner, aquélla al año 726 en que Augusto como censor empezó á ocuparse en la reparacion de templos y reforma de costumbres, y ésta al 740. Es expresiva la definicion que da Horacio (II Epist. I) de los méritos de Augusto reduciéndolos á tres clases:

Cum tot sustineas et tanta negotia solus,
Res Italas armis tuteris, moribus ornes,
Legibus emendes ……..

Augusto como príncipe, queriendo restaurar la nacionalidad Romana en toda su amplitud histórica, se esforzó por extinguir los viejos odios, cuidando de borrar los rastros de las sangrientas proscripciones del triunvirato; no dudó honrar la memoria de Ciceron, cuyas obras dejaba leer á sus nietos diciéndoles: "Varon docto y amante de su Patria," y la de Bruto, cuya estatua permitió subsistiese en Milan, cuando la vió á su vuelta de Filípos, y alabó á los Cisalpinos porque con ella, sin inclinar la frente á la Fortuna, mostraban fidelidad en muerte á los amigos[40]. Y Virgilio, lleno tambien de ese magnánimo sentimiento nacional, pudo en soberbia ficcion hacer que desfilasen, con gloriosa aureola, todos los grandes patriotas de Roma, sin distincion de parcialidades civiles[41]; de tal suerte que en el mismo escudo de Enéas, donde grabó Vulcano las glorias de Octavio, presenta el poeta á Caton el Mozo dando lecciones de virtud á los justos en los Campos Elíseos, y los únicos que llevan mala parte son Catalina y Antonio, que volvieron sus espadas contra la Patria. Claro es que pintando al primero condenado á tormentos furiales, justifica el poeta á Ciceron por actos que no agradaron á Julio César[42].

---

[40] Plutarco en las Vidas de Bruto y Ciceron, al fin.

[41] Aen. VI 756 sqq. Por boca Anquíses reconviene allí el poeta á César y á Pompeyo, porque en guerra civil destrozaron las entrañas de la Patria (832); – el 'amor de la Patria' justificará á Junio Bruto en el juicio contradictorio de la posteridad sobre su conducta (v. 822. Cf. VIII 648).

[42] Argumento contra aquellos que creen depresivamente aludido, y acerbamente parodiado, A. Ciceron, en el "Orabunt caussas melius" (A. VI 849) y en las arengas de Dránces.

Un escritor lisonjero y mercenario, por generosas que sean las palabras ó magníficos los actos con que trata su señor á enemigos y desafectos, no se tendrá jamas por autorizado á encomiarle al lado de aquellos que fueron émulos de él ó de su familia. El cantor servil será siempre más realista que el rey. Por lo tanto los rasgos hidalgos de Augusto, sin perder su mérito, no lo roban á las patri6ticas pinceladas de Virgilio siendo tan honorífico para el príncipe como para el poeta que éste pudiese y supiese conciliar el respeto al poderoso con la propia dignidad, la adhesion al Emperador con la libertad de las Musas.

El mismo criterio de anchuroso patriotismo, con que agrupó Virgilio los grandes nombres de la Historia Romana, guiaba su juicio en lo tocante á 1a época legendaria en que pasa la accion de la Eneida. Por un instinto respetable que mueve al hombre á buscar abolengos gloriosos en remotos paises, de lo cual tenemos ejemplos numerosos en ambas Américas, muchas familias Romanas se preciaban de proceder de colonos Troyanos. Virgilio consagra en su Eneida algunas de esas pretensiones nobiliarias. ¿Cuánto no halagaba á la familia de los Césares llevar por insignia el mirto, en señal de descender del hijo de Vénus? Con todo, el cantor de Enéas celebra con entusiasmo á Turno y á otros valerosos guerreros que resistieron la conquista. Sólo á Mezencio pinta odioso, más de ningun modo porque defendiese el suelo Italiano, sino por su horrible impiedad. Por boca de Rumano, cuñado de 'Turno, ensalza en los Rútulos aquellas costumbres austeras que tanto

recomendaban, á su juicio, á los Romanos[43]. A la formacían de Roma. los Ausonios debian concurrir con su lengua, su nombre y sus costumbres; los Troyanos con su sangre y su religion[44].

Augusto respetó, bien que á veces sólo en apariencia, las leyes y prácticas establecidas, no perturbó á los magistrados en el ejercicio de sus facultades, desechó los títulos de Rey y Señor que el pueblo quiso conferirle; ni en su persona ni en su casa afectaba fasto ó superioridad; su vivir se nivelaba al de ciudadanos particulares, y su poder se fué continuando por delegacion decenal de los comicios y del pueblo. Virgilio, testigo de tal popularidad, y sabedor del proyecto que en su presencia consultó Augusto con Agripa y Mecénas, de abdicar el poder y retirarse á la vida privada, á ejemplo de Sila, no tiene reparo en hablar en su poema contra los tiranos, apellidando justa la ira popular que los destrona y les amenaza de muerte, sin temer que Augusto viese en

---

[43] Aen. IX 602 sqq.

[44] Aen. XII 834-837. Recordemos con Wilheim Ihne que en efecto "los Romanos fueron un pueblo eminentemente religioso: espíritus penetrados de religiosos sentimientos; conciencias adheridas á los deberes de la Religion," Historia de Roma, libr. I, cap. XIII.

esa doctrina un peligro, ni persona alguna malignamente la interpretase como alusion subversiva[45].

Cansados los Romanos de las guerras civiles que en largos años ensangrentaron su suelo, y horrorizados de tener vidas y haciendas á la merced de los bandidos que infestaban á Italia, era natural que admitiesen de buena gana la autoridad de aquel 'Pacificador de mar y tierra' que disciplinando el ejército y escarmentando con mano fuerte á los malhechores, devolvia al cabo el reposo á la Nacion y la seguridad á los ciudadanos. En cuanto á Virgilio, ya de de la época triunviral, en los años de 714, vemos por la Égloga IV, compuesta en ese tiempo, que ademas del sentimiento de bienestar privado y público con que sus compatriotas saludaban la paz, mirábala él como uno de los rasgos espléndidos de la edad áurea que á sus ojos de poeta alboreaba de nuevo al mundo; con la paz anunciaba el reinado de la virtud[46]; y al cantar diez año despues las glorias históricas de Roma, aplaudiendo la clausura del templo de Jano despues de la victoria Accíaca, presenta con épica pompa la majestad de la paz Octaviana y el

---

[45] Aen. VIII 494, dice Virgilio que la Etruria entera se levantó contra el tirano Mezencio 'furiis iustis;' en el libro X 714, pintando cómo le atacan los Tirrenos, cual á feroz javalí, al hallarle en el combate, repite la expresion 'iustae irae.' Del primero de estos pasajes dice Gibbon (Misc. Works, II 316) que no habria Virgilio complacido á Augusto y á Mecénas, cual ya con el famoso episodio de Marcello, si como les ley6 el VI, les hubiese leido el libro VIII. Pero el sagaz critico inglés olvidaba que, muerto Virgilio, Augusto ordenó terminantemente á Vario y á Tuca publicasen la Eneida sin adulteraciones, y que con gloria suya y del poeta la dejó correr como ha llegado hasta nosotros.

[46] Ecl. IV. 17. Aen. I 291, IX 642.

imperio de una justicia ideal como término de la accion de la Eneida, y objeto providencial de los esfuerzos y sacrificios de las generaciones que imagina el poeta se succedieron desde el hijo de Vénus hasta los Césares. Sólo la Iglesia Católica pudo realizar, más adelante, la hermosa concepcion del poeta Latino.

Desde los primeros tiempos de Roma, en el sistema de aliarse con el vecino; en el poder de asimilarse elementos extraños y utilizarlos en propio engrandecimiento; en la ciencia, en suma, de aprovecharse de la victoria, se descubre el secreto del creciente poderío de aquella nacíon robusta, comparable en ese aspecto con la moderna Confederacion Anglo-americana. Como para dar una leccion de politica fecunda á sus compatriotas, Virgilio recuerda en la Eneida el origen múltiplo de Roma, las nacionalidades diversas y hasta contrarias, que aliadas y refundidas fortificaron en la cuna de la Nacion el sistema que el supuesto fundador de la nueva ciudad, segun la leyenda recibida, practicó para ensancharla, abriendo ancho asilo al extranjero y al esclavo[47]; y en la alianza que propone Enéas á Latino se diseña un sistema de monarquía federal (reminiscencia sin duda de la alianza que antaño celebraron los Romanos con las ciudades Latinas), y de distincion entre la potestad política y la autoridad religiosa que para sí se reservó aquel héroe piadoso[48]. ¿Hasta dónde coinciden estas ideas con las ideas de Augusto, y desde qué punto son opiniones propias de Virgi-

[47] Aen. VIII 342.

[48] Aen. XII 187-194

lio, y en algun modo consejos que el poeta dirige al príncipe? No es fácil, ni de este lugar, entrar en discriminacion tan delicada. Ciñámonos á consignar que en el discurso en que Diomédes (Aen. XI 252 sqq.) aconseja á los Latinos el sistema de negociaciones y tratados como preferible á la guerra, se traslucen, segun críticos modero nos lo indican, "consejos de paz, con valor dados al vencedor de Antonio por boca de uno de los más famosos capitanes de Grecia; votos que hace el poeta por el reposo y prosperidad de un pais tan largo tiempo y con tanta crueldad agitado por guerras *más que civiles* (segun la expresion de Lucano) puesto que se trataba en ellas de los destinos del *Universo*. Nunca pierde de vista Virgilio este grande objeto de su poema: los progresos de la civilizacion, fiados á la conservacion de la paz alcanzada. Ya Anquíses (Aen. VI 832-835) en la persona del padre adoptivo de Augusto habia dicho al mismo Augusto:

> Ne, pueri, ne tanta animis adsuescite bella.....
>
> Ploiice tela manu, sanguis meus!—[49]

No entró la distincion de las dos potestades en las miras de Augusto,el cual, siguiendo el ejemplo de César, unió el sacerdocio al imperio; pero aprovechándose en beneficio de la moral pública, de la investidura de Pontífice máximo, protegió decididamente la Religion, dió nuevo culto á los Dioses nacionales, y se declaró restaurador y tutor de las prístinas costumbres hasta el Punto de condenar á expa-

[49] M. Amar, en sus notas francesas, edicion Panckoucke.

triacion (y condenara á muerte si lo consintieran sus ministros) á su misma hija Julia por las liviandades con que profanó su juventud y su hermosura. No es la clemencia magnánima del dictador Julio César lo que más distingue al adalid troyano[50], hijo de Diosa, sino la piedad reverencial del príncipe que se presentó al principio como tremendo vengador de su padre proclamándose *filius Dei*. Enéas no por ello representa ménos el primitivo carácter Romano, piadoso por naturaleza y austero. Tratando Virgilio de realzar las antiguas virtudes á cuyo respeto Augusto se gloriaba de proponder, no es maravilla que el carácter del héroe recuerde á un tiempo la filosofía religiosa del poeta y la moralizadora política del príncipe.

Horacio, ménos espiritual que Virgilio, trataba asuntos cuotidianos en sátiras y epístolas que, magistrales como son en su género, no alcanzaban á merecerle en su concepto el título divino de poeta[51]. Virgilio, por su afecto eminentemente poético á todo lo que es lejano é inmaterial, sólo trata asuntos antiguos; pero trasladándose para tratarlos, á una época pretérita, mira desde allá lo presente como en imágen, y así le es dado embellecer los rasgos de sucesos contemporáneos que incorpora en sus obras. Lleno siempre de alusiones á tales sucesos, no forman ellos, empero, perpetuas y metódicas alegorías; los personajes

---

[50] Enéas, el mejor de los hijos, el más piadoso de los héroes, propenso á la compasion y al llanto, en la guerra comete actos de crueldad de extraccion Homérica (Aen. XI 81,82).

[51] I Sat. IV 39-44

y algunas escenas de las Églogas son, como nota Conington, 'convencionales y confusas'; y así los que han intentado hallar el hilo de las alusiones de las Églogas, persiguiendo la unidad en ajustadas alegorías, intríncanse en un laberinto de dudas y contradicciones, y no aciertan á compaginar, ó imaginan hacerlo con extravagantes conjeturas, cómo, por ejemplo, el pastor Títiro representa al jóven Virgilio y aparece al mismo tiempo con la barba encanecida (Ecl. I 28), ó cómo Galo, amigo del poeta, está combatiendo en Italia, y simultáneamente muere de amor tendido bajo desierta roca en Arcadia (Ecl. X 14, 44).

Aplicando esta observacion á la Eneida, no hallaremos inconveniente para admitir que el héroe legendario del poema, reuniendo en su carácter una doble naturaleza, ofrece alusiones á más de un personaje histórico. Hemos visto que el poeta, al par que loa las virtudes de los Troyanos que se establecieron en el Lacio, censura de paso, por boca de guerreros indígenas, la molicie atribuida á la raza Frigia. Del propio modo si la piedad filial religiosa de Enéas lleva en sí una alabanza anticipada de Octavio su amoroso rendimiento en Cartago parece envolver censura de vicios que nos recuerdan a Antonio. Hanse notado en el libro IV de la Eneida imitaciones parciales, puramente literarias, de Apolonio de Róda, el cual en sus *Argonautas* pinta la insana Venganza de Medea, abandonada por Jason. Pero es patente que el sentimiento de Virgilio no viene de allá[52], y que el épico Latino no trata su asunto en tono de imitacion, sino con verdadero entusiasmo,

[52] V. Conington. Edic. 1872, vol. II, p. 19 sgg.

con inspiracion de fuego, y no sin relacionar el amor funesto de Dido con los destinos de Roma. Contra Enéas y sus descendientes pide ella moribunda, con vehemente energía, que se levante de sus cenizas un vengador (v. 625) en quien, por boca de la infeliz Elisa, quiso evidentemente Virgilio designar á Aníbal. supuesto que esta alusion es incontestable, no es reprensible arrojo escudriñar otras en el libro IV de la Eneida, relativas á posteriores sucesos de la historia Romana. ¿Ni cómo, estudiando esta historia, resistiremos á la tentacion de ver retratada á Cleopatra en Dido? La conducta olvidadiza é indolente de Enéas en Cartago lleva el pensamiento á los amores que entretuvo Antonio con aquella hermosa y espléndida reina extranjera. Denuncia la Fama á Enéas y á Dido (v. 194) 'enligados por torpe sensualidad,' y Yárbas le moteja de 'nuevo Páris, adornado con la mitra Lidia, ungida la melena, y servido de eunucos' (v. 215 sqq.)[53]. Horacio, siguiendo acaso á Virgilio, presenta con las mismas circunstancias á Páris en una oda famosa que muchos críticos han creido alusiva tambien á M. An-

[53] Cf. Aen. xii 99,100.

tonio[54]; y es probable que bajo la figura del robador de Helena usasen en Roma los adversarios del amante de Cleopatra vituperar los adulterinos amores de éste, sus hábitos asiáticos y fausto oriental. El que por su parte para cultivar al indigno marido de la virtuosa Octavia, desplegó Cleopatra; sus antiguos amores con J. César, cuya memoria no respetó, su apasionada decision por Antonio, y en fin su muerte, segun la describe Plutarco, ofrecen afinidades muy pronunciadas con la pompa regia de Dido, su criminal olvido de Siqueo, la llama que prendió en su corazon de viuda, y el trágico remate de sus dias; de tal suerte que aquellos recuerdos históricos difícilmente podrán desecharse en una lectura reflexiva del inmortal libro IV de la Eneida.

---

[54] I Carm. XV. Reminiscencias de Virgilio se hallan no pocas en Horacio, y ésta puede ser una de ellas. En la Sát. I, libr. I, v. 114 hay una imitacion de las Geo. I 512, segun Kirchner. Conjeruta tambien este crítico (Quaest Horat, p. 26) que la oda "Beatus Ille"… bella en su forma, pero enigmática en su objeto, envuelve una donosa burla del ingenuo elogio que hace Virgilio de la vida rústica al fin del libro II de las Geórgicas. Un pasaje de este mismo libro (v. 156, 170 sqq.) tuvo Horario presente, si no me engañoo, al escribir los vv. 252 sgg. de la Epíst. I del lib. II. De la Eneida, X 192, pudo tomar el Venusino la idea de una de sus odas (II Carm. XX). La interpretacion que propuso Tanegui-Lefebvre sobre la oda III del libro III (v. Burgos, ad loc.) concuerda perfectamente con el espíritu de las palabras de Juno, Aen. XII 828. La aparicion de Quirino (I Sat. X) es una segunda edicion de la de Apolo (Ecl. Vi). Son de orígen Virgiliano las frases 'dedueta poemata' ("deductum carmen", Virg.), 'ardua cervix', 'Tuscus amnis', 'moriemur inullti', 'ridiculus mus' ("exiguus", Virg). La oda citada al principio de esta nota, "Pastor cum traheret", se compuso segun la cronología Bentleyana (exacta, á mi juicio, en esta parte) despues de la victoria Accíaca; y aunque, cuando ella se escribió, no hubiese Virgilio publicado aún el libro IV de la Eneida, muy bien pudo verlo privadamente su amigo Horacio, como debió de ver el libro I de las Geórgicas, áun no dado á luz, para tomar de allí, por los años de 719, fecha probable de la Sát. "Qui fit, Maecenas"…, la reminiscencia que indica Kirchner.

Ciertamente Dido no es personaje inventado por Virgilio: pero ¿quién no ve que el poeta con su pincel fantástico alteró la Dido de la leyenda? Formado este nuevo personaje mixto, semejante á aquellos que los modernos novelistas sacan de la historia por base de sus ficciones, cabian cómodamente, al ponerle en accion, las alusiones que señalo, como cupo la de Aníbal ántes citada. Que Virgilio en ese cuadro conmovedor tuvo presentes á Antonio y á Cleopatra, es conjetura que adquiere mayor consistencia, si se comparan las reconvenciones que Júpiter por medio de Mercurio dirige á Enéas, con las palabras de asombro y de indignacion que profiere el poeta, al describirnos, al fin del libro VIII, á Antonio vestido y armado á la extranjera y avasallando á una mujer Egipcia. Recuérdese, ademas, que los libros de la Eneida solo del IV y el VI consta que fueron leidos por su á Augusto; y si el VI mereció tal preferencia por las predicciones de Anquíses, en e1 contenidas, que alcanzan á los tiempos y á la familia misma del Emperador, no es inverosímil que el IV se eligiese por el interes de análogas alusiones. Finalmente si la muerte de una mujer que habia jurado dictar leyes en el Capitolio, sosegó el temor de los Romanos amenazados, no por eso conmovió ménos, por las circunstancias interesantes y ruidosas de la persona y del hecho, los ánimos de todo el mundo, con honda sensacion, que resonando en Virgilio, pudo contribuir al tono patético que domina en aquel episodio incomparable de la Eneida.

En general el tipo de mujeres predilecto de Virgilio difiere completamente de los retratos femeninos de Homero. Virgilio se encarga

de patentizar esta difercncia: en la hermosa Lavinia, los ojos bajos, sellado el labio por el pudor, reaparece la doncella Homérica; así como en Dido, con su amor desgraciado, su melancolía profunda, su sombría desesperacion, se demuestra la mujer Virgiliana[55]. Conington supone que Virgilio, echando por esta atrevida senda, sigue las pisadas de los dramáticos Griegos, que dieron á las mujeres en el teatro tan conspicuo papel como á los hombres[56]. Un hábil crítico, citado por el mismo Conington, explica el hecho por "el conocimiento experimental que Virgilio tenia de su época, en la cual, por primera vez en la historia Romana, salieron las mujeres á figurar en el teatro de la vida Pública."[57] Esta observacion general, más que á las mujeres Romanas, admite especial aplicacion, segun lo expuesto, á la célebre reina de Egipto. Dido es en la Eneida el tipo femenino más señalado é interesante. De él se distingue, por sus condiciones marciales, la intrépida Camila. Pero cuando cae herida la Amazona, el poeta, como para conmover al lector, repite frases del libro IV, especie de reminiscencias melancólicas de un tema favorito: "Illa manu moriens…." "Acca. soror…." (Aen. XI 816 sqq). Virgilio vuelve á llorar para hacer llorar de nuevo. Ni es ése el único pasaje en que la repeticion de una palabra mágica trae á nuestra mente la imágen de Elisa moribunda. Nos la recuerdan tambien Antor espirante (X 781 sq.); Mezencio, desfallecido y noticioso de la

---

[55] Con razon decia Voltaire: "Quand Virgile est grand il est lui-même."

[56] Vol. II, p. 18.

[57] Saturday Review, Sept. 25, 1858.

muerta de su Lauso[58]; Yuturna, abrumada bajo el doble peso del dolor y de la inmortalidad (XII 878 sqq). Todo ello, evidenciando que los libros X y XI, y acaso el XII se escribieron despues del IV, concurre á robustecer esta opinion de Ribbeck: "Que pudo el libro IV componerse ántes que los damas, y recitado separadamente agradar sobremanera, no es cosa extraña.... Este libro que parece fué de todos el que más satisfizo á su autor, nos servirá de norma para formar juicio sobre el arte é ingenio del mismo, y para presumir lo que en otros lugares, si no realizó, deseó al ménos haber realizado Virgilio." (*Prolegg*. p. 59).

Perseguidor asiduo nuestro poeta de la perfeccion artística, tan afortunado como descontentadizo de sí propio, contemplábala siempre distante, aspirando á conseguirla y temeroso de profanarla.

M.A.C

BOGOTÁ, *Julio*, 1876.

---

[58] "Heu, nunc mi ero mihi demum Exitium infelix! Nunc alte volnus adactum!" X 849, sq. (Cf.– "nunc te falta" [mejor que 'facta'] "impía tangunt!" IV 596) "Sed linquam!" X 856 ("Sed moriamur!" iv 660.)– "attollit in aegrum Se femur" X 856 sq. ("Ter sese attollens cubitoqUe adnixa levavit" IV 690) ETC.

Eneida

[Yo aquel que ya con flauta campesina
Libre de afanes modulé canciones,
Y dejando la selva peregrina,
Causa fuí que con ricas producciones
Satisficiese la region vecina
De exigente cultor las ambiciones—
Obra grata á la gente labradora—
Los horrores de Marte canto ahora.]

Libro primero

I.

Canto asunto marcial; al héroe canto

Que, de Troya lanzado, á Italia vino;

Que ora en mar, ora en tierra, sufrió tanto

De Juno rencorosa y del destino;

Que en guerras Iuégo padeció quebranto,

Conquistador en el país latino,

Hasta fundar, en fin, con alto ejemplo,

Muro á sus armas, y á sus dioses templo.

II.

De allá trajo su sér el trono albano,

Su nombre el pueblo á quien el orbe admira,

Roma de allá su cetro soberano…..

Mas tú á mi osado verso, Musa, inspira!

Abre de estos sucesos el arcano;

Dí qué alta ofensa suscitó la ira

Que en la misma virtud así se ensaña;

¿Cómo cupo en un Dios crueldad tamaña?

III.

En frente, aunque á distancia, de la riba.

Donde el Tibre en el mar su onda derrama,

Tiria de origen, opulenta, altiva,

Alzóse la ciudad que Juno ama.

Más que á Sámos la diosa vengativa

La amó: Cartago la ciudad se llama:

En ella la armadura pavorosa,

El carro en ella estuvo de la Diosa.

IV.

Y ya anhelaba Juno y pretendia

Hacer del orbe á esta ciudad señora

Si consintiese el hado. Oido habia

Que, corriendo los tiempos, en mal hora

Para alcázares tirios, se alzaria

De troyana raiz, dominadora

Nacion potente, en los combates fiera;

Que así lo urdido por las Parcas era.

V.

Eso la Diosa recelaba; y luégo

De irritantes recuerdos ocupada,

Ella no olvida que á vengar al Griego

Fué la primera en desnudar la espada:

Del troyano pastor el fallo ciego;

Su ofendida beldad, la raza odiada,

El alto honor á Ganimédes hecho,

Memorias son para afligir su pecho.

VI.

Por eso avienta á términos distantes

Del ítalo confín, á los que á vida

Dejó incendio voraz, salvados ántes

Del acero de Aquíles homicida.

Por largos años sobre el ponto errantes,

Cerrando el paso á su virtud sufrida

El hado vengador ¿dónde no asoma?

Fué empresa colosal fundar á Roma!

VII.

Haciendo nueva tentativa ahora,

De la orilla zarpando siciliana,

Ya á la vela se daban, ya la prora

Cortando iba veloz la espuma cana.

Mas la llaga cruel que la devora

Guardaba fresca la deidad tirana

En el fondo del alma; y sin testigo

Así comienza á razonar consigo:

VIII.

"¿Y será que vencida retroceda

En la intentada empresa? ¿y que al troyano

Aborrecido príncipe no pueda

Léjos tener del límite italiano?

¿Conque adverso el destino me lo veda?

Pálas un dia, del insulto insano

Tan sólo de Áyax ofendida, airada

¿No hundió á los Griegos y abrasó su armada?

IX.

"Ella misma del cerco nebuloso

Vibró de Jove la veloz centella,

Y alteró de los mares el reposo

Y dispersó los navegantes; ella

En torbellino súbito, furioso,

Arrebatando al infeliz, lo estrella,

Cuando aún abierto el pecho llameaba,

Contra un agrio peñon, y allí le clava.

X.

"Y yo, que entre los Númenes campeo

De los Númenes todos soberana;

Yo, que los altos títulos poseo

De consorte de Júpiter y hermana,

¡Y a tantos años há que en lid me empleo

Con solo un pueblo, y mi insistencia es vana!

¿Y habrá de hoy más quien me venere? ¿alguno

Que humilde ofrende en el altar de Juno?"

XI.

Tal medita. la Diosa, y sus sollozos

Ahogando en su furor, á Eolia vuela,

Region nublada en lóbregos embozos,

Region que aborta fa hórrida procela:

Éolo allí en inmensos calabozos

Las roncas tempestades encarcela

Y los batalladores aquilones,

Y hace pesar su imperio en sus prisiones.

XII.

Ellos dentro la hueca pesadumbre

Ruedan bramando, amenazando estrago;

Él, cetro en mano, sobre la alta cumbre,

Resuelve en aire el comprimido amago.

Que si aquella legion de servidumbre

Salir lograse; por el éter vago

La tierra, el mar, el ámbito profundo

Rauda barriera aniquilando el mundo.

XIII.

El alto Jove recelando eso,

Al ejército aéreo abrió esta sima,

Y ahí en tinieblas le envolvió, y el peso

De altísimos collados le echó encima;

Y un rey impuso al elemento opreso

Que con tacto severo, ya reprima,

Ya dé medida libertad. Ahora

Juno ante él llega, y su favor implora:

XIV.

"Éolo, á quien el Rey de cielo y tierra

Calmar concede y sublevar los mares,

Oye: aquel pueblo á quien juré la guerra,

Surca el Tirreno, y sus vencidos lares

Lleva, y su imperio, á Italia. Descencierra,

Éolo, tus alados auxiliares,

Y envíalos con ímpetus violentos

A romper naves y á esparcir fragmentos.

XV.

"Catorce Ninfas sírvenme doncellas,

De hermosura dotadas milagrosa;

La que en encantos sobresale entre ellas,

Deyopeya gentil, será tu esposa:

Eternas gozarás sus gracias bellas;

Yo te la doy, porque de prole hermosa

Afortunado fundador te haga;

Y así el favor mi gratitud te paga."

XVI.

Éolo reverente]a responde:

"Reina, escudriña cuanto ansiar pudieres,

Dí cuan.to oculta voluntad esconde,

Pues son tus voluntades mis deberes.

De ti no fuesen dádivas, ¿de dónde

Mi cetro, mi privanza, mis poderes?

Tú en las mesas olímpicas me sientas;

Rey por ti soy de rayos y tormentas! "

XVII.

Dice; y la hueca mole con el cuento

Hiere del cetro, y la voltea á un lado;

Y al ver el ancha puerta, cada viento

Quiere salir primero alborotado;

Y noto á un tiempo, y Euro, y turbulento

Ábrego con borrascas, monte y prado

Corren, barren el suelo, al mar se entregan,

Y ondas abultan que la playa anegan.

XVIII.

Y remueven el ponto, el ponto gime;

Y silban cuerdas y la gente clama;

Roba las formas y la luz suprime

La oscuridad que en torno se derrama;

Noche tremenda el horizonte oprime;

El éter cruza intermitente llama;

Truena el polo, y suspenso el navegante

La pompa del terror tiene delante.

XIX.

En este instante de la muerte el hielo

Siente Enéas que embarga sus sentidos,

Y entrambas manos extendienuo al cielo,

Clama con voz ahogada entre gemidos:

"¡Dichosos, ay! los que en el patrio suelo,

Al pié del alto muro, en liza heridos,

A vista de sus padres espiraron,

Y allí cual buenos su mision finaron!

XX.

"¡Oh tú, entre aquivos héroes el primero,

Diomédes esforzado! ¿qué impia suerte

Me negó bajo el filo de tu acero

En los campos de Troya hallar la muerte?

Do al ímpetu de Aquiles Héctor fiero

Cayó; do el grande Sarpedon; do inerte

Tanto noble adalid, rota armadura,

El Símois vuelca en su corriente oscuraI"

XXI.

Cállale aquí borrasca bramadora

Que hosca en las velas da, la onda agiganta;

Quiébranse remos, tuércese la prora,

La onda el costado del bajel quebranta:

Álzase el agua en cimas, y á deshora

Rómpese: quién en vago se levanta;

Quién la ola henderse ve que lo encadena,

Y ve el fondo mostrarse, hervir la arena.

XXII.

Noto tres buques á su cargo toma

Y en adustos escollos los estrella,

(Cuya espalda á flor de agua inmensa asoma,

Y ara el nauta la nombra, y huye de ella).

Sobre otros tres rugiente se desploma

Euro (escena de horror!) los atropella,

Y dales, entre puntas destrozados,

Tumba de arena en los hirvientes vados.

XXIII.

Al bajel que á los Licios aportaba,

El mismo en que el leal Oróntes iba,

Súbito hiere en popa una ola brava

Descargada con ímpetu de arriba.

Enéas el embate viendo estaba

Que de un vuelco el piloto al mar derriba;

Tres vueltas da el bajel, la angustia crece,

Y el vórtice lo traga, y desparece.

XXIV.

Vense dispersos que en lo inmenso nadan;

Maderos y reliquias de combates,

Y troyanas riquezas sobrenadan.

De Ilioneo, aunque fuerte, á los embates

La nave ya, y las de Ábas se anonadan,

Del viejo Alétes y el valiente Acátes;

Que, hondas las grietas, desligado el brio,

Abren su seno al elemento impío.

XXV.

En tanto los rumores, los bramidos,

La inmensa agitacion Neptuno siente;

Siente los hondos sótanos movidos,

Y alza alarmado la serena frente

Por cima de las ondas. Esparcidos

Los buques ve de la troyana gente,

Por todas partes maltratada y rota,

Que el cielo la acribilla, el mar la azota.

XXVI.

Ni ya de Juno se ocultó al hermano,

Industrioso el rencor que horrores trama;

Y al punto con acento soberano

Al Céfiro y al Euro á cuentas llama;

"¿Y así," les dice, "os ciega orgullo vano?

Y a hundis los cielos sin mi vénia, y brama

El agua en cerros que encrespais gigantes;

Guay!. ... Mas el mar apacigüemos ántes.

XXVII.

"Huid, vientos! huid avergonzados;

Ni espereis de piedad segunda muestra;

Y á vuestro Rey decilde que los hados

No el tridente pusieron en su diestra:

Los reinos de la mar son mis estados!

Riscos él tiene allá, guarida vuestra;

Que respetoso á ajenos elementos,

Reine guardian de encadenados vientos! "

XXVIII.

Dice; nubes disuelve, el sol desnuda,

Y pone en paz las olas que batallan:

Cimotoe y Triton de roca aguda

Los míseros navíos desencallan;

Con su tridente él mismo les ayuda,

Las sirtes abre, y cielos yaguas callan;

Y por cima del mar, que apénas riza,

En levísimo carro se desliza.

XXIX.

¿Quién vió tal vez con la rabiosa ira

Que la plebe en motin ruge y revienta?

Teas, guijarros por el aire tira;

La fuerza del enojo armas inventa:

Mas si á un prócer piadoso alzarse mira,

Se contiene, se acalla, escucha atenta;

Sola esa voz los ánimos ablanda,

Lleva la paz, y la obediencia manda.

XXX.

Neptuno así de una mirada enfrena

Del piélago insoleute los furores,

Y gira por la atmósfera serena

Dóciles sus caballos voladores.

Entre tanto, de la áspera faena

Cansados los troyanos viadores,

A las vecinas, líbicas orillas

Vuelven prudentes las cascadas quillas.

XXXI.

Vese allí en una cómoda ensenada

Formando puerto, una isla: á sus costados

Del piélago se rompe la oleada,

Y rota, entra á morir por ambos lados.

Guardando opuestos émulos la entrada,

Dos peñones, remate de collados,

Torvos se empinan: plácidas, á solas,

Tiéndense al pié las sombreadas olas.

XXXII.

Luégo, al entrar, divisase eminente,

Del sol quebrando el trémulo destello,

Hórrido bosqne, y negro, y grande; en frente

Cóncava peña cierra un antro bello.

Y allí hay bancos de piedra; allí una fuente

De agua dulce; es de Ninfas gruta aquello!

No aquí el cansado esquife ata la amarra;

No del áncora el garfio el fondo agarra.

XXXIII.

Saca Enéas, en suma, á salvamento

Siete naves. La gente, que desea

De la tierra el materno acogimiento,

Salta al césped que el céfiro recrea,

Y allí á los miembros húmidos da asiento.

Acátes hiere el pedernal; chispea;

Hoja menuda allega, adusta rama,

Y, el fómes atizando, arde la llama.

XXXIV.

Mojados sacan las cansadas manos

El don de Céres y su tren; y aprestan

Piedras allí para moler los granos

Que en seco extienden y que al fuego tuestan.

Sube Enéas á un pico, y los lejanos

Horizontes registra, por si enhiestan

Las popas de Caïco allá su arreo,

O bien sus velas el bajel de Anteo;

XXXV.

O ya á remo avanzando los navíos

Frigios parecen, ó el de Cápis. Nada

Por los ecuóreos límites vacíos

Descubre á su esperanza su mirada.

Mas tres ciervos divisa que baldíos

Recorren la ribera: la manada,

Al sabroso pacer vagando atenta,

Por acá y por allá los sigue lenta.

XXXVI.

El arco y leves flechas, al instante,

Armas del fiel Acátes, arrebata

Enéas; y á los tres que van delante

Con orgullosa cornamenta, mata;

A tiros luégo el escuadran restante

Entre el frondoso bosque desbarata;

Ni desiste hasta ver de los venados

Siete grandes por tierra derribados.

XXXVII.

Así el número iguala al de bajeles;

Al puerto vuelve, do el botin divida

Entre sus tristes compaí'ieros fieles;

Y con vino, de aquél que á su partida

De las riberas sículas, toneles

Bondoso Acéstes les hinchió, convida;

Y cura consolar los corazones

El obsequio apoyando con razones:

XXXVIII.

"Antiguos compañeros! sabedores

Antes de ahora de aventuras tales:

Ya visteis acabar otros mayores,

Dios dará fin á los presentes males.

De Scila atroz escollos ladradores:

De impios Ciclopes playas funerales:

¿Qué no habeis arrostrado? Alzad la frente,

Y ahogue su pena el corazon valiente!

XXXIX.

"Desgracias de hoy, mañana son memorias

Que despiertan secretas simpatías:

Senda de rudas pruebas transitorias

Nos lleva al Lacio y sus riberas pias:

Renacerán nuestras antiguas glorias;

Sufrid, guardáos para mejores días!"

Dice; rie esperanzas, y hondamente

Sella el fiero dolor que el alma siente.

XL.

Presta la gente á aderezar la caza

Pieles arranca, entrañas desaloja;

Quién la carne, que á miembros apedaza,

Fija en el asador, tremente y roja;

Quién da en la orilla á las calderas plaza,

Y fuego allega; y ya en el musgo y hoja

Cobran tendidos el vigor postrado

Con vino añejo y nutridor bocado.

XLI.

Calla el hambre; y locuaz la fantasía

Recuerda á los ausentes: teme; alienta;

Y ya salvos, ya en la última agonía,

Ya sordos al clamor los representa.

Consigo Enéas, de la suerte impía

Del animoso Oróntes se lamenta,

Y de Amico, y de Licio, y de héroe tanto;

Del grande Gias y del gran Cloanto.

XLII.

Tarde era ya, cuando del alto cielo

Oteando el olímpico monarca,

Tierras y costas, el tendido suelo,

Y el mar de velas erizado, abarca

De una mirada, que con vivo anhelo

Fijó, en fin, en la líbica comarca;

Y, los ojos brillando humedecidos,

Vénus así le hablaba con gemidos:

XLIII.

"Padre y Señor de dioses y mortales;

Rey, cuyo brazo con el rayo aterra!

Oh! mira al hado, tras acerbos males,

Cuál á mi Enéas y á los Teucros cierra,

No del país que guarda, los umbrales,

Mas los ángulos todos de la tierra!

Para sufrir contrariedad tan fuerte,

¿Con qué crímen pudieron ofenderte?

XLIV.

"Tú prometiste que de aquí, algun dia—

¿Lo recuerdas? —de aquí, de la troyana

Estirpe restaurada, se alzaria

Reina del mundo la nacion romana.

¿Qué nuevo plan In. ejecucion desvía?

Yo usaba con las dichas del mañana,

Del ayer y sus ruinas consolarme;

Mas ¿vemos hoy que el hado se desarme?

XLV.

"No; que se ensaña cada vez más crudo!

¿Término á tanto mal darás al cabo,

Grande y buen Rey? Con invisible escudo,

Del Adria entrando por el golfo bravo,

Al riñon mismo de Liburnia pudo

Anténor penetrar, y del Timavo

Las cabezas venció; de argiva hueste

Salvado en ántes por favor celeste.

XLVI.

“Y en aquella region donde desata,

Los cerros atronando, mar rugiente

Por siete bocas su raudal de plata,

Y los campos inunda en su corriente,

Allí á Padua fundó: morada grata

En ella, y patrio nombre dió á su gente,

Y de Troya las armas; y tranquilo

Bajó á dormir en sepulcral asilo.

XLVII.

"Y á nosotros, tus hijos, á quien silla

Previenes celestial, se nos traiciona?

¿Y anegadas las naves, oh mancilla!

Porque de álguien el odio lo ambiciona,

Tocar nos vedas la latina orilla?

¿Así nos vuelves la imperial corona?

¿Ó premio es éste de virtudes digno?

Oyóla el Padre, y sonrió benigno;

XLVIII.

Y con la faz la besa con que el cielo

Serenar suele en tempestad oscura;

Y "Calma," dice, "Citerea, el duelo;

De los tuyos el hado eterno dura.

Verás alzarse á coronar tu anhelo

La ciudad de Lavinio: á etérea altura

Tu heroico Enéas subirás un dia;—

Ni nuevo plan la ejecucion desvía.

XLIX.

"Él (pues voy á tu pecho, aún mal seguro,

A revelar recónditos arcanos)

Él hará guerra larga; el cuello duro

Domará de los pueblos italianos;

Dará á los suyos circundante muro,

Y fundará costumbres. Tres veranos

Contará de los Rútulos triunfante;

Y tres hibiernos le verán reinante.

L.

"Y su hijo .A.scanio, que festivo y tierno

Con renombre de Yulo se engalana,

(Ilo nombróse en el solar paterno

Cuando alzaba llïon la frente ufana),

Treinta años llenará con su gobierno

Mes á mes; y la sede soberana

Mudando de Lavinio, hará á Alba Longa

Robusta en fuerzas que al asalto oponga.

LI.

"De manos de la hectórea dinasÜa

No habrá en tres siglos quien el cetro aparte:

Ilia, real sacerdotisa, un dia

Hijos gemelos parirá de Marte:

Con la piel de la loba que los cria

Y a al mayor miro ufano; baluarte

Alzará eterno, y porque al mundo asombre,

Rómulo á su nacion dará su nombre.

LII.

"Y término, ni linde, ni parada

Fijo al poder de Roma: eterno sea!

Juno misma, que alarma exasperada

Cuanto baña la mar y el sol rodea;

Con nuevo acuerdo, á la nacion togada

Que al mundo, acerca el hado, señorea,

Vendrá por fin pn proteger conmigo;

Y así se cumplirá cual yo lo digo.

LIII.

"Y siglo traerá el tiempo en que cadenas

Dé la casa de Asáraco á la argiva;

A Ptia vencerá; verá á Micénas,

Si ántes gloriosa, ya á sus piés cautiva.

Tan noble sangre llevará en las venas

Julio — por nombre que de atras deriva;

César — con gloria que hasta el cielo alcanza;

Él, cuyo imperio sobre el mar se avanza.

LIV.

"Y tú, segura de contrario insulto,

Cargado con despojos de Oriente

Le acogerás en el Olimpo; y culto

Le dará el hombre en votos afluente.

Y, sosegado el militar tumulto,

La férrea edad se tornará clemente:

Fe anciana reinará y amor divino,

Y en union fraternal Remo y Quirino.

LV.

“Y por fin con estrechas cerraduras

Y de hierro cargadas, de la Guerra

Cegadas quedarán las puertas duras:

El malvado Furor, que allí se encierra,

Sentado sobre rotas armaduras,

Con las manos atras, qne el bronce aferra

De cien cadenas, lanzará bramidos,

Los dientes rechinando enrojecidos."

LVI.

Dice, y al punto del Olimpo envía

Al aligero dios hijo de Maya,

Que á allanar á los náufragos la via

Y el muro de Cartago á abrirles vaya;

Pues de Dido recela, que podria

Alejarlos tal vez de aquella playa

Si los altos designios ignorase.

Óyele el nuncio, y por el éter vase.

LVII.

Y la pluma batiendo fugitiva

En la region inmensa, por do hiende,

Presto á las costas líbicas arriba,

Y á cumplir el mandato sólo atiende:

Y ya los penos su rudez nativa,

Por él, remiten; y ante todo enciende

En Dido un vago y tierno sentimiento,

Prenda de hospitalario acogimiento.

LVIII.

Enéas, que la noche pasó entera

Cavilando, aún no bien la luz celeste

Mira nacer al mundo placentera,

Ya ansioso sale á ver qué clima es éste

Do el viento le ha arrojado: si hombre ó fiera

Habita en él, segun le ve de agreste:

Todo saberlo, averiguarlo intenta,

Y á los suyos tornar á darles cuenta.

LIX.

La flota deja so el peñon antigo

Que las aguas socavan sin estruendo,

Y de las corvas selvas al abrigo

Con sombra en torno de negror horrendo:

Sólo á Acátes llevándose consigo,

Cada cual ancha pica entra blandiendo:

Ya en medio el bosque, Vénus de sorpresa

Vestida de espartana se atraviesa.

LX.

Por su aire y armas lo parece; ó nueva

Harpálice gentil, que de vencida

A sus caballos en su esfuerzo lleva

Y al Euro alado en su veloz corrida:

Cual puesto al hombro á cazadores prueba,

Cuelga el arco; el cabello al aura olvida;

Y deja la rodilla ver desnuda

Do undosos pliegues lazo breve anuda.

LXI.

"Hola! mancebos," díceles la Diosa:

“¿A una de mis hermanas por ventura

Visto habeis por ahí, que vagarosa

Lleva aljaba, y pintada vestidura

De piel de lince? ó que tal vez acosa

A un jabalí soberbio en la espesura

Con agudo clamor?" Tal Vénus dijo;

Y de Vénus así respondió el hijo:

LXII.

"En verdad no hemos visto aquella hermana

Tuya, á quien buscas, ni sabemos de ella.

Mas ¿cuál te nombraré? no es cosa humana

Lo que suena tu voz, tu faz destella.

Eres alguna Ninfa? eres Diana?

Yo diosa te presumo, y fausta estrella,

Quienquier fueres, mi labio te saluda:

¡Oh! da propicia á náufragos tu ayuda!

LXIII.

"Y por piedad, qué clima es éste, dínos,

O qué zona del mundo, qué campaña;

Que sin saber ni gentes ni caminos,

Vamos perdidos en region extraña

A donde, infortunados peregrinos,

De olas y vientos nos lanzó la saña;

Y , grata á recibidos beneficios,

Mi mano hará en tus aras sacrificios."

LXIV.

"No merezco ese honor," Vénus contesta:

"Siempre de Tirias fué, si os maravilla,

De aljaba amadas vaguear, cual ésta,

Con borceguí purpúreo á la rodilla.

Púnico imperio aquí se o manifiesta,

Pueblos fenicios, de Agenor la villa;

Empero, esta region parte fronteras

Con las tribus del África altaneras.

LXV.

"De Tiro vino huyendo del hermano,

La que reina hoy aquí, por nombre Dido. —

El largo drama á desflorar me allano: —

Ésta tuvo á Siqueo por marido,

Rico en tierras cual no otro comarcano;

Con vivo amor de la infeliz querido;

A quien, bella con gracias virginales,

La unió el padre en primeros esponsales.

LXVI.

"Su hermano en Tiro entónces dominaba,

Pigmalïon, el más feroz malvado:

Enemistad entre los dos se traba,

Y él á Siqueo, ante el altar sagrado,

Sacrílego y traidor á hierro acaba,

Y tambien de codicia estimulado;

Y á la sencilla enamorada hermana

Oculta el crimen de su diestra insana.

LXVII.

"Y con ficciones la entretiene en duda,

Y su amor de esperanzas alimenta;

Cuando en sueños por fin á la vïuda

De Siqueo insepulto se presenta

La sombra misma, alzando la faz muda

Con tétrico misterio macilenta;

Y el ara le señala enrojecida,

El pecho abierto y la profunda herida.

LXVIII.

“Y el arcano espantoso que contrista

Y un rincon recataba, muestra entero;

Y la excita á buscar con planta lista

Más humano pais, clima extranjero:

Para ayuda de viaje, abre á su vista,

En sótano ignorado, de dinero

Antiguo y vasto acopio. Conmovida

Dido despierta á apercibir la huida.

LXIX.

“Busca auxiliares; llegan á porfía

Quiénes que temen del cruel tirano,

Quiénes que odian la infame tiranía:

Apañan, cargan de oro las que á mano

Naves dispuestas por ventura habia;

Y ya cruza los campos de Oceano

De Pigmalion avaro la riqueza;

Y una débil mujer va á la cabeza.

LXX.

"Y aquí al sitio pararon do ahora vese

Muralla colosal; do se levanta

La fortaleza de Cartago: en ese

Sitio compraron tanta tierra cuanta

La piel de un buey en derredor cogiese; —

De *Birsa* el nombre la aventura canta. —

Mas ¿quiénes sois? ¿de dónde vuestra flota,

O á dónde encaminaba la derrota?"

LXXI.

Enéas respondiéndola, doliente

La voz arranca, y con suspiro dice:

“Diosa! si de su orígen al presente

La serie de mis lances infelice

Narro á tu corazon condescendiente,

Primero que mi labio finalice,

Su luz robando al mundo y su alegría

Habrá su giro completado el dia.

LXXII.

"De Troya procedentes (si ya sabes

Lo que fué un tiempo la ciudad que digo),

Tras largas vueltas y fatigas graves

Golpe de airados vientos enemigo

Lanzó sobre estas costas nuestras naves.

Yo soy el pio Enéas, que conmigo

Voy llevando doquier, del mar por medio,

Dioses salvados de voraz asedio.

LXXIII.

"Enéas, en las célicas esferas

Famoso ya; que por el mundo anclo

De la Italia por patria, las riberas,

Y el linaje de Júpiter buscando:

Confié al frigio mar veinte galeras,

El camino mi madre señalando,

Yo su enseñanza celestial siguiendo;

¿Qué hallámos? bravo mar y Euro tremendo.

LXXIV.

"Y he aquí con siete buques mal librados,

Llego al cabo, ignorado, desvalido,

Del África á correr los despoblados,

Ya del Asia y Europa repelido! “....

Mas aquí, con afectos reavivados,

Vénus interrumpióle en su gemido:

"Tú, quienquier seas, que á Cartago vienes,

Las simpatías de los Dioses tienes.

LXXXV.

"Ellos dan que los hálitos vitales

Respires para bien: feliz sendero

De la Reina te lleva á los umbrales:

Vendrán á puerto nave y marinero,

Vueltos en su favor los vendavales;

Y si no falta el arte del agüero

En que hubieron mis padres de instruirme,

No dudes tú lo que mi labio afirme.

LXXVI.

"Vé esos cisnes en número de doce,

A los cuales; do Júpiter la asila,

Bajó del éter la águila veloce

A dar caza en la atmósfera tranquila:

De alegre libertad vueltos al goce,

Míralos descender en larga fila;

Ya del campo se adueñan los primeros,

Ya á flor de tierra asoman los postreros.

LXXVII.

"Cual el cielo cubrieron en bandada,

Y baten ora las festivas aves

La ala ruidosa, y cantan su llegada;

Tal la flor de los tuyos, tal tus naves

O entran al puerto, ó llegan ya á la entrada

Con vela abierta y céfiros suaves.

Tú sigue en tanto; y por do aquesta via

Conduciéndote va, los pasos guia."

LXXVIII.

Tal Vénus dice; y vuélvese, y el cuello

Con el matiz le brilla de la rosa;

Y partiéndose en ondas, el cabello

Mana esencia de cielo deliciosa:

Cae la veste á los piés, sublime sello;

Y al andar mostró ser de veras diosa.

El héroe, al descubrir su madre en ella,

Clamando sigue la fugace huella:

LXXIX.

"¿Y así burlado una vez más me dejas,

Oh madre mia! con falaz semblanza,

Tú tambien, tú cruel? ¿Y así te alejas

Sin que hablemos con dulce confianza

Ni estrechemos las manos?" Tal sus quejas

Al aire da, y á la ciudad se avanza;

Y ella, esparciendo opaca niebla en tanto,

Los ciñe en torno de nubloso manto.

LXXX.

Y así los cubre porque nadie pueda

Ni verlos ni ofenderlos en mal hora,

Ni curioso se cruce en la vereda

Con sus preguntas á tejer demora;

Y por los aires se remonta, y leda

Vuela al templo de Páfos, donde mora,

Do aras ciento en su honor mezclan olores

De arabio incienso ardiente y tiernas flores.

LXXXI.

Ellos con planta intrÍncanse ligera

Por do advierte la senda, y la colina

Coronan ya, que á la ciudad frontera,

De lleno allá sus cúpulas domina.

Enéas con asombro considera

La fábrica estupenda y peregrina

Do un tiempo fueron chozas; y suspenso,

Puertas ve, y calles, y el bullicio inmenso.

LXXXII.

No descansan los Tirios: ó se empleen

En alzar el alcázar y dirijan

El giro á la muralla, y acarreen

Gruesos cantos á empuje; ó puesto elijan

Para casa, y con zanja le rodeen:

Sobre traza soberbia sitio fijan

Propio al legislador, al magistrado,

Y al augusto recinto del Senado.

LXXXIII.

Quiénes, formando un muelle, cavan fosas;

Quiénes, para un teatro, anchos solados

Extienden, y colunas prodigiosas

Cortan, adorno á escénicos tablados.

Tales, en suma, suelen oficiosas

Ir las abejas por floridos prados

Cuando sacan al sol adultas crias

De estacion bella en los primeros dias;

LXXXIV.

Tales la miel fabrican rica; y llena

Las celdillas al cabo el néctar blando;

Y ya salen de paz, la carga ajena

A recibir ufanas; ya cerrando

En trabado escuadron, de la colmena

Los zánganos alejan, torpe bando:

Con afan vario la labor se enciende,

y á tomillo vivaz la miel trasciende.

LXXXV.

“¡Qué gran dicha á unos hombres se depara

Que alzarse ven el suspirado muro!"

Dice Enéas á tiempo que repara

En las altas techumbres; y seguro,

Gracias, oh maravilla! á que le ampara

Contino en derredor celaje oscuro,

Entra por la ciudad con paso listo;

Anda entre todos, y de nadie es visto.

LXXXVI.

Antiguo bosque de frescor ameno

Rabia en medio á la imperial Cartago:

Lanzados ya los Tirios á su seno

De ondas y vientos por furioso amago,

Rallaron en las capas del terreno

De un corcel la cabeza, don presago

Que allí Juno les puso de victoria,

Prenda de salvacion, señal de gloria.

LXXXVII.

Grata la Reina á auxilios singulares,

Alzaba allí á la Diosa un templo extenso,

Que á la vez ilustraba sus altares

Con favor sacro y con devoto incienso:

Escalonado el atrio entre pilares

Y trabes bronceadas, daba ascenso

A la alta puerta de metal bruñido

Que el quicio oprime, y gira con ruido.

LXXXVIII.

En este bosque el héroe al pecho laso

Halló aliento, á sus penas lenitivo,

Y alta leccion de que en adverso caso

Hay siempre de esperanza algun motivo;

Pues, ya en el templo suntuoso, al paso

Que todo lo registra pensativo,

Y aguardando á la Reina, allá en su mente

Mide el poder de la ciudad naciente;

LXXXIX.

Miéntras nota á un plan mismo convertidas

Manos de artistas y el primor del arte,

Por órden halla en cuadros repartidas

Leyendas de Ilïon, lances de Marte,

Que al orbe ocupan ya. Ve á los Atridas,

Ve á Príamo, é igual á cada parte

Aquiles en los rayos de su ira;

Párase aquí, y con lágrimas suspira:

XC.

"Acátes! qué region, de nuestra fama

No hay ya en el mundo, ó nuestros hechos, llena?

Mira á Príamo: aquí la gloria llama

Al que allá injusta adversidad condena:

El sentimiento aquí llantos derrama,

Y aquí se siente en la desgracia ajena!

Ánimo, pues; nuestro renombre claro

Presta esperanzas de feliz reparo."

XCI.

Dice, y con mil recuerdos embebece

En la inerte pintura los sentidos

Y mudo llanto el rostro le humedece;

Que en ella, muro afuera, en lid tejidos,

Ya la troyana juventud parece,

Que á. los Griegos acosa espavoridos;

Ya á los Frigios, Aquíles, que bizarro

Con plumaje gentil vuela en su carro.

XCII.

Reconoce con lágrimas, tras eso,

Las tiendas, con sus lonas cual de nieve,

Que Diomédes taló, vendido Reso

Del primer sueño en el regazo aleve:

Allí el cruel en sanguinario exceso

Huelga; y medroso de que alguno pruebe

Pastos de Troya o en el Janto beba,

Los caballos indómitos se lleva.

XCIII.

Tróilo en pos viene: juvenil locura

Ha hecho que fuerzas inferiores mida

Con Aquiles: perdida la armadura,

Derribado de espaldas, de la brida

Traba, que al vacuo carro le asegura:

Tiran los potros en veloz corrida;

Arrastra el cuello y cabellera suelta,

y el polvo fácil marca el asta vuelta.

XCIV.

Más allá al templo de Minerva, en tanto,

Teucras matronas á ofrecerle llegan,

Por vencer su rigor, un regio manto:

El tendido cabello al aire entregan;

Hieren el seno en muestra de quebranto

Las palmas; los humildes ojos ruegan:

Sorda la Diosa á la oracion prolija,

Torvas miradas en el suelo fija.

XCV.

Enéas adelante á Aquíles halla

Volviendo, á trueco de oro, el insepulto

Cadáver que en redor de la muralla

Tres veces arrastró con fiero insulto:

Hondo gemido de su pecho estalla

El muerto amigo viendo allí de bulto,

Y el carro vencedor y los despojos,

E inerme suplicando el Rey de hinojos.

XCVI.

Él mismo en noble puesto allá campea

Par del negro Memnon, que con su banda

De Oriente, cierra. Al fin Pentesilea

Las huestes amazónicas comanda

De corvo escudo: el cíngulo rodea

Áureo so el pecho cercenado; y anda

Furiosa entre los gruesos escuadrones,

Y hembra y todo, armas hace con varones.

XCVII.

Miéntras con viva admiracion encuentrá

Tales cuadros el héroe, y cada asunto

Le detiene, y la vista reconcentra

Luégo y la admiracion toda en un punto;

Dido, la hermosa Dido al templo entra,

La cual doquiera penetrando, junto

Con damas de copiosa comitiva,

La labor colosal risueña activa.

XCVIII.

Tal del Eurótas por la vega umbría

Ó ya del Ointo por el halda amena,

Gentil Diana leves coros guia

Y la aljaba pendiente al hombro suena:

Ninfas en torno agrúpanse á porfía,

Y á todas ella en majestad serena

Se aventaja al andar: delicia vaga

El seno de Latona oculta halaga.

XCIX.

Ya á las puertas la Reina se presenta

De do la Diosa estableció morada,

Y en el trono magnífico se asienta

Que el ámbito promedia de la arcada:

Rodéanla sus guardias: ella, atenta,

En dar la ley y hacer la paz se agrada;

Y ya á cada uno igual la carga mide,

Ya, echando suertes, la labor divide.

C.

Hé aquí, entre inmensa multitud, que en esto

Ansiosa al paso acude, al templo santo

Ha columbrado Enéas que Sergesto

Y Anteo viene, con el gran Cloanto,

Y otros que oscuro el ábrego interpuesto

Lanzó á. playas distintas. Con espanto

Entremezclado de alborozo vivo,

Ven los dos del embozo el fausto arribo.

CI.

Y aunque las manos estrechar anhelan,

Mas lo raro del caso los detiene,

Y en la cóncava nube se cautelan,

Do á los que llegan atender conviene,

Que dó surgieron digan, ó qué apelan,

Pues embajada forman en que viene

De cada nave un noble personaje,

Y audiencia al paso claman y hospedaje.

CII.

Como entraron, y el real asentimiento

Logrado hubieron de que alguno hable,

"Salve, oh Reina! " empezó con grave acento

Ilioneo, entre todos venerable:

“Tú, á quien fundar concede ilustre asiento

Jove, y justa regir gente intratable,

Hijos de Troya ves, ya há largos años

Agitados en piélagos extraños.

CIII.

"Hoy de incendio amenaza gente osada

Nuestros bajeles: tu poder lo impida!

De un pueblo religioso te apiada

Que con su historia tu amistad convida!

No á hacer riza venimos por la espada

En comarca á tu imperio sometida,

No á la costa á volver con rica presa;

Ni es de vencidos tan soberbia empresa.

CIV.

"Hay de antiguo un pais, con apellido

De Hesperia por los Griegos señalado,

Pueblo en trances de guerra asaz temido,

Tierra asaz grata á la labor de arado:

Fué primero de Enotrios poseido;

Y ora Italia se nombra, por dictado

De famoso caudillo procedente,

Si ya constante tradicion no miente.

CV.

"Bogaban para allá nuestros navíos

Cuando Orlon, que cóleras desata,

Surge infausto del mar, y entre bajíos

Con subitáneo golpe nos maltrata;

Y servido á placer de austros impíos,

Entre espuma. y fragor nos arrebata

Por todo el mar. Muy pocos, cuasi á nado,

Habemos á tus costas arribado.

CVI.

"Mas ¿qué raza cruel, señora, es ésta?

¿No rige ley que su barbarie elida?

Que áun no bien nos divisa, á lid dispuesta,

Conspírase á estorbarnos la acogida

Que á náufrago infeliz la arena presta.

Oh! si á hombre no temeis que cuenta os pida,

Que hay Dioses recordad que nunca mueren,

Y premian la virtud y al crímen hieren!

CVII.

"Rey nuestro fué, de príncipes modelo,

Enéas, que otro igual no vi6 la tierra,

Quier en la paz por su piadoso celo,

Quier por su brazo poderoso en guerra.

Que si áun aura vital le otorga el Cielo,

Si hado adusto en tinieblas no le encierra,

Acabóse el temor, y á ti en agrado

Vendrá, fio, el favor anticipado.

CVIII.

"Mas oye: en la poblada, en la guerrera

Comarca siciliana poseemos

De Acéstes el favor, que en ella impera,

Y troyana es su sangre. Que arrimemos

Nuestros restos, consiente, á la ribera,

Y en tus bosques cortar tablaje y remos,

Y á Italia iremos, nuestro Rey al frente,

Si salva el hado vuelve nuestra gente.

CIX.

"Mas si ya feneció nuestra ventura;

Si ya, oh amado Rey de los troyanos!

Te dan líbicas olas sepultura,

Ni á Ascanio logran nuestros votos vanos;

Buscaremos siquier mansion segura

Navegando á los términos sicanos,

De do ya nuestra flota el vuelo alzara,

Que allí Acéstes bondoso nos ampara."

CX.

Dice, y todos barbotan de consuno

Oscura frase que el asenso explica;

Y con modestia y dignidad en uno

La culta Reina al orador replica:

"Troyanos! desterrad el que importuno

Vago recelo el alma os mortifica:

Mis fronteras guardar por fuerza debo;

Dura es mi situacion, y el reino es nuevo.

CXI.

"Mas ¿quién no sabe á Troya y sus varones?

No de tantas virtudes el tesoro,

Los nombres de tan nobles campeones,

Ni ya esa guerra gigantesca ignoro:

No solemos los Penos corazones

Tan incultos llevar; ni al carro de oro

Sus caballos el Sol tan léjos ata

De una ciudad que vuestra gloria acata.

CXII.

"Quier vuestro anhelo la región prefiera

De Hesperia, y campos que Saturno escuda;

Quier la de Érice os llame lisonjera,

A do el favor de Acéstes os acuda;

Doquiera ir presumais, ireis doquiera

Seguros con mi amparo y con mi ayuda.

¿Ó hacer mansion conmigo os acomoda?

Esta ciudad que fundo, es vuestra toda.

CXIII.

"Meted la flota: un mismo tratamiento

Tendrá el Teucro en Cartago y el de Tiro;

Y oh! si arribase con el propio viento

El héroe que nombró vuestro suspiro!

Pues yo daré á emisarios mandamiento

Que exploren la comarca en largo giro,

Por si, náufrago Enéas, mueve acaso,

Ó en selva ó en poblado, incierto el paso."

CXIV.

De la arenga tocados, rato habia

Los de la nube ansiaban salir fuera;

Y, á Enéas vuelto, Acátes le decia:

"Falta el que hundirse viste en la onda fiera;

Cúmplese en lo demas la profecía,

Hijo de Vénus! que tu madre hiciera:

¿Qué aguardas?" Suelta en esto se evapora

La opaca nube en la aura brilladora.

CXV.

Y el héroe apareció, de luz cercado,

A un Dios en aire y miembros semejante;

Pues le habia su madre aderezado

La copia de cabellos arrogante;

Bañó sus ojos de inefable agrado,

Y dió luz rósea al juvenil semblante,

Bien cual bruñe el marfil, ó mármol pario

O argento engasta en oro el lapidario.

CXVI.

"Ved salvo al que buscais; yo soy Enéas!"

Dice; y á Dido se convierte luégo:

"Tú, sensible mujer, dichosa seas,

Sensible á nuestra historia, á nuestro ruego;

Que reino y casa á náufragos franqueas,

De la espada reliquias y del fuego,

Juguetes de la mar, de la fortuna,

Ya sin arrimo ni esperanza alguna!

CXVII.

"Señora, á tu largueza, á tu hidalguía

Corresponder nosotros mal podremos,

Ni cuantos restos de la patria mia

Errantes van del orbe en los extremos.

Mas si hay Dioses que ven con simpatía

La virtud; si áun justicia conocemos;

Si el tribunal de la conciencia es algo,

El Cielo premiará tu porte hidalgo!

CXVIII.

"¡Oh feliz hora en que la luz primera

Viste del cielo! ¡oh ilustres genitores!

Miéntras amen del monte la ladera

Las sombras; rniéntras corran bramadores

Los rios á la mar; miéntras la esfera

Alimente sus trémulos fulgores,

Durará tu alabanza y tu memoria:

Doquier yo aliente, vivirá tu gloria."

CXIX.

Dice; y adelantándose del puesto

Las manos da regocijado: en tanto

Que una ofrece á Ilioneo, otra á Seresto,

Y al gran Gias de ahí, y al gran Cloanto,

Y á todos á la vez. Dido de presto

Enmudeció ele admiracion y encanto:

Al presentarse el héroe, con su brillo;

Luégo, al abrir los labios, con oillo.

CXX.

Recobrada expresó razones tales:

"Oh! ¿qué impía mano perseguirte osa

Al traves de contrarios temporales?

¿Quién, ilustre mortal, hijo de Diosa,

A estas playas te impele inhospitales?

¿No eres tú á quien de Anquíses Cipria hermosa,

Del frigio Símois en el valle ameno,

Coneibió grata en su amoroso seno?

CXXI.

"Recuerdo á Teucro, que en Sidon venido,

Trocaba con destierro el patrio clima,

Ya de mí padre Belo protegido,

Que imperaba triunfante en Chipre opima.

Troya y Grecia de entónces en mi oido

Sonaron con tu nombre. En alta estima

Él tenia á los tuyos, si contrario,

Y áun de Troya alabóse originario.

CXII.

"Mas venid luégo á mí real morada,

Mancebos! Cual vosotros combatida

De ruda suerte y varia, al :fin cansada,

Donde agora os la doy, logré acogida:

De mis propias desgracias enseñada,

Miro por los que sufren condolida."

Dice; y honrando á la Piedad divina,

Con el héroe á palacio se encamina.

CXXIII.

Y próvido tendiendo el pensamiento

Á los que quedan en la playa, envía

Veinte toros allá, por bastimento,

Cien gruesos cuerpos de cerdosa cria,

Y cien ovejas y corderos ciento;

y el don de alegre Dios, por granjeria;

En tanto que el palacio se adereza

Con vario alarde de imperial riqueza.

CXXIV.

Ya en el seno interior del edificio

Previénese el opíparo convite:

Lucen vestes, do el clásico artificio

Con la soberbia púrpura compite;

Brilla de plata sólido servicio,

Y copas de oro, do el buril repite

Desde éra inmemorial las patrias glorias,

Y los Reyes en serie, y sus historias.

CXXV.

En este medio Enéas (no tolera

Amor, pecho de padre sosegado)

Á Acátes manda que en veloz carrera

Lleve á Ascanio el obsequio, y á su lado

Venga Ascanio; —que Ascanio c214obra entera

La ternura del padre y su cuidado,—

Y traiga cuanta rica prenda y joya

A los escombros se arrancó de Troya.

CXXVII.

Reliquias con que á par venir dispone

El noble cetro que regir solia,

Hija mayor de Príamo, Ilione,

Y el collar de menuda pedrería,

Y el diadema do el oro se compone

Con finas perlas en igual porfía.

Acátes, que cumplir el cargo anhela,

Camino de las naves corre, vuela.

CXXVIII.

Nuevas trazas en tanto Citerea,

Nueva industria medita: que Cupido

Tome de Ascanio la figura, idea,

Y que, atenta al obsequio, obsequie á Dido;

Con que tocada de un incendio sea

Que el corazon le invada inadvertido;

Ca ese mixto hospedaje bajo un techo

Teme, y dos amistades en un pecho.

CXXIX.

Y, á su idea presente sin desvío

Juno cruel que la robara el sueño,

"Tú á quien debo mi fuerza y señorío,"

Dice, humilde apelando á Amor risueño:

"Tú, el único que ves, dulce hijo mio,

Libre y seguro de mi Padre el ceño

Que de Titanes quebrantó el arrojo!

Merced vengo á pedir, y á ti me acojo.

CXXX.

"Enéas sabes tú cuánto ha sufrido;

Cuál Juno en oprimirle atroz persiste,

De todo viento en todo mar barrido;

Que áun de él conmigo hermano te doliste:

Huésped agora la sidonia Dido

Con regio halago liberal le asiste;

Mas temo que á inclinarse en contra empiece

Hospedaje que á Juno á par se ofrece;

CXXXI.

“Que no su odiosidad terná arrendada

En tan ardua ocasiono Y así primero

Poner de Dido al corazon celada

Y de mi llama rodealle quiero;

Porque otra inspiracion no la disuada,

Y, con afecto al cabo verdadero

Asida á Enéas, de mi lado quede:

Oye cuál finjo que lograrse puede.

CXXXII.

"El infante real la voz de Enéas

Va á seguir, y de Acátes las pisadas,

A Cartago llevando las preseas

De Troya, al fuego y á la mar ganadas.

Porque él nada presuma, y de él no seas

Turbado de la Reina en las moradas,

A Citera ó á Idalia llevaréle,

Do sacra oscuridad su sueño cele.

CXXXIII.

"Toma esta noche su figura, y lazo,

Niño en disfraz de niño, á armar vé á Dido;

Que ella habrá de acogerte en su regazo

Gozosa entre los bríndis y el ruido;

Y tú á vueltas podrás del blando abrazo,

En la miel de sus ósculos, Cupido,

Depositar la punta que á su seno

Oculto del amor lleve el veneno."

CXXXIV.

Manso á la tierna madre Amor da oidos,

Y marcha, á Ascanio igual, depuesta el ala;

Miéntras de Ascanio Vénus los sentidos

Con plácido sopor vence y regala;

Y abrigado en su seno, á los erguidos

Idalios bosques llévale, do exhala

Su aroma, y con sus sombras le guarece

El blando almoraduj que allí florece.

CXXXV.

En tanto de Cartago en seguimiento,

Obediente de Vénus al mandado,

Cupido va con dones opulento,

Con el favor de Acátes bien hallado.

Cuando llegado hubieron, fué el momento

En que en el centro del grandioso estrado

Dido en cojines recamados de oro

Se reclinaba con gentil decoro.

CXXXVI.

Enéas, que tras ella se avecina,

Entra, y con él la juventud troyana,

Que en órden se desparte, y se reclina

En muelles lechos de soberbia grana.

Con agua para manos cristalina

Brinda la servidumbre cortesana;

Sirven manteles, si vellosos, :finos;

Céres discurre en cestos peregrinos.

CXXXVII.

Cincuenta esclavas dentro, los manjares,

Puestas en fila, en sazonar se emplean,

Y con incienso en propiciar los Lares;

Copas ministran, viandas acarrean

Otras cien, y en la edad cien mozos pares.

Entran, llamados, tirios que pasean

Densos en los alegres corredores,

Y los lechos ocupan de colores.

CXXXVIII.

Admiran de los dones la hermosura;

Admiran al garzon, su faz que brilla,

Y de su falsa labia la dulzura;

Ven la áurea veste, el oro que amarilla

La flor de acanto con primor figura:

Mas Dido en especial se maravilla,

Y de gozar no acaba; —ella, ay! no sueña.

Que á un abismo, gozando, se despeña!

CXXXIX.

Y en el niño y los dones se recrea,

Los mira, y cuanto mira, eso se inflama.

Qué hace el rapaz? Al cuello se rodea

Del héroe, que en su error ru.io le llama;

Mas luégo que feliz le lisonjea,

Déjale en paz, y con su activa llama

Va á Dido, que en su error, niño inocente

Jovial le invita con risueña frente.

CXL.

Ay! ya al seno le estrecha dulce y blanda,

Y es un gran Dios lo que en su seno anida!

De la Reina en el seno, lo que manda

La gran Diosa, su madre, Amor no olvida:

De Siqueo la imágen veneranda

Sin sentir borra, y sin sentir convida

Con nuevo halago á nueva lid á un alma

Que retirada há tiempo vive en calma.

CXLI.

Hubo e] primer banquete terminado,

Y la mesa se sirve de licores,

Y con vino coronan regalado

Los hondos vasos, y la sien de flores.

Cien arañas del áureo artesonado

Penden: crecen sonando los clamores;

Y las hachas con luces triunfadoras

Quitan el campo á las nocturnas horas.

CXLII.

En este instante la sidonia Dido

La copa demandó que usar solia

Belo, y que en órden desde allá traido

Cada progenitor usado habia:

Copa del oro sustentada, unido

Con finas piedras en igual porfia;

Y de vino la llena, y al momento

Calla el concurso á su palabra atento:

CXLIII.

"Júpiter! si ya diste á los humanos

De la hospitalidad el sacro fuero,

Haz elite dia á Tirios y á Troyanos

Grato por siempre y de felice agüero!

Lo aplaudan nuestros nietos más lejanos:

Benigna Juno y Baco placentero

Lo honren presentes; yen gozoso grito,

Tirios, á saludarlo ahora os invito."

CXLIV.

Dice; y sobre la mesa el néctar liba

Que generoso desbordaba, y luégo

La taza al labio toca fugitiva:

La alarga á Bícias con señal de ruego;

Toma, empínala él con ansia viva,

Y el espumoso vino agota ciego:

Alzan todos los próceres sus copas,

Y el canto empieza del crinado Yópas.

CXLV.

El cual describe con laud divino

Lo que Atlas le enseñó por gran fortuna:

Cómo el sol desfallece en su camino;

Por qué altera su faz la móbil luna;

Deónde la bestia de los campos vino,

Cuál fué del hombre la primera cuna;

Qué fuente al mundo suministra el agua;

Dó está de los relámpagos la fragua.

CXLVI.

Canta esomismo á Arturo, las dos Osas,

Y las Hiadas tristes; el arcano

Que las noches alarga perezosas;

Por qué los soles del hibierno cano

Con ruedas se despeñan presurosas

A bañarse en el líquido Oceano.

Cesa; y acogen su cantar sonoro

Tirios y teucros aplaudiendo en coro.

CXLVII.

Y vuela el tiempo en pláticas sabrosas,

Y Dido, platicando, amor apura;

Mil cosas sobre Príamo, y mil cosas

A preguntar sobre Héctor se apresura:

Ya qué huestes trujera pavorosas

El hijo de la Aurora, oir procura;

Ya la historia saber de los gentiles

Potros de Reso, ó el poder de Aquiles.

CXLVIII.

“¡Que en fin," exclama, "por ventura mía

Desde el principio en relatar vinieses

Los pasos de la griega alevosía,

Huésped, y vuestras glorias y reveses!

Tambien tus viajes entender querría,

Ya que contemplas los estivos meses

Tornar séptima vez desde que yerras

Mares cruzando y extranjeras tierras."

Esta obra se publicó el 23 noviembre, el mismo día en que nació Alfonso X, el Sabio. Pocos reyes dedicaron tantos esfuerzos a la traducción y a la propagación de la literatura.